PEDRO LEANDRO IPUCHE

ALMA EN EL AIRE

MONTEVIDEO

PEDRO LEANDRO IPUCHE

ALMA EN EL AIRE

IMPRESORA L.I.C.U.
CERRITO 740
MONTEVIDEO
AÑO 1952

D. 371026

Poesía

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

SALA URUGUAY

Primera Parte

PROSA CORRIDA

DONACION
Enrique Fierro

ESTE libro no debió llevar el título gauchamente pitagórico de ALMA EN EL AIRE.

Empezó hace años como DOS DE BASTOS.

Después se fué agrandando y consiguiendo clima severo de algo más que entretenimiento con naipes.

No tuve más remedio que buscarle otro nombre. ¡Lo que me costó!

EL PASO DEL ARCO... EL PIE DEL SUEÑO... LA SIEN DEL PUENTE... ALMA EN EL AIRE...

Amigos, ganados del primer bautizo, intentaron disuadirme.

No hubo nada que hacer.

ALMA EN EL AIRE triunfó.

Compañeros íntimos han amenazado con denunciar mi deslealtad.

Adelantándome a ellos, hago esta declaración. Y doy letra en seguida a la explicación que debió iniciar la marcha del libro.

...DOS DE BASTOS será este libro por su doble manera de presentarse: en prosa corrida y en contrapunto. Porque es más leña de juego que de fuego. Y porque está destinado a ser baraja de pasatiempo.

IP.

Para la Vitale. Ratificando en estas páginas presentación magnífica Calderón Saldías.

1954

Montevideo 19 de junio.

s/c/ Justicia 2467 bis

I

En la naturaleza anda una intención estética, cuya realización culmina en el hombre.

Va por adelantado que la naturaleza trabaja con fuerza oculta, y sólo manifiesta lo que lleva conseguido en sus secretos.

Se viene haciendo visible esta afinación interior en árboles, piedras, insectos, pájaros, formas del agua, giros del aire, procesión astronómica, en el hombre mismo, — por no decir en la mujer, en quien la Belleza asume misión de juego mágico y visión de amor.

La luz que vemos es de una luz que no vemos...

Se podría decir que es efímero el destino de la belleza visible. Pero no estaría, realmente, bien dicho.

Lo efímero es el instrumento, el envase, el ajuste, el movimiento de la cosa utilizada.

El anhelo que acendra los vehículos, es de elasticidad permanente.

De este modo, nada de lo perfectible es caduco.

Perdido está lo que no avanza, asciende o vuela, porque la muerte, de veras, es quedarse.

...Pero donde la Belleza alcanza su divina fusión, es en el hombre tal como lo sintió la antigüedad más pura.

Los griegos aseguraban que solamente el hombre sabio es la Presencia Estética.

Aquí la naturaleza se enhiesta y triunfa. Y hace valer su categoría de tránsito y coronamiento. Porque en el hombre sabio tiene que darse la unidad del ansia que sube y del imán celeste que fija la estrella perfecta.

II

¿De dónde vienen estos hombres de buen humor que se colocan alrededor de un maestro encimado, y, con justa obediencia, siguen las indicaciones de su batuta?

Así se nos sale por los ojos y el oído la pregunta inevitable.

Yo me declaro sin ambajes un melómano de plaza. Me atrae y retiene, abobado, cualquier banda rabona de cuartel que se halle de retreta.

Desatada la música por la vara del maestro, la interrogación surge y toma persistencia.

¿De dónde vienen estos obreros imponderables del aire?

...¿No han pasado ustedes acaso por algún altillo costeño, por cierta celda pintada con un celeste cinéreo?

¿No han oído por ventura al pasar un clarinete de humo, una corneta de metal valiente, un bombardino astral, el corno heráldico, el timbal hípico?

Pues de ahí vienen estos ocurrentes tejedores del entretenimiento que soplan boquillas, chupan lengüetas de madera con llave, y truenan, en dulce difusión, por la cintura del círculo melodioso.

Cada músico aporta desde su cubo su porción de trabajo armónico.

Esto, más que el símbolo, es el ejemplo. Debe ser el ejemplo de la familia humana.

¿Cuándo será el día en que cada ser de la tierra ensaye su intimidad, limpie sus intenciones, y se coloque alrededor del Maestro; integrando con su mejor aporte la sinfonía moral de nuestra vida ecuménica?

III

YA di con él. Lo presentía. Tenía que existir.

Sobre nuestra sufrida estrella andan hombres que parecen no pertenecerle.

Hay quien lleva la cabeza fuera de quicio y medida; quien muestra una sonrisa de otra cara; quien se alumbra corporalmente con los ojos de algún muerto o de otro bípedo de su especie que suele pisarle cerca.

Sorprenden de lejos —a las veces— náufragos que patinan en las calles y no se sabe si respiran... si están o no están... cuando no son tipos aerostáticos que, con un soplo del diablo, podrían "despegar" y tomar altura.

Los bestiarios de la edad media se dedicaron a sacar del interior de numerosos seres la gráfica del ave torcida o de la bestia proterva que les ocupaba el almario...

Por eso, esta sorpresa representa para mí el descubrimiento de la armonía humana.

...Este hombre que acabo de ver lleva adentro, en onda ordenadora, el espíritu genuino de la tierra; la jovialidad del ajuste orgánico; el balanceo fiel que sólo puede conceder la fusión biológica del aire y la danza en la sangre.

Instrumento terrestre en ejercicio. Intimo. Visible.

Su cara, sus brazos, su andar, la sonrisa, la palabra, son cosa profundamente suya. Como luz de torre maravillosa, los ojos le iluminan y llevan el cuerpo desde arriba.

El corazón tiene que estar a punto.

He dado con el hombre de la tierra. Con el hombre que vibra, ligado, familiarmente, al flúido telúrico.

¡Cuerpo terrestre!

IV

NECESITO volver sobre una aseveración que solté con demasiada rigidez.

Dije en verso homeopático que algunos seres vivos están más evolucionados que ciertos hombres.

Parece que la Ley suele andar al revés....

Hay insectos tan bien organizados socialmente y tan completos en vuelo y brillo, que llegan hasta la descortesía jerárquica. Desdeñan al hombre. Y, como lo hace notar un observador sagaz, "no lo atienden"...

Por esos aires planean pájaros tan "sobradores", que suelen acercarse a la tierra con el designio de enseñarle a los bípedos vanidosos cómo giran los ángeles y de qué manera segura y maravillosa se puede "existenciar".

Numerosos animales acusan al hombre de dureza y atraso, y alcanzan, en ocasiones de maltrato, a medir al que los ultraja con una mirada de costado o con un sacudón eléctrico de cuerpo.

Un caso que acabo de saber, nos va a coronar el tema, delicadamente.

...Los incas utilizan a las llamas como a sus mulas alpestres de trajín.

La llama es tan fina y sensible, que, en muchos momentos de tráfico, supera al indio.

Por lo más perdido de las estribaciones andinas carga un cobrizo a su llama.

Si el peso que debe llevar no es el exacto, la llama mira al andícola en forma de leve reconvención, y permanece fija.

Se da por aludido el cargador. Y empieza a sustraer volumen.

Al llegar a la cantidad soportable, la llama, justa y aligerada, se pone en marcha.

El indio la sigue, paciente y sigiloso.

V

CONFORME el hombre se resuelve a ser bueno, el mal se hace presente en sus adentros.

Si por dicha, el bien se acentúa, y crece interiormente, — el mal, en pretendida proporción, le sigue los pasos, tratando de detenerlo con incertidumbres, con temores, y hasta con torturas ridículas.

Algunos se desconciertan y se detienen. Otros, se entregan. Hay quien busca apoyo y remedio fuera de sí. Ciertos frívolos se ponen al jueguito del bien y del mal, según anden los vientos.

Pero el hombre verdadero que anhela el ascenso moral, no se

detiene, no contemporiza, ni sale de su almario a solicitar una absurda mellicez.

Aguanta. Y espera, acechante.

Tan sutilmente poderoso es el bien, que, a la larga, el hombre siente dentro de sí ese difícil amanecer de la armonía mística que consiste en un predominio restablecedor de la luz íntima.

...¿Es conveniente? ¿Es necesario? ¿Es inevitable este drama invisible y turbador en los centros del ánimo?

Es conveniente. Es necesario. Es inevitable.

Hay que admitir la existencia de esa lucha y el aforismo que se sigue percibiendo hasta en la respiración: cuanto más bueno se siente el hombre, más malo se contrapone, paradojalmente.

Ahora que esa maldad que acompaña al bien, sufre una sublimación o conversión de servicio. Y regida por la conciencia lúcida, es el sostén y depósito perfectible de la ascensión volente.

Ejercicio del hombre iluminado, el bien alpinista y el mal obediente, en trascendida colaboración, suben hasta conseguir la fusión triunfal que franquea la estrella ascética de la perfección ganada.

VI

LA alegría tiene un origen dionisiaco, de desorden y alteración.

El dolor es el contrapeso frenante que la obliga a detenerse; a un sosiego violento; al consentimiento —quieras que no — "colaboracionista".

Entran en tratativas de arreglo ambos, mientras vivimos en el aire físico. No hay más remedio. Sale de ahí la alegría con su lastre de discreción y límite.

Alguien consigue llevar la alegría al tope, en onda envolvente. El dolor va como dormido o a remolque.

Hay quien debe soportar la acerbidad dominante, manteniendo la alegría en acecho o alejada profundamente en los rincones del alma.

No falta quien hace juego alternado. Y vive sus horas de baile cufórico y sus ratos de quietud aceda. Nadie alegre del todo. Nadie triste hasta morirse.

La alegría completa sólo se alcanza en el estado beatífico. El dolor entero es la condenación.

Pero, para elogio, podemos decir que nuestra tierra, de vez en cuando, produce seres que saben AJUSTAR EL VINO CON LA SAL.

VII

Dice San Pablo que Dios se esconde para que lo busque la Inteligencia.

Se podría añadir que la señora Inteligencia —pretendiendo no ser menos— suele esconderse para que se la inquiera o se la requiera...

Este juego del escondite fué maravillosamente descubierto y trascendido por el filósofo de la Intuición.

Tan bien lo hizo, que Maritain, oyéndolo, se convirtió al catolicismo.

Bergson, en su fijeza racial, a lo más que CONCEDIO llegar fué a una posición evolucionada de judío cristiano.

Maritain, sin compromisos ancestrales, se hizo católico derechamente; consagrando la más noble porción de la Inteligencia "hallada" al Tomismo.

Con seguridad, los dos se han entendido con San Pablo.

VIII

Una corriente paradojal de la teología que tomó fuerza estética en la declinación fastuosa del Siglo de Oro con el gigantesco Calderón de la Barca, vino a impresionar los límites de la percepción vital y a ensanchar el ingenio trascendente, depositándonos en la memoria versos magníficos que, medio en juego, algo en serio, nos han ayudado a seguir con interés ideas sin borde y a soltarnos temerariamente en los temas finales del pensamiento y el destino.

Más o menos, el meollo del asunto es este: Nacer es morir. Al venir al mundo, empezamos a irnos...

Más que de San Agustín y de la tradición cristiana "desapegada" del valle acerbo de prueba, la doctrina procede de Oriente, es decir, de una parte inmensa del planeta, donde la escuela multimilenaria del ejercicio místico ha impuesto un ambiente nebuloso y conformista en el que no se siente para nada el peso de la tierra ni la angustia fúnebre de la separación y la ausencia.

Lo afirmativo para nosotros, sin embargo, debe ser otra posición.

Si nacer es morir... si al venir, empezamos a irnos... es porque si tuvimos principio, no tendremos fin...

Y esto es lo veraz y sostenedor.

Somos eviternos, como viajeros espirituales.

Los cristianos viejos de Occidente tenemos que vivir la mística pragmática, nó la nirvánica.

De esta manera, se alcanza la eternidad, — que es llegar a la fuente divina, y ser eternos por participación activa; por ejercitada fidelidad de esencia.

En realidad, y hablando hasta el fondo, no se nace ni se muere.

Se vive siempre... Si queremos vivir... Si merecemos vivir...

IX

Ablandados interiormente por el aceite evangélico, nos resistimos a admitir las verdades valientes de ciertos moralistas.

El hombre es un soberano histrión. Disimula muchas cosas, transa con otras, se somete, finge, sonríe o compadece, según sus intereses egoístas, o... musulmanes.

La vida, con solidaridad planetaria, sin traba confesional ni ideológica; sin condicionalidad de raza ni de color, no es una adquisición íntima y franca de la especie.

...Sube al tren una señora joven, rubia y hermosa. Viene con una hija de cinco o seis años, despierta y linda como un pájaro de seda y espejos.

Al trasponer la plataforma, cae el angelito (o la angelita) en el pasillo. No le dan tiempo ni a quejarse. Todos la asisten, la levantan, la acarician, la entregan a la madre.

La madre, al recibir en brazos aquel manojo de encantos, no sabe cómo agradecer.

...A los pocos días, sube al mismo tren una morena joven. La sigue una hijita de cinco o seis años.

Al procurar el pasillo, tropieza en el umbral de separación y se va de bruces.

Nadie se le acerca, nadie la levanta, nadie se la alcanza a la pobre morena afligida. (Omitimos el detalle de la caricia, porque ya eso es pedir demasiado.)

La madrecita morena tiene que agacharse; que alargarle la mano a la hija; que ponerla en pie, casi obligada por la atención severa de los pasajeros sentados, y que llevársela al asiento con temeroso mutis.

...Considerando estos dos percances de diferente aspecto, uno no puede evitar el preguntarse: —¿La vida tiene color? ¿La educación tiene color? ¿El sentimiento humano tiene color? ¿La moral, la tradición, el dolor, las malandanzas, la conducta, tienen color?

...¡Es que el negro es el negro !

Así, desembozadamente, remacha el redomado filósofo de pueblo.

¡Tableau!

X

Hay libros destinados a entretener ciertas épocas de los hombres, y, de preferencia, las porciones más desventuradas y humildes de la sociedad.

El libro de Bertoldo es uno de ellos.

Posiblemente será porque se trata de un libro popularmente consolador, donde la sabiduría agreste y brusca muestra su ancha franqueza, su cáscara fricativa y su sabor crudo. O porque se le ha tomado como arquetipo auténtico de la rusticidad que se lanza a ridiculizar monarcas y jerarquías áulicas.

Sea de ello lo que fuere, este libro merece la más simpática consideración. No solamente porque está organizado con ingenio en sus representaciones típicas, sino porque presenta la figura troncal, como un símbolo acabado en el que no se ha parado mientes todavía, ya que en él se han unido, con vivo aliento, la base zafia de Sancho en el arrebato agudo de don Quijote.

Ya le ha de tocar su temporada de ascenso.

Porque esa joya de la gracia paremiológica no puede ser únicamente pan negro en mesa villana.

...Anda por hogares y colegios otro libro que, en mi entender o por exigencias de mi repetido paladeo, no ha sido todavía llevado a su merecida colocación. Las Fábulas de Iriarte.

Se puede decir que, desde que el hombre adquirió la inteligencia y el habla y empezó a establecer relaciones o nexos morales, se desató en su intimidad el hábito de fabular.

Viene de muy atrás la costumbre o la maña de humanizar cosas y animales para presentarlos de ejemplo y enseñanza a los pasos y actos del hombre.

Pero alcanzar a escribir la fábula con el ingenio y la palabra medida, como lo han hecho ciertos maestros, esto ya es música de otra clase y rigor.

Declaro que hemos tenido en nuestra estrella de prueba graciosos y ocurrentes directores de la fábula, desde los anónimos narradores de Oriente hasta los agudos avispones de la intención satírica.

Pero, ni los fabulistas orientales, ni Fedro, ni Lafontaine, ni el mismo Samaniego, llegan a la justeza de sal y verbo del latinista hispano.

Las fábulas de Iriarte son, realmente, una caja de sorpresas de señero encanto.

Todo es perfecto y ejemplar allí: el verso docto, alígero, chispeante; la intención arponada y madura; el aire que envuelve y hace girar el espectáculo.

Las fábulas de Iriarte, mis amigos, son las mejores y más sabrosas del mundo.

No hay que alarmarse de que Iriarte sea español...

XI

¡Hombres modernos de ciencia!

Pues estos animosos boletineros me acaban de enterar de un

antecedente primitivo que yo me voy a permitir el lujo de "abarajar" y comentar a mi manera.

Sostienen muy sueltos de cuerpo que el hombre antiguo apenas consiguió distinguir tres o cuatro colores del arco iris.

En prolijos anales oftálmicos, se ha venido testimoniando el lento aguce de la pupila humana, hasta discernir y separar los siete colores espectrales que ahora domina al primer golpe de vista, conforme las barras mosaicas de la reconciliación abren en el aire pluvial la listazón fantástica de su herradura mágica.

Día llegará, —afirman con orgullo devenirista,— en que el hombre podrá ver los colores invisibles que ahora sólo percibe en profusión química.

¡Un momento! ¡Un momento!

El hombre primitivo, en estado puro, ¿no habrá visto ya todos estos primores ópticos que nos prometen para lo porvenir los sabios de nuestros días?

Yo creo que sí. Y hasta me parece que ha visto —de lo invisible— mucho más de lo que vamos a lograr ver nosotros.

Esta penosa acentuación de la captación visual, lleva mucho para relacionar con la clásica comparanza de Platón: aquel acostumbrarse a la Caverna hasta que se produce el "alumbramiento" anheloso y necesario de la colocación física.

Que los hombres a venir logren ver colores que ni se sospechan. Muy bien. Pero no nos metamos demasiado en talenteos evolucionistas. Dejemos a los antepasados remotos en paz.

Porque si nos echamos a escarbar dentro de nosotros mismos, podemos —sorpresivamente— llegar a comprobaciones impresionantes que podrían poner corto al más erguido agitador científico.

Una cosa es estar en la Sinfonía con participación, y otra muy diferente juntar instrumentos, notas, músicos y momento para recién empezar a oír la Sinfonía.

O dicho con menos remolino: una cosa es estar anegado en la Manifestación, y otra bien distinta venir dándose cuenta con tanteos, tropiezos y restregones de ojos de los fenómenos.

De los fenómenos, que no son, cabalmente, los ritmos íntimos de la vida.

XII

No pretendas decir cosas agradables y resistentes, si no consigues hacer música de tu idioma.

Nada más "entonado" que la palabra cuando lleva su necesidad interior.

Si no percibes encanto, es porque van las frases sin medida, sin aliento mágico, sin justeza de sal, sin hervor a punto.

Cuando ya ni existen las sílabas y se hace onda encendida la

lectura, el arte está presente y se ha disuelto el instrumento en el acorde desnudo.

Conviene diferenciar dos verbalismos que suelen confundirse: palabra y vocablo.

La palabra es energía creadora y estable. El vocablo, recurso de momento para salir del paso o engañar a los efímeros.

La palabra es hija y madre de la emoción tocada. (Valora eso de hija - madre). El vocablo anda como relleno de tiempo con cualquier pretexto o sin ninguno.

Consigue, suscita y rige tu palabra.

Purifícate, para que salga limpia.

Y entonces podrás confirmar que, en lo profundo de las operaciones expresionales, no hay letras, ni notas ni signos visibles, sino música del Ser, canto de la criatura iluminada!

XIII

El apologista de un polígrafo dinámico acaba de decir de su biografiado que fue uno de aquellos maestros ejemplares que CONSTRUYEN DESTRUYENDOSE.

Yo no sé hasta dónde puede ser celebrado este destrozo como enseñanza emulativa.

DESTRUIRSE PARA CONSTRUIR, no puede ser un ideal armonioso y fecundo de voluntad superior.

El que construye tiene que estar CONSTRUYENDOSE de contínuo.

Destruirse es anularse.

Ahora, sembrarse o fusionarse, es algo más serio y dramáticamente distinto.

El que consigue una madurez de dispersión que lo arroja en semillas vivas; el que logra una fusión trascendente, — no se destruye.

Realmente, se construye. Pero, fuera de sí.

¡Fin generoso de la construcción!

XIV

ASI como el ser humano lleva adentro la latencia de todas las enfermedades, en idéntica onda de equivalencia, detenta la posibilidad de los más encontrados altibajos: según los golpes de la vida, puede sacar las uñas de la fiera o los giros del ángel.

Lo más valioso de este drama, no está en la condicionalidad social ni en los sucesos, sino en la decisión íntima que establece el ritmo justo para enfrentar y resolver las contingencias.

Sin embargo —y esto es lo simpático— muchas veces la misma vida ayuda. Y si aguantas, ella, en persona, para decirlo con gracia casera, viene a evitarte esfuerzos y congojas.

Casi sin esperártelo, se acerca a tu voluntad. Y... ¡colorín! Ya gustas la claridad acorde del momento.

¡Conmovedora sorpresa!

XV

SOBRENADAR con lo vivo que va escapándose de lo caduco: tal debe ser la vigilante elección de nuestra gimnasia mental.

¡Pobre del que utilice cáscaras y envases, descuidando la oculta continuidad de la respiración permanente!

Cierto que muchos se desentienden del trabajo nuevo y responsable.

Tú tienes que buscarlo con animosa intención, si pretendes andar vivo deveras.

XVI

CUANDO vivamos la poesía, no intentemos escribirla.

Tratemos de alejarnos de ella, para extrañarla o sentirla a la distancia.

Entonces, la escribiremos. Porque, aunque parezca paradoja, es cuando la tenemos más cerca, más adentro.

En el campo, suelo pasarme meses sin hacer un verso. La poesía actuante de la naturaleza es más poderosa que mi expresión.

¿Podrá ser mi poesía más alta o trascendente que la de la naturaleza?

No es posible contestar a esto.

Lo que se puede afirmar es que TODO ESO es asunto y fiesta de la INFINITA POESIA.

XVII

UN árbol buen mozo y con sus pretensiones, se había enamorado de una nube.

Era una nube pícara y tentadora que solía balancearse, vestida con los matices más fascinantes, en el medio del cielo.

El árbol, como atraído, conforme se presentaba, la percibía y seguía, con todos sus ojos, con todas sus hojas... Y se daba a imaginar cómo podría acercársele y envolverla con sus numerosos brazos.

Le contó su amor aéreo al viento. Y le rogó que lo ayudara. ¡A quién fue a recurrir!

El viento sabía el secreto ilusorio de aquella visión.

—No seas inocente. Esa niña no existe.

—Eres malo, envidioso, zumbón.

—¡Inocentón!

Tuvo que arreglárselas solo.

Un día se decidió a subir hasta la altura del hechizo.

Aviador arraigado, era su intención, la de atrapar con su copa aquella bandera fantástica.

En un arranque mágico de conquista, sus raíces lo alzaron desde lo más hondo.

Llegó al espacio cenital.

Entonces, tuvo que darle la razón al viento.

La maravilla no existía.

Pero el árbol quedó, uniendo cielo y tierra.

XVIII

LA levadura torcida del hombre, accionando en el soplo maléfico del planeta, hace uso atravesado y destructor de los inventos más valiosos de la inteligencia práctica y social.

Los canjes de convivencia primitiva provocaron la moneda. La moneda, con el tiempo, en manos de la codicia, trajo el capitalismo y la maldita desnivelación o separación económica.

La división pareja y espacial de tierras para organizar los grupos familiares, se convirtió en propiedad privada y egoísta, hasta presentar, con despojo violento o interesado, el tipo del latifundero.

Lo mismo en la producción. Lo mismo en el intercambio. Lo mismo en esto, en aquello, etc. etc. — ¿Qué invento bueno no ha malogrado el hombre?

Culminando años y siglos de descubrimientos y diabólica aplicación, — un día llevó su desaprensión mortífera y explosiva hasta descargar sobre ciudades el cósmico vigor atómico que sabios pacíficos e iluminados habían logrado captar con el designio de ilustrar y mejorar los anales y la vida de la especie.

...En 1937 Bergson visitó una exposición internacional de Mecánica.

Más que impresionado, alarmado de tanto instrumento, él que estaba en el secreto invisible y viviente de las cosas, exclamó: —¡Mi Dios! ¡Cómo ha crecido el cuerpo! ¡Pobre alma!

Le jugaron risa los corifantes del progreso. Por poco lo ridiculizan, como a un sacristán.

Este espiritualismo bergsoniano que se asusta de las maquinitas...

El problema de alarma y chunga iba en un par de palabras que definían dos actitudes fundamentalmente opuestas, aunque aparentemente acordes: evolución y progreso.

La evolución, en sentido bergsoniano, es interior y armónica. Es necesaria.

El progreso, visible y repetidamente moderno, viene más de afuera que de adentro.

Le jugaron risa...

A muy escaso tiempo de la exclamación del filósofo, se produjo la última guerra, — el despatarro apocalíptico.

Guerra ultramoderna. De máquinas perversamente perfectas.

¡Cómo ha crecido el cuerpo! ¡Pobre alma!

XIX

Nuestro gaucho, analfabeto y sabroso, habla el lenguaje más puro del tiempo cenital de la cultura española.

Cuando baja a los pueblos del interior uno de esos hombres de campo que parecen venir de librotes de caballería; de antiguos cuentos castellanos; del mejor teatro felipino o del quijote referencial, — los niños que asisten a la escuela y SABEN HABLAR BIEN, destapan la risa, conforme oyen las primeras palabras del pajuerano.

—Güenos días... Dispués... Aura mesmo:.. Dejuramente... Ansí... Lo truje... Se ha rompido... Anda mal del celeblo... La melecina... Anque...

Sin embargo, uno lee en sus obras de la primera época minérvica a los autores del Siglo de Oro, y no solamente el lenguaje de los personajes, pero la misma docta expresión del escritor, sueltan idénticas palabras, en intención y en eufonía.

Más de una vez suele pasar por los caminos un gaucho maduro a caballo. Lo ven y siguen desde una reunión galponera. Entonces, uno de los presentes, después de preguntar a los demás si lo conocen, — se pone a revolver hazañas de su vida con una gracia y un acierto tales, que cualquiera de los oyentes puede asegurar, al clausurar el narrador la crónica del pasante, que ha estado leyendo los más entretenidos movimientos de un sacro palimpsesto de la España clásica.

¡Cuidado, pues, con reírse de nuestros gauchos cuando hablan! ¡Cuidado!

Porque en repetidas ocasiones, me ha parecido estar en compañía, no ya de personajes familiares de Cervantes, sino del mismísimo don Miguel, de Santa Teresa, de Luis de León, de Quevedo y hasta de ciertos aparecidos de la Picaresca, — al hallarme de visita en ranchos y caserones de lejanos parientes, — allá, por las sierras ariscas de Treinta y Tres.

XX

Prescindiendo de matices, dentro de la etnología, se puede distinguir dos maneras humanas en nuestra América.

Tanto carácter definidor llevan, que el menos avisado discierne, gracias a ellas, la entidad de dos expresiones o símbolos contrapuestos.

Se trata del mulato y el ladino.

El mulato, para nosotros, es el mestizo de negro y blanco. Un

tipo detonante, de cierto atrevimiento inevitable, que, en muy frecuentes ocasiones, provoca desaires, repulsas o golpes de freno.

El drama que le hace crisis adentro es bastante claro. Son dos sangres que se rechazan. Y el blanco trata de sobreponerse al negro, saliéndose con una especie de conducta hostil, desatentada y fea que, realmente, no queda bien. No agrada.

El ladino es otra cosa. El ladino es el indio, martirizado y despojado, que esconde su idiosincracia. Y pretende ser humilde, servicial y adicto, acallando su alma.

El mulato y el ladino son dos "muestras" que América ha logrado producir, merced a la entrada de los negros en el Continente y a la situación de defensa que los desventurados indígenas tuvieron que adoptar frente al despojo, el ultraje y la muerte más hereje.

Si nos diera por tejer filosofícula con los dos casos, diríamos que el mulato, al expresarse o extravasarse, queda como vacío. Todo su afán finca en que lo vean, lo escuchen y tomen en cuenta. Una cura psicoanalítica, impuesta por su desacuerdo circulatorio.

El ladino se hunde con su secreto de vencido, acechando la coyuntura del estallido y la reparación.

El mulato con suerte y genio que sabe "administrarse" y entrar en escena, puede llegar a deslumbrar y dominar grupos, ambientes y pueblos.

Entonces, hay que cuidarse. Porque el mulato es morbosamente un "resentido".

El infeliz ladino está condenado a ser mártir o trapo, según le dé por el rechazo o la conformidad.

La mala pasión y la técnica del hombre blanco, pueden más que la justicia de su reclamo y la santidad de su rebeldía.

XXI

JUAN Manuel Blanes aseguraba que nadie estaba más autorizado que él para llevar al lienzo el juramento popular de nuestra primera Constitución.

—Yo estuve allí, sobre el pecho de mi madre, a los pocos días de nacer.

Le jugaban risa...

Sin embargo, hay en el boceto de Blanes una vibración onírica de algo que se VIO en los primerísimos limbos de la infancia. (1)

¿Será necesaria la franca vigilia racional para dar fe de las cosas?

---

(1) Tan poseído estaba del espíritu infantil cuando trabajó en el «espectáculo», que, para remate y festejo íntimo, se le ocurrió una travesura de lo más «escolar»: la de colarse de rondón por una esquina del cuadro, haciéndose figura de mendigo muletero...

Este es un temita que se las trae.

Porque, con frecuencia, dentro de nosotros, sentimos que retenemos y recordamos asuntos que la visión no registró con discernimiento.

XXII

POR ley de proporción corporal; por colocación de vida o por destino de alma, — la mujer casi siempre mira al hombre de abajo para arriba. El hombre de arriba hacia abajo. Ella, como suplicante. El, imperioso.

Esta doble actitud queda bien y tiene su expresión natural, idílica, estética.

Lo alarmante y trastornador se produce cuando se invierte la colocación. Y la mujer mira desde arriba al hombre...

XXIII

A medida que el hombre va ganando profundidad, está suscitando dentro de sí seres que pueden salvarlo o perderlo.

Se dice esto por aquellos que trabajan con los dos lados militantes de la inteligencia.

Porque en acción directa y sin estrategia —espontáneamente— el hombre manifiesta o revela el ángel y la fiera.

Entrando a medir sus pasos y sus ocurrencias, ya el hombre es otra cosa.

En los primeros tramos de su cavidad psicológica, el hombre de bien puede titubear, agitarse, padecer la tortura de una detención. La vida, actuando en su interior, desde sus estratos seguros, viene en su ayuda.

La claridad moral se apoya en esa fuerza animadora y decide momentos que pueden ser los más bellos, heroicos o dramáticamente felices.

El protervo, en cambio, se mueve con la impulsión y el consejo de una ideación torcida y tenebrosa.

El hombre de bien, cuanto más se hunde, más se ilumina.

El réprobo, al ir buceándose, más se oscurece y pierde.

La inteligencia, según quien la use, es espejo o lodo de la intimidad.

Trascendida o quebrantada, es intuición maravillosa o despatarro infernal

XXIV

EL terutero defiende su nido de dos maneras: con despiste y con desespero directo.

Cuando un gaucho que sabe mucho de mañas ornitológicas ve

que un elegante canilludo grita con intención sospechosa en zona limpia y sin compromiso, una seguridad zumbona le retoza en las barbas.

—Este flaco tiene el nido en otra parte.

Los contrabandistas saben practicar la táctica de desorientación. Se les ocurre habitualmente hacer disparos en los pasos de entrada a las poblaciones, con el designio de atraer las policías y colarse por los caminos opuestos.

Muy pocas veces los del uniforme rural, que son bastante romos, suelen darse cuenta, como los gauchos aprovechados, de la treta.

Pero lo conmovedor y grandioso del terutero está en la defensa personal y violenta que hace de su nido. Sobre todo, si tiene críos.

Cuando en un aparte de ganados o en una espantada de caballos se desmandan los animales y se vienen sobre el diminuto domicilio abierto del rey de los bañados, este señor se arroja sobre su vivienda, como una flecha con arco y todo. Abre las alas, teniendo el puón rojo de apoyo. Y las agita y bate, chuceando realmente el aire con unos gritos de rechazo que espantan a los atropellantes y lo dejan ejemplarmente sobre sus cosas más queridas, como un escudo vivo y ardiente.

XXV

HAY hombres que tienen el alma o la sangre llena de tábanos.

Se les conoce en el moscardoneo de la mirada y en cierta trepidación acerba del rostro.

¡Cuidado!

Porque esto de andar con los humanos, es un asunto de política precautoria.

Solemos topar con tipos atracados por algún nudo interior de pasión o recelo; con irascibles tartajosos que enrojecen de súbito; con baldados cazurros que se pasan de listos...

Por algo me retoza ahora en la boca un refrancito que me ha enseñado la pícara frecuentación de los bípedos entretenedores: no hay "rengo" zonzo ni tartamudo manso.

XXVI

NO te alarmes ni entregues si llegas a sentir una conmoción pasional cerrada que amenaza hundirte o destrozarte.

Aguanta. Espera que se sosiegue o aclare.

Bien puede resultar un próximo sostén o el improviso apoyo de una energía aliada.

No olvides que el hombre lleva adentro un resorte de conversión con el que sublimiza, da vuelta y contrasta sus peores ocurrencias e intenciones.

Pero si llegara a persistir la onda turbia y aceda, te recomiendo adoptes la táctica del niño que sigue la tormenta como un pasatiempo.

XXVII

Lo más orondo y eufórico me sentía cierta mañana, colocado frente a los fondos serranos de mi región.

Había conseguido apresar en una imagen el cerro celeste del medio de las moles, dibujado sobre la distancia por el genio del aire.

—Elefante nadando en las piedras...

Se me acerca un mestizo añado.

Siguiendo mi captación visual, me pregunta con sutil complicidad:

—A que no sabe ¿cómo le llamaban los arachanes a ese cerro?

—No sé. Desde chico lo conozco por Cerro de Méndez.

—Los indios de estos lugares decían que ese cerro era una piedra madre con el hijo al costado. Eso que usted ve como una oreja, era para ellos el hijo de la piedra grande.

—Pero, ¿cómo le llamaban los arachanes a ese cerro?

—Itaculumí.

...En este breve diálogo puede justipreciarse la diferencia fundamental que existe entre el arte moderno y el ojo serio del primitivo.

Lo que para mí era un paquidermo nadador, para la mirada familiar y climática del aborigen expresaba una madre, vigilando al crío.

XXVIII

Los genios interiores que ocupan los primeros tramos de tu vigilia, se ponen, por cierta época, en estado dominante, hasta la irritación y la tortura.

Los hombres profundizados que llevas adentro suelen descuidarse, dejar hacer, quedarse en acecho de una coyuntura restablecedora, o dormirse, buenamente, confiando en la economía equilibrante que, a la postre, impone sosiego en el circo íntimo del ser.

Cuesta bastante llegar a discernir este drama que a muchos desconcierta, fondea y pierde.

Tú debes andar en guardia. Porque la condición aviesa de tu fuerza enemiga es la de aturdirte y destrozarte, sin el contrapeso frenante de la porción benéfica que da centro de entretenimiento valioso.

Aguanta estoicamente. Hasta que la ayuda estratégica se acerque a valerte.

Si persiste la negación y temes puedan malograrse los planes

laboriosos y necesarios de tus limpias intenciones, desenfunda el hombre que consideres eficaz para la lucha.

Y vence, arreglando, autoritariamente, tu actividad interna.

Restableciendo el juego ingenioso y polar de las horas vivas.

XXIX

Cuando veo con qué facilidad la simulación, el arrumaco, la promesa vacía, la mala magia retórica se adueñan de personas, lugares y entes, me entran tentaciones furiosas de hacerme fabricante de caretas. Pero... solamente para mi uso.

Me animaría a conquistarlo todo, manejando oportunamente el disfraz.

No veo que me fuera muy arduo hacerme actor en cualquier momento y sobre la ocasión que se me presentara.

Pero... La claridad de mi conciencia y el "respétate a tí mismo" de Pitágoras, me vedan celosamente disfrazarme.

Y tengo que soportar la fiesta triunfal de los "vivos", saludándome ventajosamente desde la altura vana adonde han llegado con un brinco hábil de su circo moral.

¡Ah, saltimbanquis!

XXX

Suele el corazón salir al aire por uno de los dos ojos faciales, mientras el otro queda en guardia, evitando la entrega completa de la sensibilidad.

Los golpes y heridas de la imprudencia, lo han obligado a usar esta táctica de reconocimiento sentimental.

Cuando el motivo imprevisto, una exploración o un alto interés lo tocan, entonces el corazón no tiene más remedio que mirar por los dos ojos. No es caso de táctica ni defensa...

Ahora, tratándose del alma, el asunto es diferente.

El alma no puede escindir su accionar. Tiene un mirar entero.

Y ha de mirar por los dos ojos faciales. Y... por los demás ojos de la vida corporal que asiste.

XXXI

A veces la tortura, cumpliendo cierta oculta misión de la economía interior del ser, suele apretarte, aturdirte o enervarte tanto, que la angustia y la cólera te hacen pensar —conturbado— en la posibilidad de reducirte a UN CASTRADO MENTAL.

No hagas caso. Aunque te cueste.

Se trata de un desacuerdo entre los hombres alarmantes o noveleros que cumplen la vigilia y tus hombres más profundizados.

BIBLIOTECA NACIONAL

No existe fusión sublimada ni vigencia unida del accionar. Aparentemente.

Ten fe en tu voluntad. En las fuerzas benéficas. En Dios. En tí.

El hombre sutilizado es el que más tropieza adentro.

Pero es, asimismo, el que da heroica categoría íntima a los más ilustres o... LUSTRALES momentos de la vida.

XXXII

MIENTRAS una idea, un Hombre Mayor o una Corporación viven en esta bendita tierra con un aire de simpatía que los mantiene en vigencia trascendente, se puede decir que el mundo respira con ritmo de fiesta.

Pero, conforme esa idea, ese hombre o esa corporación salen de su tiempo y no se sostienen desde adentro, los "vivos" y los nostálgicos tratan de que perduren de cualquier manera. (1)

Entonces, se fundan religiones, se establecen sistemas y se organiza el culto del ídolo.

El tipo de recordación que necesita de lo que pasó para poder andar, suele ser un sentimental digno de respeto, de consideración y... de qué se le estudie. Se halla todavía en estado de "bella durmiente" y necesita la DETENCION REPETIDA, como ambiente de sostén. Siente y realiza la imposición goeteana: "Verweile, doch..."

No pasa lo mismo con el "vivo". Este necesita la continuación como un espectáculo de feria o de mercado. Como SOLEMNE NEGOCIO. Es, deveras, el administrador...

Estos dos ejemplos hacen falta. Pero hay que tomarlos con tolerancia de teatro.

Lo alarmante está en la ingenuidad de la gente que se pone en estado llano de admisión. Le lleva el apunte a esas estratagemas. Y culmina en el fanatismo, frente a la jovial presencia del espectador equilibrado.

Hay hombres, ideas y entidades destinados a perdurar. Pero esas fuerzas maravillosas producen desde su intimidad el "acompañamiento". Y, como atesoran elasticidad taumatúrgica, suscitan, en los tiempos destinados a su influencia, las ondas concordes de evolución o de labor arcana.

Se trata de un proceso místico que en muchos casos se oculta y aflora por reclamación de época.

El negocio que mueve a los "vivos" es de tal resistencia, que suele encallecerse en dogma.

---

(1) Hagamos gracia de los «inertes», porque éstos no desean que respiren ni cambien las «liturgias», ya que su pereza mental se apoya en la autoridad de quien hace todo por ellos.

Bien podemos contraponer, pues, estas dos maneras, llamándolas, con palabras conocidas, mística y dogmática.

Tal vez se necesiten y se complementen.

Pero... ¡cuidado!

XXXIII

HABLANDO en buen romance, poesía es lo que da permanencia, interés y categoría a las cosas.

Nos conviene declarar que entendemos por COSAS, — entes y formas en una muy generosa acepción.

Lo que sobrevive; lo que se evoca; lo que se sueña; lo que da carácter y símbolo; lo que se realiza con fervor, es poesía.

El sabio que construye un sistema de pensamiento, hace poesía. El investigador que "pesca" un secreto, es un poeta. El hombre que se sacrifica; la mujer que sufre un destino natural o social, viven la poesía. El obrero que teje, construye o golpea con orden, se halla en la vibración poética.

Todo ser humano tiene su momento lustral o confirmatorio de poesía en la vida.

Los mismos que la niegan, por algún costado de su existencia testimonian la poesía. A veces, al negarla, lo hacen poéticamente. Cuando no es una "debilidad", una pasión grande, una costumbre pura o un desinterés recatado que se esconde como música callada de la conciencia.

Poesía, pues, es totalidad ascensional. Sinfonía dispersa que identifica el alpinismo de las almas encarnadas.

Bien. Poesía es lo dicho. Y muchísimo más. Infinitamente. Como que llevado a extremo el tema, poesía es sorpresa sin límite, sin medida ni espacio.

Ahora, lo bravo está en su expresión y justiprecio militante. En su presencia artística.

Sin duda, bien pocos son los destinados a manifestar la poesía. Se necesita una asistencia, una gracia recóndita, cierto trabajo de "instrumentación" y el contínuo afinamiento purificador en la intimidad, que muy escasos seres se atreven a soportar.

Pero, si no son muchos los elegidos, menos, todavía, son los reveladores.

Hay seres intermediarios, entre la sustancia y su organización poética que están investidos con la misión profética de revelar el acontecimiento misterioso, la aparición de lo invisible.

En esta familia jerárquica suele darse el lamentable desvío o mengua de la revelación, ya por no conseguirse un absoluto desprendimiento de las preferencias y las inclinaciones; ya por no alcanzarse aquel EQUINOCCIO de apreciación exacta que debe presentar en la tierra la luz, SIN HACER SOMBRA...

Poesía en esencia, presencia iluminada, limpia revelación...

Cuando el mundo consigue esa VISITA —una y trina aquí también— readquiere su categoría pitagórica de COSMOS, de estrella que danza o que canta.

XXXIV

EL MIEDO

EN más de una ocasión anduve en verso con el temita. Hasta llegué a bautizar un poemario con el par de gemelos verbales de JUBILO y MIEDO.

Por esas calendas, sentía al miedo como un estado dominante. Como oleaje de escena. Y lo cantaba doble. Miedo y susto solían sonar —aparentemente— con la misma impresión de alarma o sentimiento hostil.

Hoy veo con más claridad o separación de concepto. Nó que haya andado mal. Demasiada diafanidad en la poesía, puede ser peligrosa. En lamentables casos, malogra el flúido, la esencia, la unidad de origen, el encanto sutil de los matices.

El miedo es minero. El susto, alpinista.

El miedo es corrosivo. El susto, higiénico.

El miedo se queda. El susto se convierte, por rebote, en aviso, en una decisión inesperada, tal vez (1) en un heroísmo a contragolpe.

El miedo es enemigo. El susto tu consejero.

El miedo intenta fondearte. El susto puede ser TU AVIACION...

...Sin embargo, no olvides esto, que es lo afirmativo y saludable.

Llevamos los efímeros en el fondo de nuestro ser una energía milagrosa.

Muchos la desconocen. Hay quien la niega. Algunos la usan a medias. Otros, la dejan dormir... aunque la "reconozcan"...

Te puedo asegurar que esa energía, despierta —aunque sea un poquito— y en ejercicio, es capaz de realizar los prodigios más increíbles.

Se trata de una palabra familiar y muy repetida: VOLUNTAD.

Esta señora Voluntad, puesta en guardia y en iluminación dinámica, sabe dar vuelta tu negación y convertir tu miedo en una fiesta de esperanza o de alegría dramática. Y si la apuras, tiene vibración de sobra para trasmutar tu susto en repentino entusiasmo.

Te digo más.

Si el hombre lograra ejercer en acto continuo y consciente el vigor oculto de su voluntad, sería el dueño de la creación y de sí mis-

---

(1) Aquí tal vez debe entenderse en su acepción ocasional clásica.

mo. Conocería los secretos de las cosas visibles y trastornadoras, y arreglaría su interior con armonía plena.

Sería el Hombre. El Miedo quedaría sin asunto.

Porque te conviene saberlo: susto y miedo, miedo y susto, son dos mociones de una misma fuente. El uno tira a hundirse. El otro, a escaparse. Provienen de un espíritu generador de dos expresiones.

Profundamente, los dos son el Miedo.

Y si me apuraras mucho, me atrevería a declararte que hasta el valor es hijo del miedo.

¡Si lo sabría el cavernícola!

XXXV

UN MEDICO FRANCES...

Un médico francés acaba de declarar que si los hijos se hallaran dispuestos a ceder una ínfima parte de su sangre a los padres, la vida del hombre podría prolongarse en la tierra, en forma renovada, por mucho más tiempo del que actualmente alcanza.

Plantea, así, este investigador una solución familiar al antiguo anhelo de la caducidad humana.

Porque desde que la humanidad, alarmada, empezó a declinar en cronología viviente, la idea afanosa de contrarrestar las causas de perturbación la puso en tren de crear fórmulas de magia, de higiene y esperanza, con el designio de promover recursos y procedimientos que le permitieran gozar de la salud, el bienestar y la perduración.

Pasado el tiempo patriarcal de las edades bíblicas, parece que el mundo empezó a desanimarse, a enfermarse, a envejecer. Y el hombre vino a sufrir el contagio inevitable de la flojedad telúrica.

Entonces, guerras, pestes, malas pasiones, probablemente un debilitamiento o descuido de las fuerzas ocultas protectoras, agitaron, retrajeron y mancillaron el aire y el interior de los seres.

Y se manifestó la declinación, el desorden y el acortamiento del uso corporal de la existencia.

Más que con el sentido, con el sentimiento de eternidad adentro, el hombre no pudo admitir lo que veía como una verdad incontrastable y lapidaria.

Por algún lado, resquicio o momento había que tentar la restauración.

El destino humano es eviterno.

La vida lo sabe infusamente.

Pero...

Es lo cierto que, al organizarse en colonias simbióticas, las células conjuntivas se hicieron mortales.

Se estableció, así, en la instrumentación endócrina, la caducidad biológica. La muerte.

Los tejidos celulares fueron sacrificados a la periodicidad, para perfeccionar la vida física.

Esas células primordiales, sin embargo, son intemporales de origen. Y al someterse a la limitación cronológica, no abdicaron absolutamente su elasticidad de frenada permanencia.

Esta puede desenvolverse con la renovación.

De ahí, el mérito de las transfusiones de sangre a tiempo, del suero reticular de Bogomolets, de los injertos intersticiales, tan caros a Voronoff, de los tónicos de Brown Séquard y demás soñadores del elixir juvente.

Un biólogo de pensar osado asegura que no existe la muerte. Que lo que se sostiene y sobrenada es la vida. El óbito sería una adaptación celular para hacer cancha al ordenamiento vital.

Si la organización de las células y la eliminación mortal no sustrajeran volumen, la expansión conjuntiva ocuparía y rebasaría la tierra en poco tiempo.

Admitida la necesidad de la desaparición corpórea, puede, no obstante, conservarse el organismo muchos más días de los que actualmente disfruta.

El hombre soñó siempre con la dilatación de sus años sobre la tierra.

Leyendas de todo corte, ambiente y calibre, confirman su ansiedad de pervivencia.

Un gran poeta catalán ha dejado en versos de un atrevimiento muy simpático un canto en el que le propone a Dios una permuta de lo más escandalosa y conmovedora: le dice al Creador que está dispuesto a cambiar la gloria celestial prometida por la permanencia en la tierra que tanto quiere...

Es pedir demasiado. O mejor dicho, rogar con la vigencia venturosa de las horas.

Maragall, con seguridad, no conocía el cuento del Rey Feliz, a quien le fue concedida la gracia de la continuidad terrestre.

A la primera pregunta, no más, el Monarca ilusionado tuvo que aflojar.

—Y ¿si se encuentra solo en el mundo, sin la reina, sin los hijos, sin sus servidores leales, sin los amigos, sin todo este encanto que lo envuelve y seduce? ¿Sin mí?

—Llévate el Vaso de la inmortalidad personal, —le dice al ángel que ha descendido a entregarle el aljófar celeste.— Quiero irme, cuando me toque...

Y aquí la gran pregunta: —¿Valdrá algo la vida sin la muerte?

Contestar esto, es jugar a contragolpe.

Lo cierto es que la vida representa la Afirmación de la Presencia. Y que, de acuerdo a los principios del optimismo trascendente de Leibniz, el ser resuelto orgánicamente, es ya perfecto, porque

existe. La perfección, para nosotros, los terrícolas, es instrumental y respiratoria.

¿Vale la pena renovar la sangre para vivir más?

Yo creo que sí. Porque pueden conseguirse experiencias hasta las que no hemos llegado.

Pero vivir siempre aquí, no. Al menos en estas etapas de prueba que nada tienen que ver con la transfiguración terrestre. Con la tierra glorificada de San Pablo.

Porque traemos, al TOCAR TIERRA, un cuerpo interior que nunca muere. Y cuando viene con mensaje de comunicación, establece la realidad eviterna de la vida.

A pesar de estas imponentes declaraciones, el ser humano debe vivir más. Y eso se irá consiguiendo sucesivamente con transfusiones, con injertos, con intervenciones específicas, con pitagórica restricción procreante, (1) hasta que la higiene, los inventos, el uso digno y armónico de las facultades, sustituyan los riesgos de interferencia y destaquen al hombre pleno que, como en las mejores épocas de la antigüedad, vivía mucho, porque estaba en el secreto ligado, vertido y animador de la vida.

Pero la aserción del doctor Saint Pierre tiene su mérito de acusación inmanente. Denuncia que el hombre lleva en sus adentros la onda biológica de una abreviada eternidad, que puede ser despertada a más terrena prolongación. Y sobre todo, suscita una certidumbre de duración, al recordarle al hombre su destino esencialmente contínuo. Y ajusta, en declaración unida, una verdad de sabor arcaico que se ha venido olvidando demasiado: la de que el hombre, por cualquier costado de su entidad que se le considere, asume seña y señorío de eternidad: con cuerpo y alma, con sombra y pensamiento, con presencia y con ausencia.

Porque aunque sufra detenciones, cercenamientos y destrozos, debido a errores, pasiones y engaños, — nadie podrá negar, sensatamente, ateniéndonos a la misma experiencia de nuestros mejores momentos, que el hombre es, más que una criatura, LA CREATURA; esto es: una forma completa puesta en la vibración arcana de la vida, que puede vencer, si se lo propone, limitaciones, tiempos y pruebas.

---

(1) Pitágoras aconsejaba: sean pocos los hijos para que se crien bien. Considerando la palabra del Maestro como se lo merece, vale decir, como experiencia de la escuela de iniciación cósmica más perfecta que ha gozado la humanidad, tener pocos hijos, para el orden de estadía terrestre, equivale a que sean sanos, equilibrados, instrumentos de belleza, regidos por leyes de armonía oculta.

TIERRA CELESTE

Por acto de vida, todo ser humano adquiere al nacer título de propietario natural en la tierra.

Este derecho le viene, no solamente de su jerarquía evolucionada y consciente, sino por herencia heroica de la especie.

En un sentido primordial de naturaleza, vinimos con destino idéntico: el de ocupar la tierra, nutrirnos de sus ofrendas, gozar sus dones.

¿Cómo se produjo ese hecho espantoso de la propiedad privada y de los privilegios?

Si se hubiera organizado sobre una selección de jerarquías y méritos, tal vez el consentimiento remoto justificara un sistema armonioso de ejercicio ascensional. Pero... no fué así.

La violencia, la astucia trágica, la audacia desaprensiva, la "viveza", aparecen en los orígenes, separando, dominando y acotando, rigorosamente, las mejores parcelas del planeta.

Inútil la protesta, la reclamación, la tentativa de restablecer el uso común de los beneficios terrestres.

La inteligencia preparó defensas monstruosas, armas y alianzas para sujetar los apóstoles edénicos.

Después, salieron, como llamados por un avieso soplo oculto, los Consejos y los Colegios de mando y magia.

Y tuvimos jefes de agrupaciones frenantes y sacerdotes de amanse...

El acaecimiento duro trajo eso. Y nadie puede evitarlo.

Se utilizó diabólicamente la fuerza. Y la fuerza es el aliento mayor en los actos visibles del planeta.

¿Cómo se podría atemperar la terrible distancia entre privilegios y miserias que hoy más que nunca se percibe en el globo?

Porque hemos llegado a una evolución interior en el hombre tan aguda y pasional, que puede llevarnos a una fusión desesperada de las clases dolientes y desencadenar una guerra mucho más fiera y justificable que la que estamos presenciando.

Dicen que cuando Hitler se sintió dueño del mundo en el medio de Francia, tuvo, como una de sus más festejadas ocurrencias, la de desvalorizar el oro y darle valor al hierro y a la piedra, como legislara Licurgo en sus ásperos tiempos.

¿Qué hubiera sido del régimen capitalista, asentado en el oro, si eso hubiera llegado a realizarse?

¿Qué hubiera sido de toda la organización nobiliaria y burguesa y del instrumental de vigilancia y defensa que se ha ido colocando al resplandor del ídolo amarillo?

Bueno. Hay que pensar que ESO anduvo por establecerse. Y que no solamente Hitler lo sentía, sino que su socio Mussolini también lo aconsejaba. Y que millones y millones de trabajadores y de desocupados lo han estado descando con un formidable sedimento de desagravio.

Habrá que aprender a golpes y con sustos. Habrá que volver al sentido del hombre terrestre de la primera hora. Habrá que transformar la humanidad en una familia ecuménica.

Cuando se usó la violencia para retener porciones elegidas de tierras con sus frutos; cuando se impuso el oro para colocar una parte feliz de los hombres sobre la numerosa necesidad, nacida del despojo de los bienes patrimoniales de la especie; cuando se trajeron ejércitos, templos y mercados, con el designio cruel de sujetar, ablandar y explotar a los desheredados de las cosas comunes; cuando se inventó la máquina para liquidar el último esfuerzo del hombre, desesperado por enderezar y salvar su energía, — nuestro planeta, la mínima estrella que pudo haber sido la corona espiritual de los astros, abrió el infierno de la separación, de las pasiones hostiles y de los trastornos fundamentales, cuya culminación estamos contemplando horrorizados.

Porque esto viene de allá. Y en concatenación macabra inmediata, es un efecto sobremaduro de la dureza, de la ceguera capitalistas.

En 1918 se ganó aparentemente una guerra.

Después de utilizar al pueblo —víctima permanente en las etapas decisivas de la historia humana,— gobiernos y altas clases licenciaron a los millones de hombres que quedaron de las batallas y de las matanzas. Ya no hacían falta.

Presenciamos, entonces, la ingratitud más afrentosa que ha podido concebirse y consumarse.

Esos millones de seres humanos, utilizados, trágicamente, fueron arrojados a la desocupación.

¿Cómo no iban a nacer y robustecerse súbitamente las tendencias totalitarias que se dedicaron al principio, con añagaza evangélica, a recoger esa parte OFENDIDA de la humanidad?

¿Cómo no iban a crecer, en forma de marea apasionada, esos partidos que, manejando lo más atrayente de los idearios sociales, decían a los desocupados: —ahí tienen la recompensa de los gobiernos burgueses y de las clases adineradas?

Veremos qué enseña esta guerra que en sus comienzos estuvo a punto de desencajar el ESTAMENTO.

Veremos qué aprenden los gobiernos, los ricos, los felices.

Porque podemos asegurarlo desde ya: la dignidad sacrificada de la especie no se apeará tan fácilmente. Esta vez LOS MAS, los hombres, no van a volver a la desocupación. El dolor les ha dado una lucidez feroz. Aferrándose a la IDEA-FUERZA de que se han ganado el derecho a vivir con tranquilidad después de la catástrofe, les va a quedar energía para imponerse y hacerse lugar en la tierra.

Pero, si la "viveza" de los de arriba y de los poderosos pretendiera escindir nuevamente la humanidad, después de haber estado ligada por la resistencia y la salvación solidaria, — ¡que se preparen! ¡Que se preparen!

Porque las armas se van a dar vuelta. Y el fuego va a cambiar de dirección.

Con un sentimiento elemental —llámesele absurdo o quijotesco — que ha de cobrar algún día vigencia cordial en la especie, anhelamos para esta tierra de todos los hombres: que no se vea más un solo ser con hambre, con frío, sin techo, con la angustia de la miseria apretándolo y... ACUSANDO A LOS QUE TIENEN DE SOBRA.

El hombre trae la obligación natural de aguantar su destino; es decir, los hechos cósmicos que mueven el ritmo inevitable de la vida.

Pero el hombre no tiene la obligación fatal de soportar el hambre, la desocupación, la carencia de techo, el pánico de los harapos, ese lote desolador y fondeante de la desigualdad, — mientras los ricos alzan palacios, esconden el oro y pasan por los ojos de los necesitados el insulto de su abundancia, de su bienestar y de su poderío... ¡muy discutibles, humanamente! (1)

Yo he soñado muchas veces con una humanidad feliz, en la que, contemplándose la jerarquía interior, todos los hombres pudieran sentirse contentos de su destino.

Hay sabios, artistas y genios que adornan la tierra y son como la cima de sus aspiraciones.

Vienen, después, apóstoles y maestros que toman un carácter sentimental de padres colmenarios.

Y más abajo, la humanidad laboriosa y pareja que, moviendo las ruedas de la sociedad y produciendo las cosas que llegan hasta los jerarcas, conservan tranquila la dignidad entretejida de los esfuerzos.

Estos seres horizontales, los más humildes, los más abnegados, pero los más necesarios —raíces o cimientos— levantan los ojos buscando una noble justificación a su propia existencia.

Cuando ven a los que laboran en su interior y sueltan ideas y pensamientos que organizan los apóstoles y maestros, — un estallido conmovedor de gratitud les endereza las manos y gritan: —Hay se-

res que están cerca del cielo y nos ayudan a subir. Por ellos tenemos derecho a morder nuestro pan de sacrificio.

¿Llegará este sueño a verse resuelto en ejercicio sinfónico sobre nuestra desventurada estrella?

Hubo quien cantó hace tiempo este asunto de la tierra celeste. De la tierra con un COLOR bien conseguido.

Creo que las religiones y ciertos sistemas de pensamiento han postrado a los hombres en vez de estimularlos a subir.

Se sentenció que estábamos en valle de lágrimas, en viaje amargo de prueba. Que nacíamos con mancha original y con un deber de privación y penitencia.

De entrada, el hombre venía a servir y a humillarse.

No se vió que la tierra es una estrella...

Con tal programa de vida, el hombre vino a ser masa utilizable.

Entonces los «vivos» aprovecharon esos bien preparaditos almácigos morales de los rebaños humanos.

Y se organizó la servidumbre, la esclavitud, la dominación, la CAIDA de la especie.

El trabajo, la sumisión, el castigo, fueron categorizados, para consuelo y adormecimiento, como MEDIOS de SALVACION del alma.

Y fué así muy fácil erigir y sostener palacios, templos y empresas privilegiadas.

Habrá que acabar con esa magna comedia de la tierra maldita.

La tierra es centro activo de ascensión. En la rueda de los astros, la joya más valiosa.

Estamos en ella como en el mejor mundo que conoce por ahora nuestra eviterna vida.

Nuestra misión esencial y OBLIGATORIA es la de ascender en etapas de afinación íntima.

Las religiones conocidas y los sistemas de filosofía negativa, tendrán que cambiar el disco.

El hombre es el dueño natural de la tierra. Y la misión de los nuevos conductores tendrá que ser —forzosamente— la de consagrarse a restablecer la armonía feliz de la familia humana.

Una armonía de jerarquías, si se quiere. Pero con dignidad consentida y contemplándose el mérito íntimo de las escalas.

No tenemos porqué destruir de golpe.

Desde adentro se puede estructurar los planes de ajuste, los círculos concordes de la fusión.

Se debe trabajar con el interior del hombre. Y desde ahí esta-

blecer jerarquías ganadas —conservándose, PRIMERISIMAMENTE, el bienestar proporcional a las mantenencias de la especie.

La misma riqueza, si perdura, en una sociedad IDEAL, a la que debemos ir, — deberá ser el consentimiento de un merecimiento interior; de UNA CAPACIDAD que COMPORTE UN DESIGNIO GENEROSO DE PERFECCION HUMANA.

Cuando se apague la ira de las diferencias económicas; cuando el hombre, conforme con su destino, olvide el hambre, la miseria y la intemperie hostil; cuando desde arriba los soñadores en marcha conduzcan en un moral alpinismo templado las corrientes de la humanidad, — entonces se logrará ver que fácil y lindo es vivir en la IDENTIDAD DE LA ESPECIE, y cómo esta castigada y mal entendida tierra nuestra es, de veras, una estrella de estadía helicoidal, — TIERRA CELESTE con ritmo cósmico de vuelo, y no cueva de lágrimas, ni, mucho menos, abismo de maldición.

Podremos, entonces, asegurar que hemos acertado la misión creciente de la vida. (1).

---

(1) Debemos declararlo: hemos cantado contra el viento. Nos equivocamos.

Escribimos esta página en 1941. La guerra entraba en su universal desenfreno. Todos pedían una tierra mejor. Otra vida.

Apenas se hubieron rendido Alemania y Japón, un brutal desengaño vino duramente a reírse de nuestros sueños.

El capitalismo, temeroso de perder su estructuración y su predominio, se agarró, desesperadamente, de la democracia; tratando de salvar en seguida lo que había perdido con la ayuda voluntaria o interesada a las fuerzas del Bien.

Esta vez, los gobiernos no licenciaron los contingentes utilizados, mandándolos a la desocupación, como en la guerra anterior.

Ahora, el capitalismo, utilizando el argumento estratégico de madrugar al comunismo, se dedicó a la protección aviesa de los trabajadores, en un mundo deshecho y sin producción pacífica; consiguiendo, de esa manera, desatar la onda de los salarios y la adquisición difícil de las cosas, lo que trajo, inmediatamente, un descalabro infernal en la sociedad.

En efecto: con el astuto recurso, logró conformar a medias a la clase obrera, mientras se consagraba afanosamente a levantar precios de defensa y protección que, en muy poco tiempo, reembolsaron con creces todas las pérdidas habidas y por haber.

Entre tanto, la clase media, eje de regulación universal, sostén equilibrado de la humanidad, fué arrojada al descenso angustioso de la privación y de la miseria heroica y decorosa. Allá fueron ,también, con ella, la burocracia, los pequeños capitalistas, los jubilados y pensionistas, los ahorristas, toda la gente, en suma, que se hallaba fuera del binomio inflacionario de producción y precios.

Está visto que la prueba más fuerte no ablanda al capitalismo, o, dicho con propiedad, a esta parte activa y visible de la forma de convivencia utilitaria y de explotación cerrada, que ya creíamos en declinación inevitable.

La democracia tendrá que andar con cuidado. Porque tal como reacciona el capitalismo, nuestro sistema ideal de vida hasta hoy alcanzado, puede zozobrar y hasta desaparecer en manos de tiranuelos y de oligarquías, apoyados en la riqueza voraz y mal intencionada.

En un trabajo sobre Rafael Barrett, constatábamos que la guerra del 14

había dejado como saldo universal alarmante, un hombre contrario al que existía antes de producirse la tragedia. El hombre franco y benemérito se había transformado en un lobo con un zorro adentro.

La última catástrofe llevó hasta el fin el prodigio macabro: el lobo se comió al zorro y unificó el asunto, adueñándose de la intimidad humana.

Se ve que no hay dolor ni terror con capacidad alquímica como para cambiar afirmativamente al hombre actual.

Algo de esto sostuvo, en la hora candorosa de la esperanza transmutadora, nada menos que Ramón y Cajal, quien, como muy pocos, ha conocido, con experimentación histológica, el drama retráctil de la célula moral de mejoramiento en nuestra especie.

¡Pobre soñada tierra celeste!

EL PUEBLO

I

Hay una sustancia elástica, sagrada y viviente, de la que venimos; en la que nos apoyamos, y con la que tenemos que contar para que nuestros hechos tomen sabor, temple y duración, desde las menudencias domésticas y las andanzas sociales hasta los más encumbrados planeos de la inteligencia.

Es el pueblo.

Se podría demostrar que su origen vocacional o definidor se desprende de la formación de la familia, pues el pueblo, profundamente comprendido, es una expansión del sentimiento familiar.

En las épocas cavernícolas y en los desplazamientos tribales, el pueblo amorfo y naciente seguía una feliz atracción de espiga o de centro nebuloso espiral, que le bastaba para llenar las horas indecisas de su vida hostigada y exigente.

Eligió con alegría primitiva sus patriarcas. Y creó la autoridad como una emanación sentimental y necesaria de su estructuración creciente.

Muy pronto, el abuso del poder conferido trajo rigores y rechazos que empezaron a colocar las primeras sombras en la felicidad inocente y descuidada de los tiempos sin experiencia.

No se detuvo ahí el desvío perverso de la fuerza delegada. Se estableció un régimen de apropiación, usufructo y mando violento, que elevó jerarquías y entidades crueles; provocando clasificaciones y privilegios jamás aceptados francamente por los grupos traicionados, esclavizados y perseguidos.

El pueblo, así, fué pasando por etapas de martirio, ultraje y utilización despótica.

Rebeldías, sometimiento, látigo, ergástula. Alguna dichosa temporada de holgura y respiro. De vez en cuando, cierto ejercicio de opinión y ayuda. A las veces, su presencia —transitoriamente— dando horizonte y sostén a los días más joviales del mundo.

Pero... vuelta a las andadas.

En permanente incapacidad e infancia para los VIVOS, el desventurado pueblo tuvo que esperar un estado de vigor y responsabilidad que lo capacitara para su emancipación.

Así fué dándose el espectáculo de su paciencia, de su aguante, de su contínua esperanza oscurecida.

II

Indudablemente, nos hallamos en una etapa muy evolucionada de la conciencia popular.

El hombre ha ido consiguiendo lucidez íntima de su destino; su razón se halla protegida por leyes y hábitos de convivencia, y un sentimiento firme de dignidad, que suele colectivamente mostrarse avasallador, ha puesto en primer plano los grupos del pueblo, como inmediata y sostenida vibración de los movimientos sociales.

Dando voces al aire; reclamando a la intemperie; haciéndose sentir y oír por intermedio de genuinos portavoces, — hemos llegado a la práctica dominante de la democracia, donde el pueblo elige, sugiere, ordena y gobierna.

Para los que llevamos adentro el sueño de la armonía de la especie, esta confirmación es un júbilo bien serio, si corresponde hablar así.

Porque sabemos que el pueblo es, por naturaleza y vocación, pacífico, laborioso, acertador; y que atesora en su fondo eviterno la magia tónica de la energía creadora y la pasión planetaria de la familia humana.

DOS cosas tenemos que ajustar y vigilar para que el pueblo alcance categoría y presencia en estilo.

Primeramente, los hombres representativos. Después, el vehículo jurídico de expresión moderna: la democracia.

Los hombres que consiguen la insigne preferencia de ser elegidos por el pueblo, deben hacer honor a ese homenaje de confianza. Sencillamente, tienen que llegar a ser «hombres - pueblo» por solidaridad y por interés trascendente.

Engañar al elector, es el pecado mortal del hombre público.

Accionando el estadista en dinámico entendimiento con sus mandantes, la democracia se agilita, se acendra y culmina.

El pueblo, como se sabe desde muy atrás, es una criatura fácil de conformar, de conducir, de encandilar, de engañar.

Pero ¡cuidado! que ese niño, cuando el desengaño y la indignación lo despabilan, es capaz de colgar en las llamas a los que perjuran.

Por eso, deben ser considerados mayúsculos criminales los que pervierten, detienen y fondean al pueblo.

Es una criatura, hemos dicho. Y como cosa frágil y delicada debe ser tratado.

Pero... no olvidemos que lo interesante que lleva el hombre en sus adentros, es el niño. El hombre que anula o corre al niño de su interior, es una sombra lamentable, un montón andante de miserias.

Pues bien; esa niñez recóndita que da al hombre en cualquier edad su categoría móvil, pintoresca y original, es la equivalencia de esta criatura inmensa que llamamos pueblo.

Ayudarlo a subir; a derramarse en franca armonía; iluminarlo: tal debe ser la misión de los hombres mayores o elegidos que intenten representarlo, si pretenden llevarlo en sus pasos como justificación originaria.

Si los hombres representativos —los intermediarios— lograran trabajar en concatenación con sus mandantes, la tierra podría llegar a conseguir con el tiempo un estado moral, auténticamente sinfónico.

Porque el pueblo, en estado puro, ostenta sabiduría de orientación, sentido colmenario de orden, sentimiento familiar.

No existiría separación, sino diferencia; esto es, categoría interior de destino lúcidamente consentida por las agrupaciones ascensionales.

Donde el pueblo no da mandato, no existe esencialmente autoridad.

La vieja ley ha sido suplantada por la sentencia electiva de delegación. Vale decir, el derecho divino que estableció castas hereditarias para vejar al pueblo inerme y postrado, ha sido sustituido por el derecho humano de elección que pone al pueblo en pie y confiere a los elegidos categoría democrática.

Nuestra atención debe ir en todo momento a la certidumbre fundamental de que somos pueblo.

Con esa seguridad terrestre, nuestra vida cobrará sentido robusto de estadía y viaje. Separarse de la vigencia popular, es torcer el ritmo de la vida y suscitar la misantropía corrosiva, el egoísmo trastornador.

Así pensamos y sentimos claramente.

Cada día nos consideramos más obligados a buscar el pueblo, dentro y fuera de nosotros.

Sólo él puede decirnos el camino y hacernos llegar —si es que lo merecemos—, a los mejores aires de la perfección. De la perfección que, aunque parezca una enormidad decirlo, también es perfectible.

Pueblo escuchado, mundo salvado.

III

Pero, vemos que a esta altura o distancia, nos conviene definir lo popular, según la importancia que lleva nuestro pensamiento.

El pueblo, considerado en forma, no es solamente la masa visible de hombres que puede ser separada con habilidad en montones y dar una sensación inferior de vicio adquirido o de lana aprovechable.

No. El pueblo es una entidad con aliento moldeante y equilibrio titánico; una entelequia afirmativa; un demiurgo cálido y certero, capaz de llenar y dirigir el mundo con adaptación pareja y ascensión discernidora.

En él se produce y conserva la intuición universal de los pa-

sos de la existencia y el juego concorde y estable de las leyes ordenadoras.

Por eso, cuando los conductores prevarican y desacomodan el movimiento regular de la sociedad, el pueblo suele aparecer con su voz y sus puños para reclamar la vuelta al ritmo o imponer con la destrucción el restablecimiento de la onda contrastada.

Hay una sabiduría popular que sobrepasa las más arduas y pacientes operaciones de la inteligencia individual.

Por eso, ocho o diez palabras de la paremiología, aprietan la experiencia más avezada o la filosofía de mayor pujanza.

Un refrán, con frecuencia, pone en vergüenza a un libro y... a un pensador.

IV

Se percibe, a estas instancias de la historia, que el pueblo ha conseguido un muy avanzado aporte de presencia.

La democracia que hoy toca en los más increíbles sectores de escamoteo tradicional, es la forma necesaria de convivencia política y humana. ¡Victoria multisecular del pueblo! ¡De su persistencia heroica, de su audacia iluminada, de su esperanza triunfal!

Nuestra América es una hazaña del pueblo.

Desde las agazapadas rebeldías de los indígenas desalojados; siguiendo por los roncos y tozudos cabildantes hasta las asonadas y levantamientos patrióticos, el pueblo ha sido el actor responsable de la Emancipación.

Cuando, con decisivo fastidio, el Virrey de Buenos Aires pregunta a los cabecillas de la rebelión civil dónde está el pueblo, los inspirados intérpretes solicitan un toque de campana. Y el pueblo se destapa, sorpresivo, bajo la cerrazón agitada de Mayo.

Ese es el pueblo militante, el alma en guardia de nuestra humanidad despierta y solidaria.

Tenemos que oírlo, que cuidarlo, que ayudarlo a moverse, que llevarlo en nuestros más limpios aires de afinación.

RESTABLECER el «reinado del pueblo» con la claridad electiva de las remotas épocas patriarcales; regresar a la fusión de mandato con su prístina confianza y ejecución, aprovechando el caudal milenario de cultura y técnica que hemos adquirido, — sería darle, absolutamente, a la tierra la posibilidad de ser, — como está destinada a serlo por destino arcano — la corona espiritual de los astros.

LA MUJER

I

Es tradición remota, confirmada de contínuo por investigadores, que en ciertas etapas de la evolución social, el hombre blanco fué dominado por el negro y por la mujer.

Parece que los «betunes» fueron bastante duros. Llevaron su ensañamiento hasta la tortura ritual.

Para aterrar al hombre blanco, que era un perfecto inocentón, a pesar del mordisco a la manzana del saber, inventaron el infierno y el dragón; ciertos cuentos de espanto, y fórmulas especiales de magia truculenta.

En cuanto al sistema o la técnica del trato, los rezagos puros que han quedado en Africa nos suelen mostrar en relatos, películas e informes, las lindezas coreográficas de las agrupaciones, formando cerco alrededor de las víctimas, con parches y balidos de estrechamiento, —mientras las flechas, los lazos y las llamas van acentuando sus intenciones de atravesar los cuerpos o de sujetarlos a postes de fijación, para ser consumidos en la sevicia violenta del fuego.

Esos negros de las primeras épocas no fueron, indudablemente, como estos que estamos habituados a ver, ablandados por la esclavitud, por la dispersión, por la satinación civilizadora y por el martirio prolongado de su decadencia.

La raza primitiva tuvo que haber sido muy enérgica y hermosa.

Se sabe que la última prueba, por la que tenía que cruzar el iniciado, dentro de los templos de Egipto, era la de la mujer. Y esa mujer era el cuerpo desnudo de una nubia que, en más de una ocasión, hizo fracasar el heroísmo oculto de almas muy valientes y enteras que habían pasado ya por el fuego, el agua, el vacío y la tiniebla, y por los mismos pánicos de la afinación interior de su ser.

Del matriarcado, que también tuvo sus preferencias por el hombre blanco, nos ha quedado la tradición de las amazonas, cuya supervivencia, más o menos variada, se puede apreciar en las semíramis o dalilas de la antigüedad bíblica e histórica; en las serranas del Arcipreste de Hita; en esas reinas germanas que solían colgar a su real esposo, al margen del lecho nupcial, en la ganchera de la prueba epitalámica, y en alguna doña Bárbara que todavía sabe poner bajo faldas y al alcance de la correa los flojos peleles a quienes no ha favorecido, ciertamente, el destino de elección.

Pero... por algo el hombre blanco mordió el fruto del ingenio en el Paraíso.

Ese mordisco fué su salvación, y el que, con el tiempo, lo trajo a este privilegio milenario de dominación terrestre.

El hombre blanco, al dinamizar el poder maravilloso de la inteligencia, ideó medios de liberación y vencimiento; preparando armas y celadas astutas, con las que consiguió, a la larga, abatir y colocar bajo su látigo a los verdugos tradicionales.

El negro vino a quedar en peor situación que los indios: ¡desventurados indígenas que habrían de pagar, después, las hechas por los negros a los blancos!

El bípedo ufano, frente a la mujer matriarcal, tuvo que accionar de muy diferente manera.

La mujer era de su clase. Y entonces, había que colocar rigor contra rigor.

Con la mujer, el hombre blanco utilizó la doma, desmontándola, previamente, de su corcel amazónico.

Al separarla del caballo, el hombre blanco se sintió centauro en doble sentido: para unirse al equino y para ajustar sobre la amazona el cuerpo superior.

Mucho tiene que ver con esto el mito o la tradición del Teseo iniciático, —símbolo de la hegemonía máscula, domeñando a las Hipólitas de corcel volador y arco furioso.

Vencida fué la mujer. Y en forma muy semejante al negro y al indio: para ser esclava y convertida en cuerpo de desahogos en las cóleras y deseos del domador.

Pero... la mujer blanca no era el negro anterior ni el indio posterior de la rebeldía y el sojuzgamiento.

La mujer blanca había participado en el mordisco pícaro de la manzana. Es más. Esa mujer fué la mano de perdición que llevó a la boca del hombre el fruto revelador.

Con ese recuerdo cómplice adentro, no se iba a quedar en estado permanente de sumisión y castigo. (1)

...Y aquí la tenemos en la mejor etapa de las cavernas.

El bípedo, implume, aunque bastante piloso, ya ha conseguido el fuego. Y lo maneja con un celoso encandilamiento de adoración.

Alrededor de la llama se ha establecido el sentimiento de familia y la seguridad sosegante de los elementos y las fieras hostiles.

La cocción y la asadura han sacado la crudeza a la alimentación carnívora. Y un suavizante influjo entre la sangre ha puesto a los

---

(1) Nos valemos, para documentar estas líneas, hechas como entretenimiento, de la corriente mosaica de nuestra civilización cristiana, ya que es bien sabido hoy que, en la tradición védica, el causante y responsable de la caída, fué ARIMA, el primer hombre de la Isla de Ceylán.

seres humanos en situación de ordenar la vida, fijando el ambiente, la visión y la comodidad, hasta conseguir los primeros halagos de la belleza con las propias manos.

Pictografías rupestres, metal ductilizado, armas, utensilios, cueros de abrigo. Y, afinando la digitación y el ingenio, cacharros, tejidos, primores de bronce y piedra, abalorios, alhajas...

La mujer, hábilmente, percibe a su compañero apto para la comprensión de la belleza. Y resuelve hacerse instrumento viviente de encanto.

Así, empuñando el espejo transfigurador, se entrega con afán agudo a la depilación, al embije corporal con el ungüento balsámico de los potes, al uso decorativo de los cueros, a la ordenación coronante y trepante de los peinados de efecto, a la coloración embelesadora de las mejillas, al tintineo y resplandor de las primeras joyas.

Por aquí debe hacerse presente con categoría mágica. Y volver a dominar al hombre.

Ataviada maravillosamente, un día atrae al hombre. Se coloca delicadamente en sus brazos. Y se produce el primer beso.

Entonces, se derrumba el tarzán de hacha de sílice y áspera azagaya. El símbolo del sansón dalílico aparece en su época cavernícola.

Pasando por clanes y tribus, llega la mujer blanca a detentar la jerarquía de vestal, conservando el fuego que vió chispear y efundir de los peñascos heridos y de los leños rozados en cruz dentro de las oquedades líticas.

Merced a esto y cambiando de sector, vino con los años a ser centro y vigilancia del hogar.

Bastante mal anduvo para ella su pasaje por los siglos del cristianismo, recién salido de las catacumbas y transformado — desgraciadamente— en potencia política.

En concilios, homilías y consistorios, se puso en duda su naturaleza humana y su condición anímica, dándose al olvido la convivencia comunaria del ágape en los primeros días de ocultación y martirio.

Y la legislación tributaria, haciendo eco al criterio de inferioridad, se dió a sostener la incapacidad civil gineica, considerando a la mujer en perpetua infancia y en detención irresponsable, como una moral belladurmiente, —enormidad de la que hasta nuestros códigos vigentes ofrecen abundante testimonio.

Por suerte, el prestigio de su belleza y su congénita abnegación maternal, lograron alcanzarle mérito y elevación.

Y en los días medios y renacentistas, apoyándose en el fondo hiperdúlico del cristianismo, culminó en un jubileo de estrella y flor elegida que vino a suscitar el culto de la caballería y el verso, y su magnífico apogeo social.

II

El descalabro en que ha culminado el hombre blanco, nos obliga a reclamar la intervención paladina y equivalente de la mujer en los asuntos políticos y civiles.

Este accionar unilateral y avieso de la diplomacia y de los intereses debe ser templado e interferido por la tolerancia, la abnegación, los problemas directos, y hasta por ese conservadorismo fundamental que ha sido, de preferencia, fuente de cuidado pacífico en quien aloja y crea la vida de la especie.

El hombre blanco, excelentemente corporizado en el tipo europeo, desde hace *Dos Mil Años* nos ha venido regalando un espectáculo histórico de incapacidad y estrechez absolutas en lo que atañe a la convivencia humana, al juego armónico de la vibración social y a la tranquilidad planetaria.

La mujer, que ya ha despertado y conseguido un ágil y animoso «entrevero» en las múltiples agitaciones de la vida social, debe acentuar esa militancia que todavía se le cicatea con leyes y censuras; pero sin perder de vista las dos cosas grandes que la han hecho sagrada: su vocación maternal y el ejercicio celeste de su belleza. De su belleza que, aunque parezca broma, fué la que la hizo reconquistar su soberanía, mal practicada en el rigor ancestral de las amazonas.

Por lo que vemos, el hombre blanco triunfa, a veces, con virtudes que no son de su sexo.

Se puede afirmar que nuestro vanidoso bípedo, cuando adquiere prestancia y categoría, lo debe, más que a sublimación de sus facultades, al usufructo de condiciones que ha desarrollado triunfalmente la mujer.

Estupendo es, entonces, el hombre, porque realiza la unidad vigente del SER.

Al separarse los sexos del androginismo primordial, por no se sabe qué resortes ocultos del mundo remoto, llevaron dentro el sentido y la herida de la unidad del ser.

De ahí, en hombre y mujer llamados a su misión esencial, la ansiedad magnética de las miradas que se «reconocen» inefablemente, de los noviazgos, de la búsqueda simpática, —el ir y venir de los cuerpos, tocados por el movimiento ordenador de los destinos.

¡Qué ese entendimiento de la integración se vea en todos los sectores de la vida humana!

Y entonces, en vez de confirmarse el vaticinio exterminador de la atómica, se podrá contemplar el vaivén coral de la especie en una ascensión de paz, de bien, de energía y de belleza sinfónica.

LOS PRE-SOCRATICOS

I

BUFONES arcanos, atorrantes de la Intuición, sabios escandalosos de la pedrea, —los presocráticos.

En ellos, como en la «música primera», estuvo toda ciencia en estado sinfónico. Eran filósofos genuinos. Amigos de todo saber en idéntica onda de Naciente infusa.

¡Quién los hubiera visto y conocido!

Considerados con tolerancia preceptiva o con buen humor técnico, —a la distancia,— podríamos encontrar en ellos lo que después vino a desatar en la europa feudal la familia de los juglares y bufones cristianos, pues presentan un parecido más estrecho con los hermanos de la fundación franciscana que con los aedas y rapsodas contemporáneos; forzándonos a aplicarles una definición temeraria que, extrañamente, sorbe el límite tradicional de separatividad entre hijos de la nueva ley y paganos: la de la PICARESCA SACRA, dentro de cuyo influjo trasiegan y trasmiten lo INTELIGIBLE y lo que PASA ARRIBA...

¡Quién los hubiera visto y oído!

El orgullo sibilino de Jenófanes, arrojando el sagrado insulto de su altanería mental.

—Aunque ustedes consigan fortuna y alcancen victorias de estadio y camino, no llegarán nunca a ser dignos de besarme la sombra del pie. Nunca verán lo que yo adivino. Jamás sabrán lo que llevan adentro mis palabras...

Y una danza con tarareo de pensamientos esquivos, la risa torcida y el palmoteo teofónico dentro de los hexámetros reticentes y desconcertantes.

¡Quién los hubiera conocido y seguido!

—Yo soy Heráclito. Ustedes, un montón de trapos. No tienen nombre. UN HOMBRE es todo. La MULTITUD, nadie. ¿Oyeron?

Y la gruesa carcajada ofendida que empuña piedras y pone en fuga al sabio cantaverdades.

Diógenes Laercio asegura que estos presocráticos visibles que marchan documentados medio en fábula sobre su paso físico, son como la presencia cercana de una familia de iniciadores que retroce-

BIBLIOTECA NACIONAL MONTEVIDEO

de inmensamente, y cuyos númenes originarios pueden estar en los más remotos hierofantes o jefes de sigilos cósmicos de las épocas de organización religiosa.

Uno no deja de darle la razón a Diógenes, cuando considera que Tales y Anaxágoras son culminación y madurez de una verdadera sucesión de genios intuitivos con Lino y Eumolpos en los primeros tramos, o, mejor dicho, en las etapas de retroceso de la estirpe.

En Platón se evocan, celebran y hasta corporizan algunos de ellos; confirmando el enlace vocacional de la Academia con los aportes sobrevivientes de las épocas filosóficas.

Parménides y Empédocles son, realmente, dos titanes de la generosidad primigenia, regalando sus acordes trascendidos, sus contraposiciones integrantes y sus paradojas recónditas, con asentada lucidez hermética.

Una tradicional y aparente antinomia que ha llegado hasta nosotros, después de encarnar en obras de suprema jerarquía, desde la tragedia griega y la epopeya dantesca hasta los símbolos de expresividad fundamental, nos ha conservado la sal terca de Heráclito en el depósito jovial de la risa de Demócrito. ¡Cara doble en el destino de los Efímeros que proviene de la misma fuente de prueba!

En Diels, en Aristóteles, en Plutarco, en Teofrasto, en Sexto Empírico, en Isócrates, en Proclo, en Cicerón y en reservados humanistas, se puede hacer un recuento de esta familia maravillosa que nos legó a Ferécides, a Epiménides, a los Anaxi, a Leucipo, a Filolao, a Zenón el Viejo, a Hermotinos, el incógnito iniciador del centripetismo mental y al demiurgo Anaxágoras, que colocó la levadura armante de la Inteligencia en el centro frenético del caos.

¡Quién los hubiera conocido!

No venían así como así estos señores. Traían su trastienda resentida.

Aunque parezca ridículo, eran de una progenie más juiciosa, alejada y perfecta que la de los rapsodas. Y no podían perdonar a Homero y al áspero pastor de Ascra, la herejía injuriosa de revolcar los principios del ordenamiento cósmico que investían los dioses, en el lodo pasional y avieso de las costumbres humanas.

Por eso soltaban esos adómenos de punta y arrostraban la furia de la plaza.

Su misión primordial y entrañable era la de restaurar principios y esencias de la economía olímpica, comprometidos gravemente por la licencia estética de la corporación homérica y por la opilación atravesada del tremebundo genealogista de la Teogonía.

Castigador de homéricos embustes, — dice el Timón del epitafio, aludiendo a Jenófanes, con voz medida, intencionada y firme.

Algunos «la tenían» con Arquíloco. Heráclito condenaba, con la pezuña sellada de su barba, a un tal Hecateo...

Ellos podían hablar del nacimiento de las cosas, de las ondas de creación, de los secretos del ser.

Anegados por participación intuitiva en el misterio viviente de los fenómenos; operando con la unidad del saber en vibración simpática y en dinámica fusión, — la íntima certidumbre de la realidad invisible les desataba el pie para la danza y la lengua para los versículos «alumbradores».

Por eso bailaban y escenificaban la filosofía. Estaban en la Sinfonía Ontogénica de permanente sorpresa, manifestación y encanto.

La dignidad divina de la posesión velada les suministraba una formidable y acerba recriminación, a medida que iban constatando el espesor y la dureza de la atención humana.

Al flagelar la resistencia de los «muchos», de los «cerrados», —los ignaros bicéfalos de Parménides,— solía llegarles, de contragolpe, un rechazo meteco y una pedrea zafia.

Pero ellos no podían cejar.

Seguros de su misión, resistieron.

El golpeteo intencionado y continuo en la capacidad de los efímeros, tenía que despertar el interés de la inteligencia, con la paciente colaboración del tiempo.

Y así fué.

De aquella broma y acusación que provocaron el contrapunto procaz, vino Sócrates, el callejero.

El recelo mágico que envolvía las verdades ocultas, tuvo su claustro de acogimiento en Pitágoras, el «antesocrático», que no conoció el Agora y que se había tomado a pecho el rigor impositorio de la conducta esclarecida y ascensional.

Los presocráticos de feria supieron sacar al aire entes, principios y verdades que nunca hubieran alcanzado a convertirse en patrimonio de la humanidad sin un atrevimiento heroico, sin la ventilación apasionada.

Esos dos tipos opuestos en el trabajo de la filosofía que definieron lo pitagórico y lo socrático, produjeron una Personalidad plena y animadora de los siglos.

La de Platón.

Platón unió los dos sistemas y los invistió de una expresión «comportable».

La Academia fué la Casa Madre de la Cultura Humana. En ella desembocaron todas las ideas y todos los descubrimientos, —las biblias escondidas y escamoteadas,— merced al aporte técnico y afanoso de los adeptos.

Platón ha sido el Hombre Mayor, destinado a promover, por etapas, con fermentación elástica, la organización mental de los tiempos.

Pero... sin el heroismo disparatado de los presocráticos, ¿hubiéramos tenido a Platón?

Difícil contestar la preguntita.

Porque aunque lo pitagórico dejó una sugestión emuladora, esto solamente era un caudal peligroso, de ardua exigencia, que muy escasos maestros podían recibir y manejar.

El aliento callejero, la familiaridad conceptual, la claridad de Sócrates, debían conseguir la excarcelación de los misterios cautivos que la sencilla gente del mundo tiene derecho a conocer y practicar, aunque sólo sea en forma de fábula, parábola, mito, o como cosquilla interior de la razón en contrapunto.

Y esto es la continuidad de lo presocrático. La vigencia sostenida de aquella absurda comunidad de vagabundos que soportó el escarnio, la rechifla y la pedrea, con el designio redentor de interesar a la multitud basta y rechazante en las primeras vislumbres de la inteligencia desentumecida.

No fué tan fácil conseguir que la masa guaranga y zafada se hiciera pueblo.

Debió consumarse el sacrificio de una víctima central bien elegida.

El resentimiento de la plebe, «de los muchos», tenía que desfogarse en forma holocáustica. Y Sócrates fué la figura de aguante que dió cara al sedimento vengativo que venía preparando la ceremonia ofrendaria.

Ya no es el caso de escapar a la pedrea o de esconder la sombra a los manoseos.

La etapa de la broma tuvo que ser trascendida con la ironía individual y plantada de un mártir.

Pero, los presocráticos fueron los que acentuaron el proceso hasta la eliminación del pre.

Lo socrático vino a ser, así, la flor preciosa y coronante de sus pasos o estaciones familiares.

¡Atorrantes del pensamiento! ¡Bufones necesarios!

EL CANGREJO

I

Hay hechos de fijación terrestre, más que visibles, vivientes y respirables, que nos llevan, por consideración agradecida, a declarar con franqueza la existencia del «milagro natural», — y no así, a la sollama, sino en estado intencional y dinámico de continuidad y conseguimiento.

Uno de estos milagros es el de la clorofila, la célula verde, la ínfima obrera misteriosa que informó la hoja y realizó el balanceo químico que nos permite disfrutar el prodigio pneumático de la combustión orgánica, colaborando en la acción atmosférica, a fin de que nuestro cuerpo sea un instrumento sutil y maravilloso, apto para el cumplimiento de los destinos más avanzados.

Otro milagro de naturaleza —primordial en nuestra evolución corpórea— es el de la salida de la vida plástica al aire telúrico desde su cuna originaria en el mar.

Esto se lo debemos, aunque mueva a risa el decirlo, a nuestro señor el Cangrejo en su forma primigenia de langosta litoral.

Vamos, pues, a dedicarle algunas palabras al artrópodo antepasado.

Hay personajes admirables que, seguidos o estudiados, nos desconciertan hasta la perplejidad. El lagarto, el zorro, el avestruz, el hombre.

Ese rezago saurio que lleva una vida ásperamente golosa. Que no deja en paz los nidos. Que conoce los panales a punto. Y consigue, en ciertas especies engoladas, ponerse en dos pies, como nosotros...El coludo de nuestras fábulas. El gambeteador. El gran rifiuto de la creación...

Pues de todos ellos tuvo la síntesis anticipada el señor cangrejo. Y todavía la muestra, cuando se lo exigen. Tal vez, perfeccionada.

Hablando en serio, hagamos una biológica afirmación: si no hubiera sido por la ocurrencia emigrante del cangrejo, no hubiéramos tenido nunca la vida orgánica en la tierra ni el hombre hubiera sido posible.

Yo no sé si esto va o puede ir contra la creación del hombre, como acto especial, según la narración mosaica. Hablamos del antecedente inconformable y animoso que puso en la orilla seca de los

mares los primeros crustáceos. Al replegarse las mareas, muchos de estos diminutos seres quedaron en el aire costeño. Y tuvieron que forzar o adquirir respiración bronquial para sobrevivir.

Los paleófonos exploradores y las ligias ancestrales lograron con el tiempo reírse de las aguas maternas, adaptándose a una vida mixta, líquida y sólida, que, en parientes noveleros, llegó hasta el desdén acuático.

Esa sagrada herejía en cambiar de medio o habitat, trajo la posibilidad de la evolución orgánica y su asiento colonizador y transformante sobre la parte continental del planeta.

Actualmente, el cangrejo es gente de lo más pintoresca, matizada, sabrosa, ingeniosa.

Vamos a verlo en seguida con algunos leves papirotazos eruditos.

II

Han de saber ustedes que existe un cangrejo que regula sus movimientos con una chinita cefálica.

Es tan peligrosa y delicada la tal pulvérula, que se le suele desacomodar o caer en el ciclo de muda. Entonces, se va patas arriba o se zarandea como un ebrio perdido.

Pero no termina aquí el asunto. Recurrente el mocito, conforme se da cuenta del estropicio y se sosiega, se busca, como puede, un grano pétreo a la medida, y colocándoselo en la cavidad de regulación, restablece el equilibrio de su cuerpo y sus podos, volviendo a las andadas; esto es: a procurarse distracción y bucolitis.

Aunque parezca mentira o una humorada, hay quien se dedica a pescar estos anténicos con imán. Los pobres se entregan de cabeza, atraídos por lo irresistible.

Suelen merodear por la costa unos arácnidos que se tornan invisibles. Vaya usted a saber cómo. Pero la prueba ilusionista se da, sin cobrarse entrada de casino.

Otro tenazudo que ya francamente hace vida enjuta, ha conseguido un nombre a la medida: el de vigilante. Porque es tan avispado y terutero, que cuesta mucho tomarlo desprevenido.

Hace poco llegó hasta nuestra noticia la existencia de un artrópodo asiático que posee una pata enorme, en cuyos garfios lleva, con celoso cuidado, nada menos que el ojo con que ve. ¿Se dan cuenta? ¡Llevar la visión, como una alhaja suelta, en el peligro del pie!

Como para contraponer a la curiosidad superficial y aflorante de las especies litorales, sabemos hoy, merced a campanas transparentes con sonda, de cangrejos marinos que se hunden en profundidades increíbles, donde deben hacerse la luz y el instrumental de

visión que, en muchos casos, toma aspecto caricaturesco de antecojeras fosfóricas o de ojos viajeros sobre cordones simbióticos.

Pero el tipo que más nos toca, porque se ha humanizado en demasía, es el famoso eremita del mar. Se le suele llamar Bernardo el Ermitaño.

Pues este señor, a quien la naturaleza ha dado un traje mórbido sin consistencia, tiene que defender su cuerpo. Entonces, se procura un caracol vacío bien torneado y en él aloja su expuesta masa, dejando afuera la cabeza y las pinzas.

Encantado de su vivienda, se vuelve poltrón y sibarita, hasta anquilosarse, pues crece dentro de un revestimiento de museo.

¡Qué vida se da este señor, sin afanarse! Todo le viene a las uñas: los alimentos más frescos y atuzados; las joyas más finas y fosforescentes; los regalos infinitos de la generosidad marina.

Verdadero gurmet, refinadísimo esteta, la observación especular lo ha sorprendido empuñando medusas y lucernarias; paladeando algas deliciosas, y clausurando sus feéricas fiestas gástricas con vivos habanos de vegetación flotante.

Pero no todos los eremitas se enquistan, se engolosinan y amodorran.

Muchos pretenden casa, de acuerdo con su crecimiento y tamaño. Entonces, no se paran en discreciones ni en temores. A las buenas, a las malas o a las peores, se consiguen su caracol, aunque tengan que desalojar inquilinos o maltratar resistentes. Esto les ha valido el remoquete de piratas.

Y no es que les dé por la violencia, llevados de caprichos o futilidad. Nó. Los pobres se hallan en situación de desnudos o descascarados. Carecen de caparazón. El terror de que les rasguen la piel, los arrebata y empuja. De ahí, el solicitar, con angustiada premura, la capa cálcica de salvación.

En la Isla de Pascua el cangrejo vive completamente de los árboles, como los simios. Establece sus cangrejales, y se consagra a la industria cocotera. El hombre sale de sus agujeros subterráneos. Elige su árbol. Y, como chiquitín de circo en los palos, se trepa a las ramas y se apropia de los cocos. Hábil manejador de sus herramientas, abre las frutas y se las engulle en un bailoteo aéreo de festejo.

Este artejonado se ha conseguido un mote penal que, según nuestra severa intención humana, no le hará mucho favor. Pero le suministra categoría hazañera: el cangrejo ladrón.

Nosotros, en uno de nuestros departamentos oceánicos, mostramos unos interminables palmares, donde el cangrejerío ha colonizado y se pasa su vidurrión de dátiles silvestres y miel arbórea.

Güiraldes, en don Segundo Sombra, nos describe los cangrejales trágicos que perforan porciones vastas de terreno y son un peligro oculto para los animales que pisan descuidados.

Como buen payador argentino, don Ricardo, haciéndole contrapunto a Fabre, se pone a contarnos los hábitos ladinos de los cangrejos terrícolas. Y los describe en un festín caníbal, después de zapatear un malambo ridículo sobre la cáscara de las víctimas.

Concluído el rito, se abalanzan, en un entrevero rígido de chuzas y de uñas, destrozándose sin lástima, quebrándose, y engullándose los trozos ensartados en las armas fratricidas.

No se detiene aquí lo artero y taimado de estas alimañas.

Llega un momento en que, imitando a los mántidas, se fingen poseídos del espíritu religioso, y juntan, como en plegaria, sus antenas principales sobre el pecho, con la rojez delatora de haber faenado alguna res sorbida por los tembladerales.

En un librote de vida y costumbres de bichos extraños, acabo de enterarme de un cangrejón japonés. Se trata del Moya. Es un cámbaro —¡asómbrense!— más grande que el hombre.

Este fierabrás de Oriente usa tanto vigor, que, en lucha por su cáscara y sus aspas, puede quebrarle las piernas y los brazos a un pescador.

Y aquí, porque viene a pelo, una constatación impresionante.

Cuando dos cangrejos duelistas de mar se traban en lucha, suelen cercenarse alguna de sus extremidades. Esto no es descalabrante o mortal, ni los hace ir al servicio de traumatología. La naturaleza les rehace y devuelve la parte segada, como si se tratara de la reposición anular de las lombrices segmentadas.

En fin, señores, el cangrejo es el personaje más completo y avisado de la creación.

Tentados nos hallamos de talentear, formulando sobre caliente una filosofía cangrejil.

Vamos a ser más modestos. Cerraremos la página con nuestra infancia.

Para ello, tenemos que hacer pasar adelante al cangrejo criollo de río: el cangrejito negro que, en eso de acreditar la picaresca de la especie, no le va en zaga a los demás congéneres del globo.

Porque, realmente, en ninguna otra familia de la biología se puede confirmar el genio de la raza como en esta de los crustáceos.

Cada estirpe maniobra, según se lo exige el medio, la ocasión, la viaraza o el destino.

Pero... en el fondo del drama, se define una nota de identificación, por separados que se hallen los tipos familiares: la de la astucia, la de la capacidad ingeniosa, la del humorismo desconcertante, la de la cachada al mismo hombre, que se cree más vivo...

Y ahora, yendo al prometido remache, evoco a nuestro retinto ambulacrero. Y no sin cierta emoción y lástima. Porque la exageramos, amigo.

Solíamos preparar los anzuelos, con un rebullido pronóstico de

sartenes olorosos y empostados. Tarariras, bagres, pintados, pejerreyes, mojarras...

Dispuesta la estudiantina nemorosa, allá nos íbamos al Olimar, el río protector del villorrio a quien considerábamos más nuestro hogar que a los desabridos caserones de los abuelos.

Instalados en los pesqueros, arrojábamos a la corriente las plomadas, las boyas, los anzuelos. Y nos imbuíamos de una autoridad chica y silvana, aguardando los avisos de las ensiladas víctimas.

—Está picando... —Aquí también... —¡Cómo recela el bagre!

Con el hilo cimbrante en los dedos, seguíamos los movimientos sumidos de los peces que andaban tentando de costado los anzuelos.

—¡Ya está! —grita un hermano.— Y da un tirón extractivo. ¡Ah!, pero ha de ser muy chica...

¡Si será chica! No hay tal tararira, señores. ¡Es un endrino y coruscante manojo de cuernos móviles que viene adherido a la carnada! El hombre se ha descuidado o... engolosinado. Porque esa es otra. No se deja sacar así no más...

...La escenita del picoteo engañoso solía repetirse en cuanto aparejo y «mojarrero» mandábamos al agua.

El muy bromista estaba especializado en imitar la manera de «picar» de todos los peces.

Traído al aire el desengaño y puesto al alcance el simulador, con ira punitiva y un tantico risueña, lo tirábamos al fuego.

¡Era de ver, entonces, cómo se aplacaba al tostadero nuestra infantil venganza inquisitorial, siguiendo aquella carbonización que transformaba en un rojor de lo más hiriente el húmedo betún quitinoso del ástaco condenado!

¡Quién iba a pensar en aquellos momentos y con nuestros escasos años, que, gracias al riesgo y la temeridad de sus antepasados antiquísimos, existíamos nosotros, los verdugos desagradecidos!

DESTINO DE TRAPO

Había nacido un 13 de mes y en viernes.

Su infancia fué un progresivo desfile de maravillas.

Inocente y de frágil sensibilidad, su íntimo registro de vigilia se mantuvo en una repetida vibración.

Nadie (ni él mismo) hubiera podido pensar en las etapas de crecimiento, que, a cierta edad, iba a ser centro de un destino hostil, protervo y humillante.

El había alcanzado su adolescencia sin percibir la formación de un enemigo que se estableció en sus adentros, y, de sorpresa, empezó a maniobrar, cuando una vocación resuelta y una dirección de conciencia se pusieron en animoso ejercicio.

Entonces, sí, a cada noble intención; sobre todo alto propósito; al flanco de los mejores movimientos, un alerta de temor, tortura e inhibición, se atravesaba con angustia y sobresalto.

Ahincadamente, procuraba andar bien. No se realizaba el limpio deseo, su dramático anhelo.

Llegó a descubrir una ley oculta con apariencia dominadora: en este plano de la vida existe una traba para el bien; todo ayuda para el mal.

Tropezando aquí; fracasando allá; sacudido desde adentro por ideaciones violentas; no consiguiendo nunca la plenitud sosegante de un acto grande; injuriado, desconocido, negado, — tuvo que considerarse un pelele o juguete de fuerzas enemigas inaperceptibles.

Un día se atrevió a bautizar su itinerario de peripecias terrestres con una frase tremenda, de cinco palabras, a cual más chica: soy un destino de trapo.

El conocía un romance picaresco de Quevedo, bastante tocado por la astrología judiciaria de su témpora: LA MALA SUERTE. (Ingeniosa y curtida aliteración de coincidencias ensañadas).

Pero su caso era más hosco, agresivo y personal, y... más moderno y convincente.

Méritos hacía o forzaba, como un asceta. De nada le valían. ¡Si tendrá filo humorístico el adjetivo: contraproducente!

Todos le pasaban delante y ocupaban su plaza. Nunca llegaba a tiempo en las buenas. Caía justo y como voluntario en las malas o... en las peores.

Nadie se enteraba de sus afanes estéticos. De los elogios que, de lejos, lo sostenían.

Sus ocurrencias, su ingenio, su palabra nueva, eran aprovechados por los vivos... por los que lo conocían, pero no lo reconocían... y lo disimulaban...

Parecía que su sombra hacía daño o era una acusación.

Se vió tan golpeado y confuso que —como iluminado a rigor— se dió a pensar que la ley cósmica suele andar al revés, cuando se mete en dédalos morales.

Solía decir, acongojado: —Mi Dios, si el don de escribir conceptos y expresar cosas bellas que me has concedido no ha de ser participado en el seno del hombre, ¿para qué me has impuesto esta misión desaprovechada?

Una conformidad de fondo que lo asistía en sus clamores desde su paciencia heroica, lo reasentaba con una costosa serenidad, anticipándole: —Todo pensamiento de elevación; cada acción de belleza, si no entran, somueven y esmaltan su tiempo de salida, acechan la oportunidad terrestre de hacerse sentir. Son música callada y viva que no se pierde...que aguarda...

Procuraba —prevenido y avispado— que no se le «encarozaran» complejos de postración, pues las ondas corrosivas de la fijeza mental lo predisponían a la misantropía e inacción más absurdas, pretendiendo destruirlo, aturdirlo, cerradamente, o detener el proceso espontáneo de su delicada intimidad.

El se sentía lúcidamente un «destinado» trascendente. Y con la seguridad de su vocación, esperaba, o, dicho con más volente propiedad, suscitaba las treguas del cielo que venían a restablecer la claridad triunfal en el ámbito congojoso.

Como fruto pasajero de tanto trasiego, se le estabilizaba en sus temporadas de prueba una cavilosidad morbosa que solía hundirlo en un sombrío acucio.

¿Sufriré un desacuerdo humoral? ¿A qué se debe esta hostilidad conmigo mismo, que, muchas veces, por provenir de mi intimidad, la encuentro afuera, en seres, en cosas, en el aire, en la luz? ¿Cómo explicar este desorden emocional que me conturba y desfigura y despersonaliza, si yo no lo busco, no lo quiero, y hasta con orgullo agraviado, me atrevo a decir que no lo merezco?

¡Al diablo con la sutileza freudiana y los ritmos arcanos, los saldos hereditarios y las compensaciones morales de la especie! ¡Yo tengo que ser una afirmación robusta y unida de mi individualidad!

Y sin embargo, él era providencialista, optimista, trabajador, santamente intencionado, tozudamente bienintencionado. Y allá, en su auténtica profundidad, en su idiosincracia intransferible, un ser de sumo equilibrio, de sinfónica ideación.

DESTINO DE TRAPO aguantó muchos años su destino.

Un día se le ocurrió un infantilismo: probar suerte. Compró un número de lotería.

La tarde del sorteo, al pasar por una vitrina, donde habían expuesto las cifras premiadas, vió, de golpe, que había sacado la grande: 4236!

¡Por fin se acordó de mí la sabia, la madre providencia! Ella que está sobre la estrategia perversa de los hombres. No soy tan infortunado como me lo dicen y repiten los malos consejeros que llevo adentro y que nada tienen que ver con mi ser genuino y fundamental.

Llega a su casa. Saca del bolsillo el número premiado. Lo mira con seguridad, cotejándolo cifra por cifra. Y... el premio, la lotería, era para el 4236 sí, pero no para el 4326 que había adquirido.

—Bueno —se dijo filosóficamente—. Sigamos siendo DESTINO DE TRAPO.

EL CHAJA

CON su ceniza elástica sobre el ojo de púrpura; tropezando en los pasos recelosos de sus botas trabadas; con el chuzón de sus alas sin juego sobre el pecho, el chajá recorre las jaulas y los cercos de los pájaros y fieras del zoológico.

Ese torpe zancudo es más viejo en el Uruguay que los charrúas, a quienes enseñó a oír distancias; a fijar nido; a ser leales; a espiar peligros; a defenderse de lejos, y a mirar el cielo hasta conocer el secreto de las nubes.

Y ahí anda el caudillo de la soledad y los espacios, extrañando su bañado de observación; la limpieza cruda de los vientos, y el ejercicio sabio de sus alas que lo sacan —elevándose— —de la vista del hombre.

Le acaban de enseñar dónde debe ir a comer.

El hombre, bien educado y obediente en cancha ajena, se encamina al «mesón» indicado, conforme escucha la campana general del mediodía.

El comedero que le corresponde es nada menos que el círculo de vivienda del hipopótano.

Al acercarse, nota que el dueño de casa está comiendo.

En efecto. El guardián lo ha conducido —palmoteándolo— hasta los montones de heno, donde abrió el portalón de su bocaza y recibió a paladas el alimento.

Como de una aspersión de ilusionismo, se desparrama sobre la cabeza del monumento un racimo de gorriones.

Se le posan —rebullentes— sobre el casco, sobre las menudas orejas, sobre los ojos, sobre las narices, sobre el morro. Y arrebatados por la gula que los domina, se le cuelan por la boca enorme. Y, no contentos con sustraerle a picotazos hábiles lo que pueden de la masa de rumia, se le van por la caverna, disputándole el derecho a comer en paz la cantidad correcta de comida que le han alcanzado.

Nuestro chajá —con horror— contempla aquello desde el interior, donde lo dejó inmovilizado el atrevimiento de los gorriones.

Corridos éstos en forma violenta por el guardián, el paquidermo inalterable retorna a su piscina y se acomoda en el agua; manteniendo a flote la cabezota sonámbula.

Entonces, el chajá, haciendo honor a su buena educación, se allega a lo que el señor guardián se ha dignado reservarle. Y, ha-

biéndose asegurado de que el dueño de casa ha terminado su embaulamiento, se pone a comer —ceremoniosamente— su parte.

No vamos a tejer filosofía darwinista, utilizando este acto de voracidad de los gorriones.

Sería atroz condenar una especie que sigue —desembozadamente— su instinto, de acuerdo con nuestros intereses y costumbres, asentados en adquisiciones y parcelamientos, humanamente discutibles.

Sabemos que la familia de los gorriones atesora virtudes necesarias y heroicas: la audacia biológica del conseguimiento, el amor maternal, la fraternización colonizadora y una regocijada vocación urbana que la señala, sobre las demás porciones volátiles, como muy evolucionada en democracia.

Pero no deja de ser simpática y hasta ejemplar, para nosotros, la compostura gaucha del señor chajá.

LA SONRISA

...No existe manifestación más segura para medir al ser humano por adentro, que la SONRISA.

La mirada no proporciona un síntoma de percepción tan eficaz.

Envasada en un instrumento como el ojo, sutilmente tejido en los meandros somáticos y psicológicos, su difusión o fijeza depende de múltiples vibraciones o estados que suelen subir hasta ella.

A veces, la mirada está vacía.

La sonrisa gasta otro estilo.

La mirada tiene mucho que ver con la luz. La sonrisa es tema del alma.

Se puede mirar desde afuera. Imposible sonreír sin permiso o alusión «endógenos».

La mirada es inevitable. La sonrisa se puede dar, detener o... esconder.

Hay quien sonríe por partes o puntos de la cara: con los ojos, con la boca, con la frente, con los dientes, con la nariz.

Suele presentarse el fenómeno que sonríe hasta con la cabeza.

Se da el caso de tipos hábiles —estrategas de su intimidad y el momento— que colocan la sonrisa oportunamente.

¡Las veces que seguimos los procesos faciales y sorprendemos personas que sonríen en frío, a desgano, por concesión, obligadamente, y paran en seco la careta móvil, quedándose con un apagamiento fúnebre o acedo en las comisuras!...

Pero con el alma no se puede jugar.

La sonrisa triunfal, LA VERDADERA, es onda de fusión sublimada de los humores que, según la escuela del ilustre Juan de

Huarte, establece la vigencia de la COMPLEXION, y nada tiene que ver con la economía de la prosopopeya.

Entonces el ser humano se alumbra desde los ojos de una manera marina, celestial y completa. Riega de jovialidad el aire y la visión de los circunstantes.

La sonrisa difluye así el contagio estético de la felicidad. Porque quien sonríe derecho y en plenitud, aclara la vida y adorna la tierra.

¡Si valdrá la sonrisa!

Lo van a justipreciar con un ejemplo ático.

Praxíteles soñó regalar a los ojos mortales una Anadiomena perfecta.

Para conseguirlo, se valió de lo más apropiado que tenía a mano.

Utilizó el cuerpo de Friné, reina de las cortesanas atenienses por aquellos días.

La célebre tespiana estaba considerada el acorde más ajustado de la euritmia plástica. El dechado de la forma.

Bien que se lo sabía el escultor, no solamente porque era su amante, sino porque dominaba el secreto de las proporciones corporales más que nadie.

Ya está la Anadiomena a un paso de ser...

El modelo ha permitido la presencia física de la diosa en su más acabada armonía óptica.

Pero... falta un golpe de cincel para abrir los labios de la dea. Hay un trozo informe, aguardando... nada menos que la boca de Anadiomena.

Un día, bruscamente, entra Praxíteles en su taller, gritando el eureka decisivo y girante de su trabajo.

—¡La encontré! ¡La encontré! ¡La encontré!

Y, aplicando —convulso y certero— un cincelazo, hiende el resalte intrigante; desatando la sonrisa de la diosa, y estremeciendo al mármol escultórico desde adentro.

Lo sorprende Friné. Con celosa sospecha, lo interroga.

Entonces, suelta Praxíteles el motivo de aquella detención responsable y clásica.

—He andado hasta hoy buscando una sonrisa.

Tú tienes todo lo de la Anadiomena, menos eso. La sonrisa.

Esta mañana fuí al puerto.

Estaban desembarcando unas esclavas jóvenes que venían con destino al mercado.

Cuando menos podía esperarlo, una de aquellas desventuradas

bellezas, sonrió —pasando— al verme. Y me dejó iluminado. ¡Tenía la sonrisa que me faltaba!

Lo que acabo de hacer es, sencillamente, dar el toque de milagro que une lo uránico a lo pandemio en la Anadiomena.

Praxíteles consiguió la sonrisa de la dea. Pero... perdió a Friné.

No importa.

Lo admirable del ejemplo ha rebasado con categoría la pérdida de una belleza efímera, y ha trasmitido esta afirmación perdurable de lealtad estética: —Nadie ha dado a la sonrisa la importancia que se merece, como Praxíteles.

GRAVITACION ONTOLOGICA

...Ahora que Einstein, el gran fullero, se ha puesto de moda con su teoría de la gravitación ontológica, viene de perlas talentear un poquitín con algún tema escatológico del macrocosmos.

En nuestras recorridas aficionadas, solemos topar con un problema de erudición que, a mi ver, está cifrado en el saber oculto de la humanidad y no se ha conseguido aclarar en forma nunca.

Es el que hace referencia a las benditas formulaciones geo y heliocéntricas.

Antiguamente, cuando el hombre ejercitaba su interior en colegios herméticos, se había declarado la teoría de la cadena astronómica, por la cual descendía el alma en etapas de prueba y regresaba con el caudal de las experiencias; clausurando el itinerario de perfeccionamiento o purificación.

En los anales de la Caldea remota, se consigna la narración del culto procesional de las almas, pasando por su estrella probática.

Dentro del templo de ceremonias, cada planeta proyectaba el color de su luz sobre los seres que le pertenecían.

Aquella oscilación astral era, más que la alegoría, la certificación del alcance de evolución en que las almas se hallaban comprometidas.

Pitágoras —más tarde— fundó su escuela de iniciación. Y allá, junto a la práctica de la ronda, organizó la colocación de los astros, dándole al sol el centro.

En la oleada de posta de las almas, la tierra tenía el medio centrípeto y centrífugo de los misterios rotantes. En el juego circular de los planetas, el sol era el corazón inmenso de la sinfonía.

Así se articularon en el Colegio de Samos las dos enseñanzas de la combinación heliocéntrica y del sube y baja trascendente del destino humano.

Se sabe que el templo de Pitágoras fué incendiado y destruído por la saña malagradecida del discípulo infiel.

Con la escuela de iniciación, desaparecieron también la enseñanza secreta y el orden, sentido y testimonio ascético de la gimnasia cósmica.

Vino entonces la confusión, el desacuerdo, la adjudicación errónea.

La militancia interior de la rueda se sustituyó al ordenamiento astronómico. Y fué fijada la tierra como centro del sistema planetario.

Olvidaron los hombres la lección pitagórica del heliocentrismo. Durante siglos, permaneció nuestra pulvérula como eje de este mundo y del otro.

Sabios audaces e iluminados se atrevieron —andando el tiempo— a restablecer la antigua movimentación heliocéntrica.

Fueron marcados de reojo, como posesos, amenazados, exorcizados. Salvaron por milagro o... por debilidad, de la coroza y las llamas inquisitoriales.

Pero... Y aquí el haber mentado a Einstein al principio.

Parece que hoy muy escasos sabios de fuste y coturno se sienten con ánimo de sostener ninguna de esas dos teorías por las que tanto se ha padecido.

En el infinito desplazamiento de los espacios siderales, no se puede dogmatizar, con lo que se ha alcanzado, que el sol o la tierra se hallen en el centro de ninguna coordinación.

La verdad arcana es y será que existen leyes de proporción y armonía que saben lo que se hacen y podrán siempre mantener con equilibrio lo visible y lo invisible.

CHUCÁREZ Y DOMA

...DESDE sus primeros tiempos, la humanidad civilizada se dió cuenta de la existencia de dos fuerzas que, en lo oculto de la naturaleza y dentro del hombre, bregaban por predominar; estableciendo el juego de la creación y conservando el interés de la vida.

Frente a lo monstruoso y desordenado, el hombre, siguiendo su «daimon» benéfico, creó, deificó y humanizó entidades salvadoras.

De esta manera, se llenó la tierra de seres de procedencia olímpica, enraizados por la mitad de su sangre en el destino de afirmación de nuestra estrella.

Perseo, Hércules, Teseo, Belerofonte, fueron semidioses con misión redentora; arrasando tiranías; extrangulando fieras; desligando misioneros de equilibrio, y abatiendo a cercén las quimeras, desde los mismos dinteles de las nubes.

Con el tiempo se organizaron las ceremonias dionisíacas. Y por contragolpe, aparecieron el freno armónico y el instrumento de encanto, en manos de lo que vino a ser considerado el círculo apolíneo.

Esas dos fuerzas sufrieron jerarquización en la sien infusa de los presocráticos, y culminaron su estilo de contrapunto cósmico en la magna euritmia de la tragedia griega.

Nuestra América tuvo que pasar por las etapas de hostilidad enconada de esas dos fuerzas, sin ejercicio todavía de convivencia ordenadora en sus ámbitos.

Haciendo gracia de la época precolombina y de la colonización, el escenario indoamericano, con su naturaleza y sus seres cerriles, era el clima ideal de lo dionisíaco. Podríamos apellidar el medio con una palabra equivalente: CHUCAREZ.

El hombre tuvo rigurosamente que hacer valer, para utilizar los animales salvajes, su agilidad ingeniosa. Apeló a la DOMA. Y a espuela, rebenque y lazo, consiguió cabalgadura.

Con el caballo, obediente y servicial, le fué hacedera la existencia.

Consumada la emancipación, donde, unidas en proporción actuante las dos fuerzas, lucharon por el predominio político, —lo dionisíaco tomó pretexto de escape en las guerras civiles que llegaron a constituir un peligro de destrucción en el cerco ardiente de las pasiones divididas por el color armado.

Inesperadamente, los deportes empezaron a canalizar un nuevo sentimiento pacífico de hostilidad y a descargar la predisposición bélica en los espectáculos del músculo, regido por un afán de danza epinicial, dentro del límite de las canchas, rodeadas de partidarios.

La juegoterapia impuso lo apolíneo en el instinto morboso de pelea que, en repetidas ocasiones y por diabólico dinamismo, se desataba en perturbación, destrozo y muerte.

Actualmente, las dos fuerzas se han alojado en el interior del hombre.

La cultura mental, con matices sinfónicos, está destinada a realizar, dentro de lo humano, la fusión sutil y perdurable de la doble moción.

Habrá que utilizar, en primer término, la poesía y la música. Vale decir, LA MUSICA COMPLETA.

Pero... ¡cuidado! Porque esas dos fuerzas de la necesidad presocrática han alcanzado sublimación técnica y asumen, desde ahora, la responsabilidad del porvenir atómico de la humanidad.

LA ELEGIA

...HABIA desembarcado con una flauta desarmada en el bolsillo del sacón.

Esto no es todo.

Dentro de la flauta venía una elegía, predestinada a solucionar

los trances más arduos de su vida ultramarina y a coronar sus pasos con la adjudicación popular de una batuta.

Conforme TOCO TIERRA, vertebró el instrumento. Y apuntó a conseguir clientes, o, dicho con más digna propiedad, devotos.

Un día, como al descuido, después de soplar aires ligeros y piecitas de preparación auditiva, desmadejó el milagro eufónico de la elegía.

Tocados en los anillos del alma, los privilegiados oyentes se dedicaron a desparramar con afán infantil el prodigio.

—¡Qué señora elegía!...

Ensanchado el contagio filarmónico, el italianito empezó a colocar con estrategia su encantadora melodía.

Para suministrarle una artística ayuda, resolvieron los iniciados hacerle un beneficio. Lo comprometieron a clausurar el acto con la elegía.

Más de un asistente se retiró, justificando la lagrimita:

—¡También esa elegía!...

Con la incontrastable pieza, el flautista se consagró impunemente a hacer cuanto uso y abuso se puede concebir.

No pagaba cuentas. Comía donde se le antojaba. Pedía con cerrada audacia.

La elegía conseguía lo increíble.

Un día el camarada íntimo tuvo que pagar el alquiler por los dos. Otro día debió hacer frente —con garantía— a un préstamo bancario. Otro día... Otro día...

Pasado y sobrepasado de sangrías monetarias y sudores morales, trató de desprenderse de la sanguijuela. De echarlo de la celda donde vivían. De iniciarle juicio.

No hizo nada. No pudo hacer nada.

Después lo explicó.

—Cuando fuí a ajustar cuentas y resolver la separación a golpes, — al acercarme a la puerta, empecé a oír la elegía. Literalmente, terminamos abrazados por la música.

El taimado ítalo, considerando el poder de difusión y embrujo de su bendita elegía, determinó, en un acceso de culminación jerárquica, instrumentarla en forma.

Puesta en el pentagrama para los elementos de la orquesta capitalina, no solamente se apercibió la oreja del rebaño a recibir el tesoro anunciado, sino que el mismo director del elenco musical llevó su comedimiento y obsequiosidad hasta ofrecerle la batuta, dándole, así, la oportunidad gloriosa de hacer brillar más su joya melódica.

Fué decretarse la eliminación.

Al terminar de oír aquel manojo sonoro de hechizos, la voz del pueblo pidió furiosamente el cargo de director de la orquesta para el mago de la elegía.

El benemérito artesano de la música que había armado y afiatado el conjunto orquestal, tuvo que ceder la plaza al italianito.

No hubo protesta ni consideración valederas frente a la imposición abierta de la afición popular.

¡Ah, la elegía! ¡La elegía!

EL SABIA

...NO hay pájaro que mire con más respeto al cielo, que el sabiá. Ni que lo conozca mejor. Y exprese con más segura melodía.

Usando mística propiedad, se puede aventurar que el sabiá no mira al cielo. Lo contempla.

La calandria suele remontarse en girándolas y cruzarse por las nubes con osadía. Pero esta «pájara» es tan traviesa, que uno no sabe si el cielo la atrae o ella se lanza a refitolear y conseguir tema para esponjarse de regocijo.

El chajá se eleva y alcanza a perderse de vista. Pero eso entra en su táctica de capataz y vigía de los bañados.

El águila recorre las sedas eléctricas de la cúpula flúida. Pero sigue el destino de su deporte olímpico.

El sabiá, mis amigos, gasta otro estilo de amistad celeste.

Cuanto más lejos se ponga del cielo, más cerca lo sentirá.

Por eso, solemos sorprenderlo en las selvas, al caer la tarde, con la cabezuela vuelta hacia la altura.

El pico apunta como flecha magnética. Los ojos son espejos armados de silencio.

Se produce el contacto de fusión.

Entonces, los ojos beben el cielo. Y el pico desata los círculos melodiosos del éxtasis hilozoísta.

COREOGRAFIA AEREA

...Colocados entre las sierras del Yerbal y la rinconada de Olimar, solíamos contemplar, cuando éramos niños, ciertas bandadas de pájaros, con orden aéreo, o, dicho con más gracia, unos sabios cordones voladores que nos asombraban.

Parecía que el aire los producía y que una idea de marcha rítmica o dibujo viviente los manejaba.

Esos pájaros se llamaban los mazaricos.

Las figuras que hacían y ajustaban, avanzando sobre nuestros ojos, eran un espectáculo de coreografía alta, contínua y huyente.

Se acercaban en corral; se abrían en abanico; tejían moñas; armaban lazos; cerraban collares de sorpresa; y, de golpe, se estiraban en escuadrones perfectos de alineación.

Con el tiempo, en la ciudad, vine a gozar el mismo espectáculo, pero en diferente espacio.

Esta vez eran los biguáes de la costa fluvial los que, en columnas, círculos abiertos o geometría sostenida de vuelo, pasaban sobre los techos, haciendo girar la mirada hacia la altura a las personas de sensibilidad entretenida.

En más de una ocasión, siguiendo el juego de estos maravillosos elencos del cielo, me he preguntado: —¿Está en cada uno de los pájaros el celoso afán de hacer la línea? ¿Seguirán alguna indicación oculta del aire? ¿O el genio de la luz los conducirá a ofrecer la justa visión de la inserción simétrica improvisada?

Todo puede ser. Pero... Y el ojo del hombre que mide y da fe del acontecimiento, ¿no será, al fin de cuentas, quien arma las escenas perfectas de avance?

También es posible...

Sin embargo, lo que se puede aventurar, con más tino, es que las aves, el aviso aéreo, el genio de la luz y el ojo del hombre, en fusión colaborante, realizan el misterio óptico y ornitológico.

EL VERSO ETERNO

El feliz hallazgo de una joven poetisa nuestra, que en un libro reciente (1) ha colocado versos eternos con abundancia asombrosa, me ha comprometido a decir algo sobre la permanencia estética.

No son muchos los destinados a regalar poesía de este estilo.

Dante, Quevedo, Góngora, Mallarmé, Herrera y Reissig, Rilke, podrían ser traídos a juicio en el arduo desfile del acierto perdurable.

Pero, aclaremos a tiempo: hablamos de lo clásico con vibración cautivadora y viviente. Hay una solemnidad clásica que más vale no mentarla ni... oírla.

Esta facultad de armar el verso eterno, se confiere a muy escasos elegidos.

Por ella, el cielo nos visita, o, tal vez, se crea desde el interior «tocado» del ser humano.

A veces, se da el milagro en un solo verso. Cuando se consigue una estrofa, la generosidad esencial se va prodigando. Si se alcanza al soneto o al poema íntegro, — entonces, hay que celebrar, sin retaceos, la presencia divina, en efusión gloriosa.

Conviene, sin embargo, humanizar el ejercicio o el drama de expresividad estable.

Solemos encontrar un verso. Y lo tomamos como perla mágica para la memoria o la conducta.

No obstante, rara vez nos echamos a considerar que el signo que

---

(1) Oleaje, de Dora Isella Russell.

lo hace valioso y resistente, procede de un soporte de versos sacrificados que han venido acentuando la fijeza intemporal del ritmo ocupado con la esencia.

Ese trabajo de afinación, cendra y ajuste que sirve de escala al verso triunfal, es, también, de estimación eterna, pues, no solamente prepara la sorpresa misteriosa de la eufonía creadora, sino que colabora y participa en el acontecimiento revelador.

La perfección, en lo humano, lleva servicio de crecimiento.

La eternidad no es conclusiva, lapidaria y dogmática, sino un ágil combate del amor, tratando de ganar, en sublimado ascenso, la IDENTIDAD ARMONIOSA con la porción divina que nos conduce —purificados— a la Fuente Inefable.

LAS AGUAS QUERIAN...

...Las aguas querían tener música...

Sobre la orilla interior del río, en las casas del guardabosques, bajo el plácido asombro de los árboles, todos los días se oía un piano. Un piano que la hija del centinela selvático tocaba con la devoción extraña de un alma celta.

Las aguas oían... Oían... Oían... Y acechaban la ocasión cómplice del conseguimiento.

La creciente empezó a levantar las aguas.

Un día, las aguas rebasaron las barrancas y se acercaron a las viviendas.

Sin sospechar nada del peligro, la hija del genio selvático se puso a tocar el piano.

Fué un asalto de intencionada elasticidad.

Las aguas entraron en la celda de la música. Y se llevaron el piano.

La hija del guardabosques fué rescatada de la creciente.

Pero las aguas sorbieron el instrumento.

Se robaron la música.

En ciertas noches de especial silencio, suele oírse, en la selva del secuestro filarmónico, un piano sumergido en las aguas que recuerda la desaparición de las viviendas del guardabosques.

Y el rapto de la música.

Segunda Parte

PROSA EN CONTRAPUNTO

MOTIVOS de PROTEO en SANTA LUCIA

(Para Roberto Ibáñez)

—En esta quinta, desde los primeros meses de su vida, pasó Rodó largas temporadas.

—Entremos, pues.

—Estoy tentado de aplicar la Kodak a esa parte del jardín, abarcando este sendero por donde vamos.

—¿Con qué intención, Periquín?

—Con la intención de demostrar que no andaba muy lejos de lo posible, cuando adelanté que percibía en la obra de Rodó la influencia de Santa Lucía.

Ahora verás hasta dónde se ha confirmado el pálpito.

Me vas a tener que soportar algunas ocurrencias.

—Con el mayor gusto, novelero.

—Tú habrás leído en «Motivos de Proteo», la página del niño que juega en el jardín con una copa y un junco, dándose música de cristal.

—Es de lo que más me seduce en el libro. La sé de memoria.

—Entonces recordarás que, deseando cambiar de diversión, llena el niño la copa de arena. Como al intentar oír una música diferente, el golpe del junco no arranca el sonido esperado, se enfurruña y queda a punto de destilar una lagrimita.

—Vaya si sabré eso.

—Muy bien. Tú sabes eso. Y puedes saber lo demás: que el pequeño trata de gozar belleza de cualquier modo y especie. Y mirando al borde del sendero, nota que una flor grande se le ofrece para coronar el cristal. Y al fin, con la copa, transformada en soporte mágico, la levanta sobre el jardín, triunfante, como un reicito en ejercicio estético.

—Lo sé, hombre. Lo sé.

—Bueno. Pero me parece que no sabes lo que va a venir.

Ese niño que juega con una copa y un junco en el jardín, es el mismo Rodó cuando era niño.

—¡Zambomba! Eso sí que no me lo esperaba. ¿Cómo puede ser?

—Tú sabes que Isabel Rodó fué madrina de óleos de José Enrique.

—Lo sé.

—Recordarás una paginita mía sobre Isabel Rodó y el ahijado.

—La recuerdo.

—Habrás sabido por ella que José Enrique tenía la costumbre de hacer casitas con arenisca y tierra fina.

—Retengo la referencia.

—Pues fíjate en este detalle orientador: Rodó, una vez armada la caseja, se echaba a buscar dos trocitos de vidrio. Los colocaba en el tope. Y después afirmaba a media lengua —porque era muy pequeño— que la construcción liliputiense lo miraba. —Ya está. ¡Por fin me mira!

Bueno. Quiero con esto hacerte ver que Rodó, en el jardín de la quinta paterna, cuando niño, tenía la costumbre de andar con vidrios.

Ahora, fíjate bien: este jardín; ese sendero tierno de arena; estos juncos; aquella flor grande que nos está ofreciendo su diadema... ¿no te parece que han sido los elementos subconscientes que utilizó Rodó para escribir nuestra paginita que parece un acontecimiento con aliento cómplice, resuelto a salirse por los puntos de la pluma?

—Si no es sutileza freudiana, puede ser como tú dices.

—A mí no me cabe la menor duda.

El ser, destinado a seguir armoniosamente las etapas de la crianza, se forma en la primera infancia, cuando está todavía ligado al secreto naciente de la sangre y a la realidad del sueño de donde se desprendió para la vigilia telúrica.

Si ese ser continúa creciendo sin aturdir su destino ni mancillar sus pasos, entonces el hombre es la criatura impoluta de los primeros tiempos infinitos que se apoya en esos comienzos maravillosos.

¿Se puede concebir una vida más sostenida en la gracia bautismal —para hablar con buena teología— que la vida de José Enrique Rodó?

Pues bien. Haciendo caudal de estas menudencias, te digo y aseguro que el niño que juega en el jardín con la copa y el junco, nada tiene que ver con la idea de Schiller que le sirve de copete ni con la prédica de transfiguración volitiva del epinicio infantil.

Ese petiquino es el Rodó niño que en la quinta paterna hacía casitas con ojos; llenaba el borriquete del tintero con tierra elegida; y se ponía, cuando pescaba una copa del vasar doméstico, a darle papirotazos de sorpresa con el junco, hasta que, buscando nueva armonía, la colmaba de arena, y desanimado por la sorda correspondencia, encontraba la rosa comedida que reparaba el fracaso minúsculo con gracia inesperada. ¿Estamos?

—Será así, será así, si tú lo dices.

—No yo, sino la vida y el arte en la más sutil confirmación.

Santa Lucía, Abril de 1944.

CRITICA

—Quedamos, Periquín, en que ibas a aclararme el sentido de una palabra y la misión de su contenido en las andanzas de la belleza.

—Es así. La palabra era... si no recuerdo mal... CRITICA, y lo demás vendría con ella. ¿No es eso?

—Exactamente.

—Empiezo por decirte que si la crítica ha de ser, como se estila, un arma gruesa, una colocación hábil para represalias o un fiscaleo de miserias con el designio de cicatear méritos, yo abomino de esa señora y de su sistema de trabajo.

Ahora, si la crítica ha de ser un ejercicio de penetración simpática y de revelación afirmativa, entonces puedes contar con mi conformidad y con mi aplauso.

Yo entiendo que sólo aclarando, descubriendo o despertando la esencia oculta de la expresión, se puede acertar en el justiprecio.

De ahí que la crítica tenga un destino de revelación y el crítico detente (1) un prestigio profético de intermediario trascendente.

Considera que por algo el crítico es un fantasma más escaso que el creador.

Creador puede ser un «agraciado», ungido por el momento de expresión para soltar un asunto, aunque fuera del trance su vida ande lejos de la austeridad ceñida y permanente.

Pero el crítico nó. El revelador debe vivir en un estado vibrátil de higiene espiritual, acechando el acontecimiento visible de la visita artística.

Debe gozar de un equilibrio valorador muy seguro y de una generosidad de anuncio que no se detenga en tanteos y que, llegado el caso, le haga sacrificiar sus inclinaciones pasionales y sus intereses más íntimos.

Quiero decirte con esto que el crítico es un sacerdote, un profeta, como ya afirmamos, puesto entre lo visible y lo invisible, en la zona de fusión de la ausencia con la presencia.

---

(1) Sin la menor intención polémica, debemos declarar que por aquí empleamos el verbo *Detentar* en una acepción y con un sentido muy diferentes de los que exige y define el Diccionario de la Academia.

Detentar en el Río de la Plata es, no solamente retener una cosa sin derecho ni justificación. Es, también, y aunque parezca contradictorio, hacer uso exclusivo de una facultad que puede ser excelente y jerárquica.

—A los diablos, Periquín, que me mareas y no me dejas seguirte ni meter baza.

—Paciencia, paciencia. Oye y aprende.

Algunos creen que la crítica es un refugio salvador del fracaso.

Vienen, así, con la intimidad amarga, revuelta y deshecha a tallar en cosa tan alta, tan firme y serena.

Se vuelven estrategas caídos, — astutos y perversos.

Dan la lisonja con cálculo egoísta y niegan al que los acusa con su obra.

Pero esto dura poco. Y provoca esa vuelta lenta y restablecedora de la sanción artística.

Lo que interesa y pervive en el arte es la expresión saludable del acierto. Es, también, lo que se debe perseguir y celebrar.

Lo demás se destruye a sí mismo y desaparece sin remedio ni dignidad en el tremendo enfriamiento del Tiempo ACOMODADOR.

Fallando el tema, quiero asegurarte que CRITICA es revelación limpia y trascendida.

Para lograrla, tenemos que colocarnos —con simpatía purificada— en el centro de la CREATURA...

Lo demás es política de barrio; consuelo de fracaso; táctica pecaminosa de la vanidad; trágica tentativa de imposición que anda al revés: porque debe ir para los adentros y hacer callar, y no soltarse a trastornar el viaje armonioso de la belleza que no ha menester de dictadores de retablo.

—Periquín, Periquín, Periquín. ¡Por fin me has enseñado algo que te puedo agradecer!

—Me alegro, me alegro, hombre.

¡Ojalá los dómines de feria que yo me conozco y que en más de una ocasión me han escandalizado, pudieran alegrarse así!

LA DISTANCIA ESTETICA

—Apróntate, Periquín. ¿Con que colorado y admirador de Rosas?

—Acércate, fiscal. Y óyeme.

Conviene que empieces a oír ideas extrañas que en mí son familiares. Para tí pueden ser ocurrencias.

—Tú dirás. Quiero oírte, porque no veo la manera de justificarte. ¡Colorado y rosista!

—Te digo que para mirar de lejos los hechos y los seres, la providencia me ha regalado, más que el sentido, el sentimiento de la distancia estética.

—Ahora eso. ¿Qué quiere decir la yunta de las palabritas hábiles?

—Quiero declararte que, en lo que el tiempo ha dejado frío y cuajado, la pasión presente no debe decorosamente intervenir.

El caso concreto que me has traído a pelo, me va a permitir explicarte esto de la distancia estética que tanto te alarma.

...Si yo hubiera sido un contemporáneo de Rosas, posiblemente me hubiera mostrado más enconado y acusador que Rivera Indarte.

Mi temperamento vibrátil y delicado ¡quién sabe a qué salidas violentas me hubiera conducido!

Pero hoy, a cien años de alejamiento, no puedo exhibir el interés simplón del sacristán de esas recomendaciones históricas que calzan en las predisposiciones fáciles.

Si uno no entrara en el beneficio sosegante y ponderado de la LEJURA —para decirlo con voz gaucha,— nunca podría fijar las figuras y los símbolos estéticos que vienen a ser los más serios entretenimientos de la vida.

Toda criatura histórica con fuerte presencia lleva en sus pasos corporales sus admiradores y adversarios como condición necesaria de su existencia importante.

El desvanecimiento de su sombra permite una fusión desinteresada de esos dos enfoques militantes, y levanta un tipo estable, —depurado del sahumerio y de la negación.

De esta manera, la distancia estética consigue el milagro de suscitar la misma simpatía sobre los que fueron enemigos de nuestra nación, de nuestros antepasados, de nuestro color partidario, de nuestra visión vigente.

Pero fíjate bien que te vengo recomendando un principio de trasmutación estética que anda moviéndose en el resorte de este prodigio. Que vamos procurando un tránsito o pasaje trascendente de la *criatura a la creatura.*

Se puede polemizar en filosofía, en moral, en casi todos los temas que enfrentan o contrastan nuestros intereses e interpretaciones.

Pero la separación se cierra cuando un brillo de la gracia estética prohija los entes y los saca de los sectores estrechos de la percepción apasionada.

Entonces podemos afirmar que hay una cosa más vasta y beneficiosa que las que hasta hoy han intentado unir la especie humana: la belleza.

La belleza que, por esencia y definición, no se puede discutir ni negar. Que no separa ni agita en descenso. Que hace decir a los hombres, en forma inevitable, y como entregándose: —¡Qué lindo es esto! Y ya los toca y acerca con imanes subidos a la participación de la más pura fraternidad cósmica.

...Mira adónde nos ha conducido tu reproche.

Rosas será una fiera pintada de sangre y sostenida con arrebatos de crueldad.

Pero, plantado en firme por la distancia estética, no podemos evitar el decir ante los hechos poderosos que lo magnifican como símbolo de arte: —¡Qué hermosa es esta fiera!

¡APOSTATA! (1)

—¿Con que dejaste la religión? ¿Ya no eres católico? ¡Apóstata!

—Epa, hermano. Más despacio. No he dejado la religión... ni de ser católico. Te devuelvo la apostasía.

—¿Cómo es eso?

—Ya lo oirás.

Te declaro que tu angustiada interrogación me conmueve. Demuestras un interés de amigo por mis cosas.

En cambio, los demás congregantes me han tratado de un modo...

Fíjate que no solamente se han entregado a la murmuración más inferior, sino que hasta se han permitido el lujo sentenciante de mirarme, torcer la cara, y negarme el saludo.

—Es demasiado.

—Es un atrevimiento imperdonable. Ellos no saben qué drama interior me ha llevado a dejar el templo visible. ¡Menguados! Nunca podrán comprender...

—No te exaltes. Habla con serenidad. Quiero oírte. Después te diré qué pienso y siento de tu deserción.

—Muy bien, señor fiscal del cielo. Allá voy.

...Desde mucho tiempo atrás, venía notando que mi pensamiento había perdido frescura, originalidad y expansión.

Siempre en lo mismo, alrededor de ideas endurecidas y de ritos fijos; mirando con extrañeza, con escándalo, con lástima y hasta con una aversión solapada las tendencias y personas que no tuvieran que ver con mi catolicismo, — una onda humana y rebelde, que venía sujetando con la práctica cerrada de las obligaciones piadosas, empezó a moverse y a forzar mis límites íntimos.

Un día, una lucidez liberadora, me hizo ver que había perdido el sentido de la especie y el sentimiento de la fraternidad humana.

Imposible considerar la tierra como hogar común y al hombre como hermano de destino, con ese sistema de separaciones profundas y de ojeriza sentimental dentro de la vida humana.

Desde esa hora bendita de reintegración, empecé a sentirme un hombre nuevo y a gustar la fusión del universo, como una alegría largamente dormida que recién me recordaba...

---

(1) ¡Por favor! Nadie vea situaciones personales en estos «tiroteos» o contrapuntos que pretenden ser ingeniosos y expresar asuntos de interés, con matices íntimos.

Juré no entrar más al templo ni separarme de la solidaridad humana.

—Muy lindo va el discurso. Pero... que quieres que te diga. No me dice ninguna novedad. Es más. Si me permitieras que te alarmara un poco, podría decirte...

—Dilo, hombre. Ya me gusta oír todo. Pero, fíjate que lo nuevo ES MI CASO y nó lo demás...

—...que así, más o menos, hablan los comunistas, los teósofos, los....

—Bueno. A eso iremos después. Ahora oye mi caso. Mi confesión en voz alta.

—Adelante, pues.

—Yo creo que hay dentro del ser humano una vida que equivale a la exterior, pero que no lleva facilidad crecedora como el cuerpo. El alma también tiene edad cuando viaja dentro del hombre. ¿Qué pasa? Pues nada. Que el alma se empereza y le dice bonitamente al cuerpo: crece tú, mientras yo duermo.

—No me hagas reir, hombre.

—Es que es para risa. Tenemos al hombre creciendo corporalmente hasta no sé qué edad y renovando su sangre hasta la madurez. Pero la lucecita de arriba sigue emparedada, en estado de Bella Durmiente.

Esto tal vez sea necesario por ahora para que el mundo no se cimbre de golpe. Pero no es la situación ideal.

—Adelante. Adelante.

—Así como la gracia se da a muy pocos, a los elegidos del Evangelio, — del mismo modo el despertar interior, la herejía sagrada, es seña heroica en escasos seres. Estos, entonces, obedientes al llamado infinito, crecen por adentro, ejercitan el cuerpo interno.

—Ahora sí que me mataste. No te entiendo.

—Sin embargo, San Pablo habla de esas operaciones. Se ve que desconoces lo más valioso de tu propia religión. Será por eso que duermes a pierna suelta.

—Déjate de chistes. Sigue, que me haces gracia. Aunque te advierto que tal vez esté pecando al oírte.

—No importa. Ese pecado paradojal puede salvarte.

—Vamos. Vamos. No abuses.

—Quiero decirte con claridad esto: cuando uno crece interiormente y anda seguro en los adentros, ya no necesita andadores. Entonces, no hace falta el templo, ni el rito ni la oración.

El templo se vuelve invisible, gira, se introvierte. No se pierde. Se salva.

—¡Zambomba! ¿También eso?

—Naturalmente, hombre. O... sobrenaturalmente. Ustedes, las

eternas criaturas dormilonas de la humanidad, necesitan del templo visible como de una cuna.

Los hombres interiores van despabilados, sin muros, sin sostenes, sin trabas.

—Para hacer lo que quieran.

—Eso es. Para hacer lo que quieran. Pero, en un sentido muy alto. Con escala mística.

—Decirme todas estas lindezas, para no ser más católico.

—Te equivocas. No puedo dejar de ser católico, por el simple hecho de haberlo sido. ¿No entendiste lo del templo inmergido?

Soy lo católico más ESTO. ¿Entiendes? Un católico trascendido. Como tiene que ser un místico en mi caso.

—Hermosa palabreja te has traído. ¡Místico! Eso huele a herejía.

—Mira, hermano. Ahora te voy a decir algo que tiene que ver con tu misma religión. Los cristianos de la primera cosecha eran iniciados.

—Estás hablando a la moda.

—Nó, hombre. Esa palabra es lo más viejo del espíritu humano.

Eran iniciados, como digo, en un sentido de ejercicio interior y de abnegación común. Es decir, realizaban el ágape en un consentido aporte individual de integración.

Cada cristiano trabajaba con su intimidad, suscitando el despertar, la crianza y el desarrollo de la porción divina que todo ser lleva en el centro de su vida.

Se vivía entonces con Dios en casa, con el cielo en el pecho.

Esa agrupación celeste que sacó un mundo nuevo del derrumbe clásico, no necesitó de templo ni de liturgia ni de imágenes ni de organización terrestre de ninguna especie. Pero, probados en su interior, los hombres que la formaban, fueron flores morales de resistencia, dispuestos al sacrificio.

Se quiso hacer de ellos una fuerza política de dominación; se les trajo de la lobreguez heroica de las catacumbas al resplandor del Imperio. Y ya se cortó de golpe la relación oculta entre el hombre interior y Dios.

Apareció el Catolicismo. Es decir: la sustitución del hombre-luz de San Juan, —del hombre con su Dios vigente en los adentros, — por el hombre — sombra de la fe común.

Cuando los cristianos impolutos que se salvaron, sellando el depósito renovador de la herejía en su lealtad rígida, contemplaron aquella abdicación de la energía secreta de la Comunidad, una acusación separadora les destapó la boca, horrorizados: —No son cristianos de Jesús. Son los cristianos de Constantino.

—Te declaro que recién oigo esos primores.

—Pero es que ustedes ignoran muchas cosas. Por tradición vie-

nen sin hábitos de cultura. Sin curiosidad. Admiten ciegamente la herencia milenaria, el ceremonial armado. ¿Para qué salir de ahí? ¿Para qué arriesgar el pensamiento en una herejía? Nó. A oír misa. A comulgar. A leer lo que se nos expurgue y recomiende. A seguir los pastores consagrados. ¿Qué más?

—Verdaderamente, ¿qué más?

—¿Qué más? Que un buen día, un valiente de su intimidad se anima a revolver sus creencias, sus ideas, sus costumbres, y se da cuenta de lo que te he dicho que me pasó a mí.

Se produce, entonces, un acontecimiento que puede ser considerado un regreso a los comienzos. Algo así como una resurrección espiritual. Uno se siente cristiano. Ejercita su interior y se emancipa. El católico construye el templo visible. El cristiano lo vuelve invisible.

—Un terre... moto sin barullo.

—Eso es. Un sacudón para adentro del hombre terrestre que ya no necesita del templo visible. Que siente desde lo íntimo a Dios en el aire completo de la identificación.

—Pero, hermano. No te creía capaz de hablar así. ¿Dónde has conseguido ese lenguaje?

—En la fragua de mi sangre.

—Horror. Horror. Te veo teósofo, comunista, heterodoxo. Me das lástima y miedo.

—Esa lástima no va bien. El miedo sí. Conviene que te asustes. Conviene que te aterres, si quieres liberarte.

—Nó, hermano. Estoy muy bien en mi religión. El solo pensar abandonarla, me enfría. Tú lo sabes: los recuerdos, los días cordiales, la belleza de los actos piadosos, la alegría de las fiestas nuestras...

—Conozco todo eso. Pero sé que está tejido en egoísmo, en separación, en muy pequeños ángulos de conformidad. Siento más la humanidad plena, sin enconos, sin prevenciones, sin apartes, en una oleada planetaria de amor, de ayuda y de ascensión coral.

Me hacías notar al principio que esto que te digo tiene mucho que ver con teosofía y comunismo.

Los cristianos primitivos fueron —en un vasto sentido— iniciados y comunarios. Amaban y estudiaban su dios interior y aportaban a la asociación todos sus bienes.

Estas dos tendencias cósmicas y pacíficas que han continuado perviviendo, son antiquísimas y atesoran un abrazo universal de afirmación. Son los dos principios remotos de solidaridad de la especie civilizada. Fusión interior y social de la raza humana por el dios individual que da dignidad celeste al hombre y por el esfuerzo telúrico que transforma la tierra en estrella de estadía ascensional.

—Más vale terminar por hoy, hermano.

Lo que te puedo asegurar es que no volveré a oírte. A verte sí, porque te quiero mucho. Y creo que hasta donde llegaron nuestros camaradas no se debe ir.

Que Dios te ilumine y VUELVAS. Rogaré por tu conversión.

—Muchas gracias. Pero llevo sobre tí una inmensa ventaja.

—¿Cuál?

—La de que tú vas a rogar a un Dios dormido. Y yo tengo adentro a Dios despierto. Y en muy buenas relaciones.

(Saliendo de una Conferencia sobre Cervantes y siguiendo por la Avenida...)

—Y... ¿qué te ha parecido?

—Bastante provechoso y conmovedor lo que acabo de oír.

Yo no me sabía ese desfile de protectores cervantinos, con la pintoresca documentación del conferenciante.

Algo retenía, por las dedicatorias y por datos biográficos, de un cardenal Acquaviva, del conde de Lemos, de Fernández de Córdoba, de Juan de Austria, de Colonna, del duque de Béjar, de cierto Arzobispo de Toledo.

Me figuraba un Cervantes mimado y contento, envuelto de regalos, pensiones y aplausos.

—¡Qué inocentón! No hay en la vida literaria de los grandes creadores un caso más sangriento, más estoico y engañoso, que el de Cervantes. Es explicable por la hidalguía sufriente, la paciencia delicada y el verdadero don de aguante que tenía don Miguel.

Lope de Vega, que era más joven que él, pero que vivió de lleno en su tiempo; que alcanzó a ser su vecino, y hasta asistió a su velorio y a su entierro, era mucho más pájaro.

Cervantes, haciendo honor a su inclinación estoica y a su entraña española, fué un orgullo «por adentro». De esta manera, la fuerza entera de su capacidad iba al arte. Y ahí se quedaba. Sentía y creía que MADRUGABA en lo que producía.

Yo fuí el primero que hizo esto. El primero a quien se le ocurrió tal estilo. Que escribió en España con tal forma. El primero que dijo aquello. Que soltó lo otro, lo «al», como se decía con resabio. (1)

Los mecenas eran hombres magníficos. Lo atendían, lo entendían, lo agasajaban, lo colmaban de dádivas y de reconocimiento.

Cervantes daba la impresión de que necesitaba más vida para besar manos y pies y dar gracias.

Sin embargo, la dura, la patética realidad, era la escasísima providencia y la silenciosa y prolongada penuria del manco genial.

Lope, que posiblemente fuera más orgulloso que Cervantes, supo administrar el tremendo vigor mágico de la acción literaria. Su orgullo se desató en toda dirección y en todo sentido.

Orgullo de creador. Pero también exigencia de hombre físico

---

(1) Un ejemplo: «Fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma»... (Prólogo a los entremeses).

con jerarquía y con derecho a usar en abundancia el dinero, las comodidades y las coyunturas felices de la corte, de la sociedad, del hogar, del pueblo, del amor, de las horas contínuas de la vida.

Acaparador furioso, llegó hasta la dictadura intelectual, con más energía —por lo menos sonora y espectacular— que su contemporáneo Shakespeare en Inglaterra. El mismo Cervantes fué una víctima de la voracidad de aplauso, predicamento y dinero del caporal de la escena española. (2)

—Francamente, oyendo la conferencia, no dejaba de asombrarme la vocación heroica de Cervantes.

Yo no sé cómo pudo poner en el mundo obras tan numerosas, matizadas y formidables, y sobre todo, de tanta extensión, asiento y categoría.

Hay que ver el tiempo que debió exigir esa obra titánica, y cómo pudo ser posible la centración íntima y la escritura sostenida entre angustias, privaciones, desengaños, la exigencia inmediata de la mantenencia, los desastres familiares, pendencias, inculpaciones dolosas y penales, y para postre y remache, el cubo sombrío de la cárcel.

—Hermano: tienes que admitir conmigo que hay una providencia estética, encargada de vigilar la manifestación del arte.

Así como toda criatura humana, al nacer, trae su ángel guardián, merced a cuya solicitud y asistencia puede crecer y tomar posesión racional y consciente de su destino terrestre; así como cada estrella atesora su espíritu ordenador, gracias al cual busca colocación aérea, presentando, en atracción maravillosa, ese espectáculo de signos y emblemas que hacen girar el cielo como la joyería de Dios, — del mismo modo existe un genio de la belleza con la misión de enriquecer y transfigurar la tierra, el que suscita la creación de las obras artísticas en su tiempo y sazón con ese tino y acierto trascendentes que van agrupando a lo largo y hondo de las épocas el depósito clásico de la calidad interior del hombre.

Un creador elegido podrá sufrir privaciones, miserias, torturas, la negación, el disimulo desolador.

Ese lote amargo, por contragolpe, resulta casi siempre, en el varón de paso responsable, un estímulo de acción lúcida, removedora y firme. Posiblemente, sea el fermento necesario de iniciativa y temple.

Solemos decir, cuando un joven creador de alto vuelo y prometimiento fallece: —¡Qué pena! ¡Lo que hubiera podido dar!

La conformidad armonizante del providencialismo estético se

---

(2) Por piedad estética y fineza moral, no hablemos del otro Lope: del Lope mujeriego, en continua elección de víctimas, desde los años mozos hasta la senectud, escandalosamente sacerdotal.

refugia en la ley de expresión y da al ritmo justo de los hechos su razón de presencia.

No tenía que decir más. Su aporte acerval debía ser lo que dió.

Quiero con esto darte la clave o explicación de tu asombro que, por otra parte, es lo corriente en la consideración de las personas.

De este modo, podrás comprender por qué Cervantes, trasponiendo trabas, pruebas y contratiempos, creó, como si nada intentara alterarlo, ese caudal enorme de belleza y gracia, y porqué almas que abandonan su instrumento de realización telúrica a breve término de trabajo íntimo, dejan, sin embargo, en la tierra su aporte CONCLUSO de idealización y mejoramiento.

La providencia estética no ha reclamado más. Y esta razón es de consentimiento arcano. Ella mueve el telar mejor que nuestras exigencias pasionales.

—Hermano: Solamente aceptando tus sutilezas, que parecen llevar la solución de nuestras angustias y limitaciones, se puede uno conformar con el caso de Cervantes y con la desaparición —que suele calificarse de prematura— de ciertos creadores. Sin embargo...

—¿Qué?

—Siempre queda la interrogante sobre los hechos que no dan la sensación plena de las correlaciones que exigimos.

—Eso es clamar fuera de acto.

—Tienes razón.

LA VIRTUD ERUDITA

—NO sé qué quieres decir ni adónde vas con tu ocurrencia.

—Hombre, no es tan enredada ni difícil.

—Sostienes tú que en esta época el hombre bueno tiene que hacerse malo para defenderse.

—Exactamente. Así lo digo y siento.

—Pues explica eso, porque es bastante arriesgado, contradictorio y extraño.

—Hermano: estamos dentro de una época tan brava y desaprensiva, que la conducta cándida del hombre claro, resulta ridícula, y hasta algo peor: desmonetizada y provocante.

Es tan dominadora y agresiva la presencia del mal, que si el hombre bueno no se avispa, puede venir a ser una víctima de la especie más angustiosa.

—No creas que andas muy lejos de nuestra realidad.

—En ciertas temporadas venturosas de la humanidad, cuando el bien, como el aire del cielo, mueve los pasos terrestres, el hombre plenamente bueno, el varón benemérito, es una nota acorde en la Sinfonía Moral de la vida.

Pero, ahora, cuando el mal se ha desatado universalmente, ese hombre armónico está destinado a ser una víctima interior, un trapo amargo.

—Estás cantando una fuerte, una dolorosa verdad.

—Entonces, podrás entender adónde quiero ir.

El hombre derecho, sin dejar de serlo, debe aprender la táctica del mal para saberle los resortes más sutiles, preparar estrategia, y defenderse de él.

Quiero decir que debe accionar con el bien en guardia y con virtud dramática y... erudita.

Sólo así, con un arsenal íntimo despabilado y con un conocimiento necesario de los secretos del mal, podrá el hombre justo aguantar y contrastar este tiempo avasallador de la maldad.

Tienes que darte cuenta de que estamos dentro de un ciclo furioso de prueba que ha dejado muy atrás las épocas peores de la historia humana.

Hemos conocido hombres conductores de naciones que han puesto al diablo debajo de sus protervos pensamientos y de sus hechos inauditos.

Esto ha sido posible por un rebajamiento, por una imperdonable debilidad, por un descuido, o por un desvío oscuro y ciego de la conducta.

Tenemos que admitir esto. Y que armarnos desde adentro.

De lo contrario, nos hunde la catástrofe triunfal.

REGULACION ESTETICA

...—QUEDAMOS el otro día en que me ibas a regalar, cuando nos volviéramos a ver, una lentejuela ingeniosa.

—Es verdad, hombre. Y creo que iba a ser referente a la justificación o a la regulación estética.

—Algo así. Me aseguraste que tenías que darle al tema interés y profundidad.

—Trataré de que me salga la promesa lo mejor que pueda. Pero... me estás haciendo hablar con demasiada arrogancia.

Yo creo que no he de haber dicho lo de la lentejuela con una fuerza tan «sobradora».

—Bueno. Déjate de quisquillosidades. Y al asunto.

—Allá voy.

...Piensan muchos que la expresión estética sólo se puede dar en el verso. Hay quien concede más, y llega hasta el versículo o la prosa con ritmo y elocuencia. No falta quien se atiene al color, al cincel, al sonido...

Sin embargo, la visita estética es más rica y multiforme. Y hasta puede ser sin forma ni manera visible o audible...

El principio de regulación estética está en todo lo que manifiesta y ordena gracia, belleza, desinterés, sacrificio.

Un buen verso, es un heraldo estético. Una prosa armoniosa y honda, también. Escultura, pintura, música... Adelante.

Pero es igualmente de condición estética un acto fino, un sueño de perfección mesiánica en ejercicio terrestre, un impulso de ayuda, una ofrenda de bienes y esfuerzos en homenaje a la humanidad.

Donde el pensamiento, el corazón, el brazo o el pie del hombre ponen su vigencia de amor para dar categoría y vuelo a la vida, la gloria estética, La CALOTECNIA, para decirlo con arregosto griego, abre un aire de dignidad que sube el valor del hombre a lindeza estelar.

—No vas mal ni... bien. Mucho barullo. Aclara y concreta. Cala y sujeta mejor, hombre.

—Tienes razón.

En cierta ocasión dije a un amigo que me hizo el honor generoso de elogiar unos versos: —Aquel que se entusiasma con la creación, participa de ella.

Con lo que ya establecemos que la simpatía entra por mucho en los fenómenos de revelación calotécnica.

Yo creo que, para que se produzca el acontecimiento de la belleza, son menester la sustancia en aptitud de manifestarse y el destino orgánico de expresión.

Lo he dicho más de una vez.

Esa sustancia es el aporte de las cosas y los seres, proveyendo los depósitos magnéticos de utilización para los intermediarios.

Fíjate, sin embargo, qué conmovedora y solidaria es la denuncia de la participación.

Queremos decir con ella que todo lo viviente puede colaborar en el trabajo estético. Y sobre todo, el hombre, vértice y energía lúcida de la vida completa

—Declaro que has soltado palabras muy interesantes. Pero, cada vez te entiendo menos.

—Muchas gracias, desagradecido.

—¿Cuál es, en definitiva, tu principio o justificación de la seña estética?

—Este. Y nada más. Todo lo que interviene en la manifestación de lo bello, participa de la medida sabia del equilibrio cósmico.

—Me has dejado tan a oscuras como antes.

—Pues que te alumbre otro. No gasto más pila.

CARNET DE BAILE

...—¿De dónde vienes, Periquín, tan ensimismado?

—Pero... ¿siempre me he de encontrar contigo en los momentos de mayor interés íntimo?

—Por algo será.

—Porque eres mi fiscal.

—Nó, hermanito. Casualidad o... atracción amical.

—Bien puede ser. Perdóname.

...¿Sabes a qué se debe mi emoción reflexiva de camino? ¿Mi entrecejo acumulado?

—Dímelo, hermano, que me interesa.

—Ya te veo. Andas buscando una coyuntura favorable para entrar a convertirme.

—Déjate de suspicacias. No te vayas al otro lado. Tú sabes que, a pesar de nuestra separación religiosa, la dulce firmeza de la amistad sigue lo mismo.

—Que me alegra oírte. Con seguridad, muy pocos en tu sector han de sentir como tú.

—A mí me importa mi vida. Allá ellos.

Pero cuéntame a qué se debe la severidad de tu aspecto. Vamos, hombre, suéltate.

—Vengo del cine. Acabo de ver una película de esas que se deben «apartar». Posiblemente sea la cinta más certeramente humana que se ha realizado. Es conmovedora. Pero, con categoría de muy sutil encanto.

—¿Cómo se llama ese prodigio?

—CARNET DE BAILE.

—Me han talenteado de lo lindo con ella numerosos amigos que la han visto. Me han dicho primores ingeniosos.

—Tienes que verla, para que se te haga «presente» a tí la poesía «guardada» de tu vida. La esencia pura de tus pasos.

—¿De qué se trata? Dímelo, así, a la ligera.

—El tema concéntrico de la múltiple acción es el siguiente: en el núcleo de los variados episodios todos los protagonistas intentan «revivir» el tiempo que «reven» ahora como lo más valioso de sus andanzas terrestres. Es decir, pretenden REPETIR LA VIDA en los hechos que han herido más hondamente su sensibilidad evocadora.

—¡Qué asunto más interior y veraz!

Y... ¿qué opinas tú de ESO? ¿Tú que siempre le vas sacando filo a todo?

—La película, como espectáculo, se me ha ido lejos.

Lo que me ha quedado «removiendo» interiormente es el punto mágico o el meollo del problema.

Por cuchicheos y paliques y hasta por adivinación facial, fuí «pescando» la reacción de los espectadores.

Algunos decían: —¡Quién pudiera volver a los mejores días! Otros, con Goethe, lamentaban no poder detener la hora feliz. Hubo quien se acordó de la Bella Durmiente. Y hasta me parece que alcancé a distinguir más de una lágrima en ciertos ojos cargados de silencio activo.

Yo me corté solo. Y me fuí a mi sistema familiar de vinculación trascendente.

Para mí, ese deseo o anhelo que lleva el ser humano de reproducir sus días más bellos, proviene de una nostalgia que nos da el sentido emocional de nuestro destino eviterno y la íntima seña de nuestra categoría divina.

Esa nostalgia es la solución y salida de una angustia imposible: la de no poder repetir las horas felices que hemos ido registrando.

El hombre superior debe superar ese cerco emotivo que puede conturbarlo con morbosa desviación, sublimándolo en la seguridad de realidades misteriosas de las que, seriamente, es un aviso.

—Vamos, vamos, señor teólogo. No dispare así. Menos sutileza. Más claridad. Más sencillez.

—¿Más sencillez? ¿Más claridad? Pues aguántate esto: Ese reconocimiento que hace el hombre de sus pasos puros, es la confirmación de su capacidad creadora.

Dentro del tiempo denso, transitorio y parejo, crea el TIEMPO IDEAL. El tiempo que no muere. Y eso es ya misión divina.

—Bueno, hermano. Mañana mismo voy a contemplar esa película. Vamos a ver que me dice a mí. Tú eres muy novelero.

—Si no te acercas a la tela con el alma sosegada y limpia, como espejo huido, no vas a «reflejar» mucho.

—No me ofendas. Mira que tengo mi espejo como el que más.

—No vayas a confundirte. Llevarás el espejo. Pero, debajo de los espejuelos de tus temores parroquiales.

—Vamos, vamos.

—Perdóname, fiscal.

EL RENACIMIENTO

...—¿Siempre con tu librito, Periquín?

—Que quieres. Es mi destino. No puedo evitarlo. ¡El libro en la mano!

—Sin embargo, el libro debe ir en otra parte menos visible.

—Ya lo sé. Y vas enseguida a quedarte sin asunto. Este librito ya ha sido leído. Lo llevo adentro. En la mano invisible.

—No sutilices.

—Tú empezaste.

—Bueno, ya que tienes el trigo en el escondite, cuéntame de qué primor se trata.

—Te aseguro que este pequeño volumen es una real joya del ingenio y... del genio. Pero de un genio en vibración eufórica, inquisitiva, sorpresiva, tintineante.

—¿Cómo se llama el fenómeno? Y ¿qué maravilla impresa vas a revelarme?

—El nombre del autor es casi desconocido entre nosotros. Se trata de Walter Pater, un escritor inglés del siglo pasado. El título del librito, o breviario de estética, es: EL RENACIMIENTO.

—Declaro que no conozco a ese míster Pater.

Ahora, en lo que concierne al tema, yo no sé qué podrá decir del Renacimiento que no se sepa y repita en todos los centros de cultura y hasta en conversaciones de cierta categoría.

—Ahí radica el mérito del trabajo. Se separa de todo hito y de la enseñanza tradicional.

—¿Cómo es eso?

—Para Pater, el renacimiento es de origen francés. Y lo fundamenta en una especie de pre-renacimiento que venía desprendiéndose de la edad media con la tradición caballeresca; en los fableaux; en los espíritus e ideas que después corporizaron presencias responsables. Sobre todo, cita e interpreta dos antiguos cuentos franceses que le suministran un caudal de datos característicos, emocionales y pintorescos, en los que siente y percibe el anuncio y puente de pasaje de los dos tiempos.

—Mira, echándonos a talentear y aguzar novelerías, todos podemos ser cristóforos.

—Vamos, vamos, vamos. Un poco más de respeto.

Walter Pater es uno de aquellos epígonos de estética que hablan con el entusiasmo en el núcleo de los conceptos.

Cuando uno lo sigue, no se pone a fiscalizar ni a pensar con discreción la corriente preciosa y sutil que va soltando y de la que le sale la expresión.

Acierta, acierta siempre. Porque afirma; porque liga nexos de simpatía; porque documenta con gracia recóndita; porque, lealmente, canta. Su manera de «pescar» y exaltar, participa de aquel júbilo de la Poesía que ya no es condición del verso, sino pasión divina que regala la belleza, fuera de los moldes, en efusión desnuda.

—Te ha entrado fuerte el contagio.

—Trata de imitarme. Y no te vas a arrepentir.

—¿Estás loco? ¿Tengo yo acaso tu capacidad, tu lucidez, tu discernimiento?

—¿Por qué no?

—No me halagues tanto, hombre. Yo sé hasta dónde llego. Te oigo, hasta te aprovecho. Pero, no puede ser. Mi fortuna está en apreciar tus descubrimientos.

—Entonces, voy a declararte cuál ha sido el hallazgo más interesante que he realizado en este libro. Ya verás que no todo es devoción cerrada en lo que elijo para enriquecer las horas intelectuales.

Como suelo, en mi monástica placidez de lector, fuí siguiendo el libro en sus ideas tónicas, en sus líneas de embalse, en sus toques de sorpresa.

Un poco arrepentido de venir recién a conocer un humanista de tan extraño acento iluminador, me fué impresionando y conmoviendo una confirmación inesperada: la de coincidir con él —sin haberlo tratado— en muchos de sus atrevimientos y temeridades.

Pero, saliendo pronto de las confrontaciones personales, me entregué a sus cláusulas y sus ideaciones. Y ya mi intención se dió a recoger lindezas trascendentes.

Pues bien: ni la interpretación que hace del renacimiento; ni lo que dice de Botticelli, de Pico de la Mirándola, de Joaquín du Bellay y de Winckelmann; ni el encuentro de aquel sentido de labor en Miguel Angel que procuraba, a veces, hasta sin darse cuenta, llegar a la «perfecta imperfección», como símbolo de épocas; ni la anticipación freudiana del estudio sobre Leonardo da Vinci; ni la valoración dominante y casi «ausente» del Giorgione, — nada, nada de esto me impresionó tanto como una afirmación general que da la sensación de llenar el libro y la conciencia del autor, y que, verdaderamente, me apenó, por su manquedad o refrenamiento.

Sostiene Pater que todas las artes tienden ansiosamente hacia la música; que intentan acercársele, buscando justificativo ascendente al conseguimiento.

Yo no sé si a tí te ha pasado alguna vez lo que a mí.

Oír algún verso que no se redondeó en giro estable; leer algún tema que no se apuró hasta el ajuste bien desenvuelto.

Es sentirse en la situación inconclusa de la Catedral de Colonia. Aquella cavidad para el ladrillo que quedó sin poner, y que nadie se ha comprometido a colocar por no saber la intención final del alarife...

¡Qué lástima! ¡Qué lástima no haberse animado Pater a formular y culminar una afirmación que hoy y siempre está y se hallará en el centro del hombre, del arte, de la naturaleza y del cielo!

Las artes, no deben aspirar a la música. No pueden buscar ni las leyes ni los principios de la música.

Las artes, para serlo de verdad, tienen que ser Música, o no ser más que armonías dispersas de conformidad y pasatiempo.

Cuando las artes tocan en plenitud creadora, cantan. Son Música. Asumen el señorío de permanencia que vence y corona los tiempos.

—Yo no sé, hermano, qué opinar sobre lo que me estás diciendo. Te confieso mi limitación y mi escaso vuelo para seguirte.

—Sin embargo, puedes creérmelo.

No hay cosa que dé más pena, al que tiene un regulador infinito de encuentro y de identificación en el drama viajante de la Belleza, que la detención o separación de las declaraciones de esencia.

Yo, antes que quedarme corto, prefiero pecar de lo contrario.

—A lo mejor, te has ido al otro lado en esto de la música.

—No me parece. Y algún día lo verás. O TE LO HARAN VER...

—Y ¿si no consigo eso?

—Pues, hombre. ¿ No te lo estoy diciendo yo ahora? ¿Qué mejor anticipo puedes pretender?

—Siempre fuiste un mozo bastante modesto para enseñar.

VIEJO PERIPATETICO

Perdonen las expresiones;
No se vayan a reír
De lo que voy a decir:
Soy hijo de mis talones.

Les regalo los sillones
Y la mesa de escribir.
Mi hábito de discurrir
No quiere nervios poltrones.

Con el aire del camino
Gira mi mental molino...

—¡Qué bien va el recitado! No te conocía esa debilidad. Lástima que el cauce rítmico es demasiado fácil. Se puede ir a la elocuencia barata.

—Veo que andas más en el barullo que en la intención.

—Por estar más dentro que fuera de lo que dices, te advierto del peligro octosilábico.

—Te darás cuenta, entonces, de lo que llevan los versitos.

—No es tan recatada ni sutil la declaración.

—Podrás, pues, apreciar mi andarina costumbre de trabajo.

—Te oigo y me cuesta creerlo. Percibo un poquitín de sal exagerada en lo que recitas. Por algo eres tan buen declamador.

—¡Epa! ¿Declamador? No, hombre. Cantor viviente de su intimidad. Nada más y nada menos.

—Pero, no creas que queda mal irse un tantico lejos en los primores para entretenernos y admirarnos.

—No es mi caso, hermano. Ten paciencia. Y óyeme.

En nuestra familia de escribas o plumíferos, hay para todos los gustos.

Existe el tipo «aislacionista» que se aloja dentro de la campana pneumática y se separa del espectáculo y el ruido de la vida para lucubrar.

Algunos se sientan al escritorio espejeante, con su tazón de flores, y esperan que la inspiración descienda al arco de su frente, en un pentecostés de apostolado intelectual.

Hasta he tenido que soportar a un escritor repentista que me

aconsejaba con cierto secreteo trascendente que me colocara de improviso, vacío de pensamiento, en la mesa de labor con el papel en blanco, y me soltara a escribir lo que se me ocurriera; dándome la seguridad de que iría descubriendo y revelando maravillas que solamente de esa manera se dejan encontrar.

Yo no podría practicar tales sistemas escriturarios.

Viejo peripatético, mi deporte mental arranca de los pies.

Andando, caminando, el instrumento corporal se me llena y despierta de armonía y palabra. Entonces, empieza la «escrituración» adentro. Después, trasladar al papel lo que se ha ido «tabulando» en la intimidad, es trabajo gorjeante, de diversión. No cuesta mucho. Es vertimiento en ley.

TAL VEZ suele ocurrir que un párrafo, una estrofa o una página, me obliguen a sentarme para recibirlos con eficacia y oportunidad.

Pero, te puedo asegurar que los versos más vivos, las prosas más firmes, los temas más bien atrapados, — han sido hazaña de los talones, del aire, del camino.

—Y... ¿no te ha pasado ningún percance con esos arriesgos? ¡Cómo puedes «cuerpearle» al tráfico y a los tropiezos urbanos con la procesión en los adentros?

—Keyserling, haciendo sutilezas modernas, ha sostenido que el hombre de nuestra época realiza el tipo chófer.

A mi me parece que el tipo que nos define es el footballer.

De este modo, haciendo driblings y gambetas, el hombre de nuestro tiempo tiene que vivir en un balet de tráfico, a los saltos.

—Entonces, tendrás que ir sorteando sorpresas rápidas y contínuas con el laboreo íntimo de tus joyas verbales.

—Ni más ni menos. Me he hecho un jugador tan hábil, que ya las ruedas no me molestan ni trastornan.

—Cuando te caiga la vejez encima, no vas a bailar así.

—Lo veremos.

SEÑA PANFLETARIA

...—¿Viste lo que ha pasado en Venezuela?

—Y ¡con qué emoción!

—Triunfan, al fin, tus anhelos familiares. Un novelista, presidente de su nación o... de su pueblo, mejor dicho.

—¡Cómo me alegra! El viejo camarada continental en el centro más alto de su país, gozando de un poder supremo, ganado con la simpatía de su pluma...

—Estás repitiendo, con otras palabras, la ocurrencia de Germán Arciniegas.

—No la conozco. Dímela.

—Rómulo Gallegos, antes de prestar el juramento constitucional, hizo un compromiso ante sus compañeros de apostolado estético en América. En lo mejor del ágape, se incorpora Germán Arciniegas y dirigiéndose al flamante magistrado, le regala esta verdad de conmovedor apoyo democrático: —Presidente: a usted lo han votado sus personajes.

—¡Qué lindo es eso, hermano! Es como un sueño que se ve.

—A mí me parece que las cosas grandes que se realizan, tienen ese carácter astral y visible de sueños que se manifiestan.

—Es así.

Pero, en el caso de Rómulo Gallegos, anda una especie de destino o de seña que se traduce y corona desde la entraña social de nuestra América.

Yo no sé si tú te has dado cuenta, leyendo las mejores novelas que se vienen dando, de un tono definidor, de un clamor antiguo y vigente.

Las novelas, de que te quiero hacer caudal; las que traen su aliento y presencia desde lo sustancial y propio de Indoamérica, exponen un CALOR PANFLETARIO, un clima de alegato que llega a veces a lo más crudo, agresivo y acusador.

Procede esto —indudablemente— de los primeros tiempos. De las vehementes quejas y polémicas del Padre Bartolomé de las Casas; de los afanes protectores de algunas buenas almas peninsulares que se interpusieron entre la crueldad y la codicia de los conquistadores y encomenderos; de aquellas etapas prolongadas por siglos de martirio, explotación y destrozo, con que los hombres de espada y cruz de España mantuvieron nuestro continente en un estado contínuo de rebeldía, de postración, de asalto y de encono vigilante.

—Algo de eso, a decir verdad, he percibido más de una vez. Sobre todo, cuando leía novelas de Méjico, de Cuba, del Brasil, la Vorágine de Eustacio Rivera, la Guaricha de Julián Padrón, Los Sangurimas de José de la Cuadra, las Estampas Selváticas y sociales de Azuela, el Huasipungo de Icaza... los libros magníficos y apasionados de Rómulo Gallegos.

Es indudable que hay una tendencia DOMINANTE Y DEFINIDORA en la novela de arraigo y categoría que se viene publicando en nuestra América. Y esa tendencia es la que tú has clasificado con justeza como PANFLETARIA.

—Esta inclinación cobra un rigor quemante en las zonas de América donde todavía se explota al hombre blanco que ha venido a tomar la posta de dolor del negro y del indio.

En regiones como las rioplatenses donde ya no hay indios o no existen problemas indígenas y la valentía moral ha puesto a los hombres en un pie de dignidad pareja, la novela suele salir con una expresión desinteresada, romántica, o con problemas sociales de aspecto moderno.

Sin embargo, no podemos desentendernos de la Argentina con el monumento criollo del Martín Fierro ni de la intención entera y caliente de esa biblia baguala, sañudamente PANFLETARIA. No acusando ya gente de afuera: conquistadores, frailes, encomenderos, gobernadores, tropelías, torturas y crímenes militares. Sino denunciando el abuso y los excesos de la organización nacional, despótica, absorbente, ultrajante.

Podríamos, entonces, generalizar la apreciación de los documentos y decir que el tono panfletario es el que nos da fisonomía saliente.

Posiblemente, ese clamor genuino de las entrañas sea quien ha suscitado, y a veces, forzado nuestra presencia artística.

Por eso debemos celebrar el acento multisecular y trágico que nos ha permitido mostrar la nota diferencial; el aporte de más profunda originalidad de nuestro destino.

Rómulo Gallegos tuvo el acierto de entrar en la tónica militante de nuestra más viva expresividad.

Por eso, al conseguir dar obras de patética filiación con nuestros propios hondones, el pueblo, reconocido, ha armado la basamenta cívica de sus votos para elevarlo y sostenerlo en el más alto honor representativo.

Bien pudo, pues, hacérselo presente Germán Arciniegas con las palabras más bellas y compensadoras que puede recibir un hombre de letras en América y que tú acabas de hacerme conocer: —Presidente, a usted lo han votado sus personajes.

—Ahora, hermano, que pareces haber cerrado el pico, óyeme una preguntita. ¿Logrará sostenerse nuestro presidente de procedencia intelectual en su cargo supremo, sobre todo, en Venezuela?

—Yo creo que sí, porque Rómulo Gallegos es un intelectual que pisa en tierra. Ha sido maestro de escuelas, publicista avisado, profesor universitario, hombre de acción en todo alto sentido.

—No basta eso. Venezuela es un tembladeral. Tú sabes que ese infortunado país, desde sus orígenes constitucionales, ha sido una víctima constante de las más feas, fieras y largas dictaduras militares.

—Tenemos que confiar en la democracia y en los hombres civiles.

—Esa confianza queda emplazada.

—Acepto. (1)

(1) Acabamos de enterarnos del derrocamiento de Rómulo Gallegos por los militares. Vale decir, por los profesionales del motín en América.

(SALIENDO del campo de deportes, después del baño)

—Ahora sí que me siento entero, unido, fúsil.

—¿Qué me quieres decir con ese vocabulario de taller de fundición?

—Quiero decirte que, por lo sólito y corriente, mi cuerpo y mi alma no suelen andar de acuerdo. Tal vez esto sea conveniente para mi estilo de vida. Pero ¡quién sabe si es lo ideal!

—Ese dramita tuyo tiene que ser una caprichosa percepción. Eres bastante aplomado y discreto.

—Sin embargo, no es esa mi realidad íntima. A veces, me cuesta tenerme decorosamente.

—Pues no parece.

—Tú sabes que no hace mucho escribí un poemita sobre la doma. Nó sobre el espectáculo gaucho de la acrobacia baguala y apretante. Esta doma es la de adentro. La del potro interior.

—Quiere decir que sueles hacer nativismo ascético.

—Así es, hermano. En mí se da un caso de lo más al revés que se pueda contar. Tengo un alma revoltosa, antojadiza, traviesa.

—No me hagas chistes.

—Pero esto que te confieso no es todo. Esa alma se ha alojado en un cuerpo plácido, gimnástico, grave.

Ahora podrás darte cuenta del drama extraño. En mí, el cuerpo tiene que cuidar al alma, que detenerla, que sujetarla. Que enseñarle la manera de andar en la tierra.

Por suerte, mi alma ha elegido este cuerpo mío, tan severo, medido y fuerte. Si hubiera caído en otro instrumento ¡quién sabe qué fin arrebatado habrían llevado los dos!

Es que el cuerpo, hermano, contra lo que pensaba y sentía la acerbidad penitente del yermo, es una red armónica de la acción terrestre. Una caja celosa de la vida.

Aturdidos por el trajín de la necesidad, apenas nos damos cuenta del cúmulo de maravillas que hemos traído y desarrollado en el aire telúrico. La flor de la mano, el ala del párpado, el remo de los brazos, los sabios pedales del pie. No hablemos de los órganos, de los tejidos, de las colonias celulares, de los filtros, de los sentidos, del juego pneumático en la química atmosférica. El cuerpo, el cuerpo, hermano, es un instrumento estupendo de avance, de colocación, de acción, de danza, de rito móvil, de vuelo. Más de una vez, de diez, de cien, a cada instante y movimiento, según el desplazamiento que

se use, el cuerpo nos lleva, nos conserva, nos avisa, nos manda, nos salva.

—Francamente, que me da gracia oírte. Eres la experiencia contraria de nuestra vida en el plano físico.

—Y no me quejo ni alarmo. Ya lo ves. Hemos hecho ejercicio, y el alma y el cuerpo se han vuelto una misma pieza de entusiasmo y fiesta.

—Pues, aprovecha la lección.

—Es lo que hago siempre. No te me hagas el maestrito. Sé adónde tiras.

Esa lección del deporte es de contínuo aprovechada por la inspiración, por el ritmo sublimador del arte.

De este modo, ando siempre en ejercicio estético. Y en ese juego de alma y cuerpo, se realiza la fusión. Y bien o mal, el verso y la prosa van dando fe de que el ser consigue la unidad de esencia y destino, acercando el acorde simpático que cumple la expresión estable.

(EN EL ZOOLOGICO)

(SOBRE el cerco, en cuyo interior se hallan tres elefantes, dos chicos se han dedicado a incomodar al más pequeño.

Desde hace rato le vienen arrojando piedrezuelas a la cabeza. Se han colocado detrás de las montañosas ancas del paquidermito. Creen que éste no los tomará en cuenta para nada. Que la aplicación balística ha de ser de lo más impune...

En una de esas, el NENE de las inmensas orejas de trapo —inesperadamente— les devuelve la gracia.

Una certera granizada de pedregullo da de sorpresa en el marote de los menudos visitantes al zoo.

En un balanceo de desquite, alternado sobre las patas delanteras y zarandeando la manga retribuyente, el joven proboscidio parece que quiere reírse, parece que se ríe...)

—¿Qué me dices?

—Que estos animalitos no son tan negados como se piensa.

El elefante, sobre todo, cuando ha nacido y se ha criado cerca del hombre, llega a seguirlo, a apreciarlo y conocerlo de tal manera, que asombra.

Lo solemos ver en los circos, en estos zoos y en películas documentarias.

El hombre sencillo atina a cerrar el comentario con la exclamación conocida: —Sólo le falta hablar.

—Y es así, no más.

—Sin embargo, esto no está cabalmente bien dicho. No es el

habla lo que les hace falta, sino la articulación «cómplice»; el darle núcleo verbal a la intención amorfa; el obligante engarce de magia glósica.

Hay animales, como el perro, el caballo, ciertos simios, que a veces logran llegar tan cerca de la vocalización, que yo no sé realmente cómo no se produce la extravasación silábica.

Pero fíjate en este síntoma orientador. Cuando esos animales se ponen casi en la palabra, se lo deben a un estado de exaltación o exultación, de fiesta, de reconocimiento, de regocijo.

Y aquí se nos presenta la preguntita: —¿De dónde habrá venido el lenguaje? ¿De la alegría, de la animación, o de la queja, de la pena, del dolor?

A mí me parece —los sabios me lo perdonen— que la palabra es hija de la efusión íntima, tocada por la alegría.

Del dolor no pudo salir la palabra. Por imposibilidad funcional. El dolor es entradizo, replegable, introvertido. La alegría es generosa, derramada, creciente, de misión reveladora. El dolor se esconde, se endurece. Oscurece la vida desde las cuevas del alma. La alegría notifica, repica, pasea, y, como llama interior, aclara seres y momentos.

Conservo de mi niñez el recuerdo de un perro atacado de fobia. Ese desdichado animal se fué poniendo cada día más hosco, más alejado, más callado.

Cierta vez pasó cerca de nosotros, los pergenios que regresábamos del colegio. No nos hizo caso. Siguió de largo, con su sigilo amargo.

Mis compañeros le pusieron un nombre tremendo: EL PERRO MUDO.

De un estado así no debió venir el lenguaje.

—De seguro que no.

—El lenguaje ha tenido un origen de efervescencia jovial; de euforia vinculatriz; de necesidad comunicante. Y eso solamente lo puede dar la alegría, — única corriente íntima por donde ha debido asomarse la palabra, y adueñarse el hombre de la creación y de sí mismo.

(SALIENDO del circo)

—¡Qué manera de poner en ridículo a Tarzán!

—Es así, hermano. Ahora te habrás enterado de que la fuerza no está en los gritos, ni en las luchas de un fierabrás o de un goliath contra todos ,ni en los saltos selváticos, ni en el martilleo cacareado de pecho.

Ya ves cómo ese pequeño acróbata ha soportado piedras enormes y golpes de marrón en la zona ventral; ha hecho girar pentaltos

poderosos; ha formado perchas y columnas humanas a sus flancos y por los hombros, y hasta ha resistido el pasaje de un vehículo sobre la caja torácica.

—Yo no sé cómo ese cristiano ha podido aguantar el trabajito sin descoyuntarse, sin romperse, sin prepararse y sacar boleto para el otro Lado...

—Pues la razón es muy sencilla, aunque no lo parezca. Ese hombre hace palanca de su respiración. Y este eje pneumático, bien usado, es el punto más vigoroso y resistente del mundo.

—¡Quién lo diría! Parece una ingeniosidad.

—Sin embargo, estamos ante uno de los tantos milagros que podemos testimoniar, y que no valoramos ni encarecemos nunca.

...Haciendo hincapié intencional en lo que acabamos de presenciar, te puedo asegurar que la fuerza, en su origen y en sus más vivas manifestaciones, en su drama activo, es invisible. No lo he dicho bien del todo. Es invisible en función visible. Pero óyeme el pensamiento completo: puede serlo de adentro para fuera, o desde el interior al centro de atracción.

La respiración viene a ser, así, el reverso del imán.

En las escuelas de iniciación yoga de la India, se suele ejercitar este neuma biológico de la respiración. De tales corporaciones ocultas salen gimnastas sutiles que manejan a voluntad el cordaje sortilegiado de su sistema nervioso con tan agudo acierto *impositorio*, que, a la vista del público, ponen en resalte el hilo eléctrico elegido de su instrumento corporal.

—¿No me estarás haciendo el cuento ilusionista de la respiración?

—Nó, hombre. En la India es la práctica o prueba más conocida y callejera.

La gente tiene una opinión errónea de la fuerza. Cree que la potencia está en el volumen, en el golpe, en el estrépito.

Nada más delicado, asordinado y armonioso, que la fuente secreta de la energía.

¿Hay algo más poderoso que la electricidad? Pues échate a buscarle el bulto.

—Tú siempre gracioso.

—Y tú, llevándote sorpresas de contínuo, por no calar la sombra.

—Pues lo que es esta vez no te vas a despedir tan barato. Aquí te va una preguntita o propuesta final de contrapunto.

Me vas a decir ahora si el viento y el amor son fuerza para tí.

—Pero, vivo ¿qué te propones?

—Hacerte acedo alguna «vegada» el remache vinchitore que gastas conmigo en todos los diálogos.

—Si es así, te felicito por el buen intento penitencial. Y allá voy.

La pregunta que me mandas, es de rápida solución. Precisamente, las dos entidades que me nombras andan en la onda madre de nuestra conversación.

Sí que el viento y el amor son dos fuerzas. Posiblemente, las dos fuerzas más impresionantes y agitadoras.

Pero, si consideras bien el trabajo de esas dos potencias, podrás darte cuenta de que el viento es respiración y el amor, poder magnético. La palabra imán viene cargada de una atracción de amor desde sus primeros tiempos. Respiración del mundo es, sin duda, el viento. ¡El amor, imán!

—Bastante cursi te salió el brochecito.

—No siempre he de ser elegante. Sobre todo, tratándose de definiciones ajustadas y rigurosas.

—Te estás humanizando. ¡Adiós!

—Adiós, observador de... juguetería.

LAFORGUE Y LAUTRÉAMONT EN UN SUEÑO...

I

—¿Recuerdas que habíamos quedado en ir hoy a localizar la casa donde nació Julio Laforgue?

—Recuerdo.

—Pues bien. Antes del paseo importante, te voy a contar el sueño que tuve anoche y que tiene mucho qué ver con esto.

—Venga, pues, el señor Sueño.

—Primero, vamos a traer algunas referencias que nos permitan darle explicación a lo soñado.

—Que vengan también.

—Tú sabes que nuestro Montevideo, antes de ser hijo del espíritu de Francia, había sido, para numerosos franceses de la mejor cepa, isla de elección en forma comercial, doméstica y militar. Ya por deportaciones, por escabullidas, por atracción o por soplos de la providencia, Montevideo, desde sus comienzos constitucionales, se fué enriqueciendo, humana y socialmente, con emigrantes y familias de Francia.

Cuando se produjo el Sitio Grande, los ciudadanos y militares franceses que se domiciliaban en Montevideo, realizaron una de esas hazañas de romance que canta, como rubí heroico, en la prueba premiosa de aquellos días decisivos para nuestra independencia.

Cuatro mil franceses, con Francia adentro, se declararon hombres de la libertad uruguaya y se ofrecieron a salvarnos.

De esos legionarios inolvidables salieron las dos familias que nos dieron nuestros dos primeros poetas universales: Isidoro Luciano Ducasse y Julio Laforgue.

—¡Cómo? ¿No son poetas franceses?

—De eso vamos a ocuparnos otro día. Yo los creo cósmicamente uruguayos, a pesar del idioma y del cambio espacial.

—Que no te oigan los intelectuales de París ni los críticos caseros.

—Esto no es problema de vanidad nacional ni de competencia crítica. Es algo mucho más serio. En fin, ¿me quieres oír un poquito más, sin cruzarme desafíos?

—Me frenaré, maestro. Siga sin molestias.

—Pues, acerquémonos más al Sueño.

Las dos familias, de las que provienen Isidoro Luciano y Julio, han sido la cosa más diferente y contraria que se pueda imaginar.

El pobre Isidoro se crió sin madre. Y hasta podría asegurarse que sin padre, a pesar de lo visible y documentado que se halla el Cónsul galo.

Este peripuesto y resonante personaje, de todo se cuidaba, menos de su familia legal y responsable.

Actor en cultura heterodoxa, en exhibición social, en amores estelares de bambalinas y en viajes de exploración aborigen, su vida es un torbellino de rumbo y escándalo hasta el día de su muerte.

La familia Laforgue es de otro color y estilo.

Julio tiene por padre al profesor de lenguas muertas y asombroso calígrafo don Carlos Laforgue. En su Liceo de la calle Rincón hizo el poeta los primeros pininos mentales.

Paulina Lacolley, esposa del manco de los lentes y madre del angelote, era una espiga vigilante en el corazón de la familia.

Con estos progenitores y un montón apretado de hermanitos, Julio se crió de una manera completamente opuesta a la del amargo muchachón solitario de los Cantos de Maldoror.

—Pero... ¿y el sueño?

—Aquí viene el Sueño.

II

...Isidoro visita seguido la casa de los Laforgue. Oye mucho a la madre de Julio, a quien considera un poco madre suya también. Es decir, un poco madre y un mucho hermana mayor de consejos y de influencia sentimental. Percibe en ella ese sostén cordial donde todo ser humano bien nacido y mal andado halla un imán de estímulo para sus pasos.

Isidoro ha empezado un libro. No sabe lo que saldrá ni en qué puede terminar el torrente caliginoso y genial que lo ocupa, rebasa y zamarrea.

Se le ocurren acusaciones, alaridos, insultos, denuncias crudas, maldiciones, verdades espantosas del hombre y su comedia patética y descalabrada.

Lo hace. Escribe con la valentía de sus 19 años en los puños y en los brincos de la frente.

De golpe, el niño delicado que se aloja en su ferocidad, le saca la pluma de los dedos. Le apacigua las sienes con ritmo celeste. Y se acuerda de Julio.

Echa la silla de tijera a un lado. Se endereza en su corpulencia de energía y fineza. Y sale de la biblioteca maternal y sigilosa en donde se le ha estado tejiendo el alma como una araña invisible.

—Doña Paulina, vengo por Julio.

—Julio! Aquí está Isidoro. Viene por tí.

—Mire qué programita, misia Paulina. Lo llevo a ver los batallones y después nos vamos al circo.

—Cuídamelo bien, Isidoro. Tú sabes lo azotillo que es.

Entra Julio gozoso y disparado, como pájaro de piso. Se abalanza sobre Isidoro Luciano. El Conde maldito lo besa como nadie. Julio tiene cinco años.

Doña Paulina toma al pergenio de la mano y se lo lleva piezas adentro, asegurándole a Isidoro:

—Te lo apronto enseguida. Enseguidita.

Isidoro Luciano siente la más extraña y acercante simpatía hacia Julito, el angelote.

El hijo mayor de los Laforgue —Emilio— no le toca el interés sentimental por ninguna zona íntima. Lo halla cerrado para su irradiación electiva. Será, como dicen, muy inteligente, de excelente corazonzuelo, de conducta ejemplar. Isidoro Luciano gusta del segundón despabilado que, en las contínuas visitas y con cualquier pretexto, se le viene a las piernas y se las ciñe, con ansiedad de enredadèra nueva.

Salen del caserón de la calle Arapey y se vienen a colocar en una esquina despejada y alta. Desde aquí se puede columbrar, dominar y seguir el desfile charanguero anunciado.

Son tropas que van a ser embarcadas muy pronto. Su futuro escenario hazañoso está en el Paraguay de Solano.

Tambores, banderas, clarines, uniformes, espadas, bayonetas...

—¡Qué linda comparsa! — estalla Julio.

—¿Cómo, comparsa?

—¿No te parece, Isidoro? Para mí esto es gente de Carnaval.

—Pero... ¿no sabes que van a pelear y a morir? Y ¿muy pronto?

—¡Bah! Eso no lo voy a ver yo.

—No seas loquito, Julio. Habla con más cuidado.

Presencian el desfile con muy diferente atención.

Para Julio, aquello es un pasaje carnavalesco. Para Lautréamont, es una viveza trágica del hombre. Del hombre apocalíptico y trampero que mueve las formas del universo con despatarro caótico y penal.

Apenas se desvanece el rabo del espectáculo, Julio, imperioso, le exige a Isidoro que lo lleve al circo.

—Es más lindo, y dura más la diversión.

—¡Qué chiquilín cascabelero! ¡Diversión! ¡Diversión! ¡Jaleo! ¡Pandereta!

—¡Olé!

Lo remacha con tanta gracia, que Isidoro intenta sonreírse. Cosa ardua de sus adentros.

—Pues bien, vamos al circo. Pero, antes, te quiero hacer oír un poquito de música en la Plaza Mayor.

—¿Retreta? Pero... ¿tú te crees que me voy a perder el circo por una retretita?

—Nó, señor. Se lo propongo, porque vamos a tener que atravesar la plaza para llegar al circo.

—Si es así...

Allá van. Isidoro Luciano, alto, elegante, recio. Julio, — jalde, blanco y rosado como el ángel de la juguetería.

Entran en la Plaza Mayor.

La banda juega con las árganas de una mazurka trotante.

—Lindo para bailar, — dice Julio.

—¿Te gusta el baile?

—Pero si soy un bailarín completo.

—No lo sabía. A mí no me gusta el baile.

—También, eres más tieso. Te garanto que a veces te tengo miedo. Y eso que soy tu mejor amigo.

—Amigo... mi mejor amigo... Tú no sabes lo que dices.

—Te juro que sé. Yo soy el único amigo que tienes.

—Muchas gracias, señor menudo.

Sigue la caminata holgada y sin complicaciones de la época.

Ya están en la boletería del circo.

—¿Y ahora ¿quién paga? — pregunta Isidoro Luciano, chunguero.

—Cualquiera de los dos. Pero... tú eres el mayor y el que ha invitado.

—¡Ah! es verdad, hombre. Me había olvidado... No me había dado cuenta...

Saca Isidoro Luciano las entradas. Trasponen el vano de lona. Y se ven, como por resorte, frente a la pista colorada, dentro del carretel girante de la fiesta.

...—¡Qué macanudo es esto, Isidoro! — garla Julio al verse en el gallinero, unido al amigo grande, palmoteándole la rodilla con el címbalo pequeño de su mano.

El espectáculo se desarrolla con rapidez onírica.

Chicos que se cimbran, como jinetes de los trapecios. Mujeres que patinan en el aire, sobre hilos invisibles, con sombrillas de jardín. Mozos duros y elásticos que se sostienen en perchas japonesas. Acróbatas de cambotes; contorsionistas; atletas de pentalto, barras y paralelas. Fieras de salto y fuego con sus domadores de magia y látigo. Escalas de homenaje. Pirámides de equilibrio gimnástico. Y salpicando y repicando en todo la infaltable sal traviesa de los payasos.

—Te aseguro, hermano, que estamos en el cielo. No hay en el mundo nada más lindo que esto. ¡Cómo me gustaría vivir en el cir-

co! ¡Yo quiero ser hombre pronto para ser payaso! ¿Te das cuenta, hermanito? ¿Ser payaso?

Isidoro trata de sonreír. Y no puede. ¡Ser payaso!

¡Pobrecito! No sabe que lo va a ser sin colores, sin chistes y sin circo...

Cielo y báratro. Regocijo, para el que mira. Martirio y lucro en los que hacen y arman la diversión.

Fieras de morfina, azuzadas con el pistoletazo de los chasquidos; chicos descoyuntados; mujeres de castigo y rigor; hombres que sienten el roce de la muerte en el aire; payasos que en la calle muestran remiendos y livideces de miseria. Y moviendo, empujando y exprimiendo todo, EL HOMBRE, el Verdugo de su especie.

—Vamos, Julito. Ya terminó la función.

—Yo creía que iba a seguir. ¡Qué lástima!

III

—Al salir del circo, el aire de la vigilia me dió en la cara. Se me cortó el sueño. Y yo no sé qué de posible, real o vivido, me pareció que andaba en sus limbos.

—Te digo, Periquín, que lo que me acabas de contar no puede ser un sueño para mí.

—Ni para mí tampoco. Isidoro Luciano y Julio tienen que haber usado esta manera fraternal y divertida en el Montevideo pintoresco donde nacieron y se criaron.

IV

—Terminado el Sueño, vamos a visitar la casa donde nació Julio Laforgue.

—Vamos a entrar en ella. Y a procurar sentirlo o adivinarlo, para poder algún día hablar en forma del estupendo poeta de la nostalgia cósmica. (1)

Agosto 1944.

(1) Allá por Mayo de 1945, en una solemne ceremonia, presidida por ciertos primates de la cultura francesa, fué colocada una placa en la casa donde nació Laforgue.

No se conformaron con hacerlo poeta francés. El desventurado Isidoro Luciano entró también en el cuadrilátero de la placa. Dos poetas franceses nacidos en Montevideo... —dijeron los oradores. (Lo único francés que tuvieron fué el idioma). ¡Qué manera de hacer latino americanismo!

Por suerte, el autor de este entretenimiento no fué invitado.

—Mirá, yo te voy a robar y te voy a llevar conmigo a Montevideo.

Y el anciano agrega: —¡Y ni él PUDO IR, el pobre!

(Palabras recogidas a Juan León Benítez por Elisa A. Menéndez, RESPETANDO SU LITERALIDAD).

Preciosa referencia que, desde nuestro punto de vista, tiene su miga...

(Este Juan León Benítez fué un chico paraguayo que solía visitar a Artigas en sus últimos tiempos, y cebarle mate).

—Te traigo a la cueva una noticia que te va a poner como una brasa.

—Cuenta, hombre, sopla.

—El parlamento acaba de aprobar un proyecto de ley creando la Casa de los Estudios Artiguistas.

—Lindo, muy parlamentario. Pero eso no basta.

—Es que se trata de la creación de un verdadero Instituto devocional, donde se recibirán, juntarán, clasificarán y ordenarán los papeles que tengan relación con los pasos de Artigas.

—Muy interesante. Muy impresionante. Pero...

—A todo pones tu pero. Pero ¿qué?

—Si ese instituto no consigue aliento de laboratorio y no se ejercita en sondeos, diagnosis y animación, contaremos con otro museo en nuestra vocación faraónica de exhibir momias y pergaminos.

—Hombre, nada te conforma. Eres un sistemático.

—A retropelo. Por ir contra sistemas.

—Cuídate de esa táctica.

—Pues tendrás que oírme. Ya verás si se lo que emplazo a prueba.

Artigas no es un héroe que se pueda enderezar del todo con papeles. Para plantarlo en forma entera y durable, tenemos que armarlo desde adentro, con atrevimiento psicológico, con simpatía violenta.

Podemos conseguir su pisada visible hasta 1820. Al entrar en la

Cancha Cerrada de don Gaspar, Artigas se vuelve un tenebroso misterio, una absorción de magia negra.

Hasta ahora se ha venido repitiendo —imperdonablemente— el temita del exilio voluntario. Pero eso es desconocer la higiene trágica del caudillo oriental, su naturaleza indomeñable.

Para mí, Artigas será una presencia incompleta, mutilada en su patética culminación, mientras no se descifren y aclaren esos treinta años de soledad paraguaya que lo emponcharon de silencio y de martirio prometeico.

—Conozco bien tu chifladura. Se que has publicado trabajos de entretenimiento sobre esos treinta años finales de Artigas. Pero no te creía tan quijotesco en la ocurrencia... tan empecinado.

—¿Ocurrencia has dicho? Vamos a ver quien anda mejor en este asunto: si los inertes o el descontento.

Empiezo por decirte que quien suscitó la idea del exilio voluntario de Artigas fué el mismísimo dictador del Paraguay, don Gaspar Rodríguez de Francia.

Y aquí ya tengo que declararte que la casa de estudios destinada a juntar papeles artiguistas no va a tener baza ni a resolver nada.

La carta en la que Artigas le comunicaba a Francia que iba a entrar al Paraguay, no aparece por ningún lado. Francia la hizo cenizas o la perdió... sin darse cuenta... ¡tan bien perdida, que nadie logró verla sino él!

Esa carta que habría sido fundamental para unir los dos Artigas, vale decir, el Artigas que llega al Paraguay y el que padeció adentro, ha sido desfigurada, adaptada y hasta CONTRARIADA por el astuto teólogo de la Asunción.

El lobo don Gaspar, que llevaba su zorro internacional bien escondido, cuenta que el desesperado Artigas, a pique de ser atrapado y descabezado, le pidió humildemente hospitalidad, pues, de lo contrario, se hubiera visto obligado a merodear en las selvas con las alimañas...

Y aquí no para el invento grotesco. Escribe, con soltura impune, que traspuso, SOLO Y ABANDONADO DE TODOS, las fronteras de su Provincia, llevando al hombro una alforja y a la cintura una faja colorada.

Nos parece ver a San Roque haciendo el precursor del nudismo.

Vamos, hombre, que esto no pudo ser. Ni Francia lo vió.

Artigas, correctamente acompañado de la parte de su gente que supo elegir para no alarmar el tembladeral asunceño, llegó a los límites del Paraguay y fué recibido por un destacamento que se adelantó a cumplimentarlo.

Al hallarse dentro de los dominios del dictador, se produjo el escándalo.

Le desparramaron sus soldados en cuarteles de seguridad y bo-

nitamente se lo llevaron a un Convento. El edificio de mayor lujo en aquella época, — escribe Cecilio Báez para disimular el secuestro...

¡Inocente Artigas! El que creyó pisar tierra de confianza; él que llegó a solicitar, en seguida de ser recibido, una audiencia premiosa con el jefe de una provincia aliada, — sólo alcanzó hábiles negativas y un trato severo y desconsiderado de prisionero de la peor especie.

—¿De prisionero, dices?

—Sí, señor, de prisionero. Terminemos de una vez con esa piadosa conformidad del desengaño, del cansancio y del exilio.

Artigas pudo sentirse desengañado de los militares de escuela que lo desobedecieron; de los políticos girasoles que lo abandonaron; de los hombres de ciudad que lo respetaban, temían o desdeñaban, alternadamente, según el vaivén de lo fortuna armada; de los débiles o exitistas que, por razones de volumen, rellenan a menudo los acontecimientos históricos; podía hallarse colérico, maldiciente y hasta cargado de saña vengativa al verse desautorizado, robado y maltrecho por la traición baguala del Renegado entrerriano, a quien dió categoría y prestigio con el escudo bermejo de la Federación.

Pero Artigas sabía que sus gauchos le respondían hasta la adoración, hasta la desnudez y el sacrificio, y que aquel brusco derrumbe de sus sueños era un juego diabólico de pasiones, destinado a desaparecer pronto con el propio viento de los hechos.

¡Qué iba a llegar al Paraguay a exilarse ni a desvanecerse! Se acercaba al jefe de una provincia aliada a denuncirle la destrucción común que se había maquinado secretamente en el Tratado del Pilar; a solicitar el cumplimiento de ayuda mutua para enfrentar la invasión que desde Corrientes se iba a desatar en seguida; a resolver —PERSONALMENTE— la política de autonomía y entendimiento frente a Buenos Aires; a conseguir el ensanche federativo de las Provincias del Sur, —sueño mayor que andaba en el espacio creciente de su apostolado americano.

—Hermano, me estás diciendo cosas que me parecen enormidades, no ya ocurrencias...

—Enormidades... enormidades... ¡Ojalá le hubiera negado Francia hospitalidad al zamarreado caudillo y hubiera tenido que ir a merodear por las selvas como una fiera! Con toda seguridad, habría cambiado completamente el movimiento y el destino de nuestras andanzas históricas.

—Lo hubiera atrapado Ramírez.

—Como lo atrapó Muesas, o como lo agarró Alvear, cuando, desde Montevideo, le hacía la invitación al valse. ¿Crees tú cosa fácil atrapar a un matrero como Artigas?

Si Francia se hubiera negado a recibir a Artigas, éste tal vez se hubiera refugiado en las selvas. Pero ¿cómo habría salido de entre los árboles?

Con ese rebote anteico que le permitía ceñirse de multitudes arrebatadas a las pocas horas de un desastre. Con ese tino mágico de los recursos que siempre lo conservó entero y puro entre los más crespos y avasallantes azares.

Pero... yo creo que habría utilizado un resorte de salvación que le hubiera respondido completamente.

—¿Vas a largar otra lindeza?

—Y ¡de qué calibre!

Vamos a hilar con tino. Oyeme bien.

Hace poco llegó hasta mí el chisme de que existía en Norteamérica un pequeño volumen en el que se publicaba y comentaba la correspondencia cambiada entre Monroe y los libertadores sureños.

Traté de asesorarme en forma. Y aquí va lo que he conseguido del intento.

Charles Lyon Chandler, retoño apostólico de la sangre de Franklin, es autor de un librito sin desperdicio que se titula «Inter - América Acquaintances». Publica en él las cartas que San Martín, O'Higgins, Bolívar y Artigas enviaron a Monroe, coincidentes todas en la gravitación de aquella nebulosa espiral que en su momento de destino colocó reciamente en el firmamento histórico la doctrina de la salvación atlántica.

Esos documentos son colocados, glosados y valorizados con amplitud solidaria. Pero los que hacen más impresión al autor son las epístolas y las ordenanzas artiguistas, —piezas que declara las más vivas y estimuladoras.

Considera Chandler que las sugestiones pragmáticas del estadista de Purificación, organizando el corso marítimo y el contenido de ciertas cartas madrugadoras, fueron las que más coincidieron con el pensamiento sustancial de la doctrina Monroe.

Se puede afirmar que en los momentos peores de su vida militar, Artigas se hallaba más firmemente protegido que en ninguna otra época de su vida.

Si Artigas hubiera sido rechazado por Francia y se hubiera visto obligado a merodear por las selvas, de allí habría salido como un contrabandista y en cualquier lancha se hubiera hecho el pirata con el designio de llegar hasta Norte América.

Sabía nuestro visionario, porque fué de los que contribuyeron con anticipaciones vehementes a fijar la doctrina Monroe, que ésta por obligación de principios le daba derecho a conseguir armas y elementos para restablecer su Federación y defender su Provincia.

Bien que se lo sabía Artigas. La nueva doctrina de redención

continental prohibía a las naciones europeas toda tentativa de invasión, despojo y colonización en las porciones de América.

¡Con qué juego se iba a sostener Portugal en nuestra Provincia! El plan destructor de Pueyrredón habría sido contrastado y la hegemonía artiguista que estaba de acuerdo con la naciente armonía internacional hubiera sido el comienzo de una federación continental que, posiblemente, nos mostrara hoy organizados en la Unión de los Estados del Sur.

—Pero, hermano, ¿no estarás magnificando? ¿Sobrevalorando? Mira que me deslumbras y... casi me convences.

—¡Casi me convences! Eso me dicen muchos. Pero esto es cosa de convencimiento limpio y pleno.

Te voy a pasar un caso corroborante de ese CASI, que en nuestros compatriotas es estado sostenido de duda, de negación y hasta de guiñada compasiva.

Un ministro nuestro dió hace unos diez años una serie de conferencias sobre Artigas. Lo hizo con la más inflamada vibración patriótica. Pero tan conseguido estaba por la idea dogmática del exilio, que no se dió cuenta de una revelación enorme que le salió, y de la que yo recién me percato, volviendo con interés regresivo a los prjmeros momentos de la desaparición artiguista.

Aporta una documentación estupenda sobre el intercambio político y mercantil entre Norteamérica y las Provincias del Plata. Y allá por 1822, al ocuparse de Forbes, el agente especial de los Estados Unidos, reproduce unas pocas palabras del Informe que este avispado forastero trasmite a Adams, y que son, para mi, la primera declaración clara de la situación de prisionero de Artigas. Esas palabras están escritas en el ambiente de un tiempo conectado inmediatamente al suceso que nos interesa.

Dice Forbes que cuando se retiren las fuerzas extranjeras (las tropas portuguesas de Montevideo) será posible unir los partidos de la Banda Oriental, «especialmente (son sus palabras) si el viejo Artigas PUDIERA SER LIBERTADO DE LAS GARRAS DEL DESPOTICO FRANCIA Y TRAIDO NUEVAMENTE A SU PUEBLO, donde su influencia fácilmente revivirías».

El hombre que leyó esto es un varón eminente, de muy alta moral cívica. Admirable en los pasos de su vida y en sus pensamientos. Pero con toda seguridad no se dió cuenta cabal de lo que lleva adentro ese documento.

Es la acusación más telúricamente allegada e irrefragable de que Artigas fué retenido tenebrosamente por Francia como un prisionero. (Categorizando, se puede sostener COMO EL PRISIONERO...)

—Pero, camarada, ¿y esas cartas de agradecimiento, cuyos originales acaban de ser exhibidos en un Liceo, — no dicen nada?

—Ya he opinado sobre esos papeles en el Ensayo que publiqué hace poco en EL YESQUERO DEL FANTASMA. Para mí, son documentos sin espontaneidad ni ambiente despejado. No son la expresión auténtica del Artigas que entró al Paraguay. Eso lo pudo escribir un Artigas engañado o desengañado en zona comprometida. Pero no el Protector en la plenitud psicológica y espacial de sus actos responsables. Dentro de un Paraguay como el de Francia, yo me explico esas cartas de agradecimiento y... las de Bonpland, también.

Sin embargo, fíjate en este documento que te voy a contraponer y en el que habla Artigas sin ningún recelo ni obligación.

Se trata de las Memorias del General José María Paz, donde han quedado asentadas las confesiones más trascendentes de la política artiguista.

Cuando se franquearon estos vocablos grandiosos no quedaba de Francia ni las cenizas.

Paz acusa al déspota paraguayo de haber deprimido y quebrantado al ilustre Jefe del Federalismo Rioplatense.

Aclarando con sutileza las letras del manco glorioso, se percibe en la intención que movió la mano a escribirlas, la certidumbre de que Artigas fué la víctima de un cautiverio disimulado, regido con técnica sigilosa.

Y aquí, en estas preciosas confidencias, —¡tan breves y tan vastas!— es donde culmina la conciencia continental de Artigas, cuya boca suelta la palabra que nos alcanza la llave de la correspondencia con Monroe y de su participación encendida y directa en la manifestación de la doctrina protectora. —Yo había soñado, dice, una Federación de Provincias en el Sur, meditando el ejemplo de organización de los estados del Norte.

—Recuerdo haber leído algo sobre eso...

—¡Ah, compañero! No basta leer. Hay que sufrir la complicidad íntima de las pasiones geniales.

Muchos han leído eso... Y lo saben... Pero no lo iluminan con el entusiasmo y el regocijo del hallazgo. Y sin ese eureka de las cosas, jugamos con la cáscara del árbol.

Ahora nos explicamos porqué Artigas desde los primeros días de la Revolución hablaba en términos de ancha medida y todo era referido al mismo idilio étnico y geográfico: somos hombres nuevos de América, somos hombres libres de América, somos ciudadanos de América, América nos mira, América nos sigue, América nos prepara laureles.

Por algo festejaba con felices hogueras de campamento las victorias de San Martín como acontecimientos propios. Aquí está el secreto lúcido de su lucha con Buenos Aires —foco de aislamiento y negación en la armonía continental desde aquellos tiempos—, y de su empeño en entretener, aturdir y trastornar la oligarquía reaccio-

naria, empujando al capitán cordilleresco hacia el encuentro de Bolívar, con quien se venía carteando de manera estratégica, solidaria y vigilante.

Ahora sí toma sentido el insistente afán de los estadistas norteamericanos en enviar delegados y agentes a entrevistarse con el Protector y la impresión creciente de simpatía que producía en los emisarios, — de lo que son testimonio de asombro los informes francos y glorificadores y la repercusión cancilleresca y parlamentaria en la que la figura del Solitario del Hervidero llegó a flotar como una presencia de la más pura confianza democrática.

Oyeme bien, hermano, y retén esto: hasta que no nos interesemos en forma resuelta y ahincada por el Artigas del Paraguay, vamos a tener un héroe sin la jerarquía coronante de su vida y sin la desembozada categoría continental de primer soñador militante de la Federación de los Estados del Sur.

La bibliografía actual del Paraguay es muy abundante y ha descifrado en algo la esfinge teologal del Supremo. Ha humanizado bastante aquella pétrea crueldad, el feroz mutismo con que la tradición lo ha conservado hasta hace poco.

Ya Francia habla, fuma, bromea y larga declaraciones comprometedoras. Un poquito más y Artigas, hasta su muerte, va a resultar el surtido receloso de sus últimos 20 años. El contínuo tinguiñazo de sus sienes...

Basta leer la sentencia de condena al ánima del general Cabañas en 1833 y el decreto de engrillamiento a su Visitante enseguida de fallecido en 1840.

—Bueno, hermano, no sigas divagando. Concreta y termina de una vez, que me estás ganando.

—Eso es lo que deseo.

Te digo y aseguro que Artigas fué deveras un prisionero de Francia. No vayas a creer que con esto te digo una novedad sin antecedentes.

En una de esas incursiones picarescas que suelo hacer a la Biblioteca Nacional, pesqué no hace muchos días este datito, — más claro y derecho que todo lo que el más sabido y osado pudiera afirmar.

Arsène Isabelle que anduvo por estos pagos después de 1830 y que conocía y olfateaba nuestras cosas familiarmente, anota con celo cronológico en su obra «Voyage à Buenos Aires et à Porto Alegre par la Banda Oriental, etc.»: «1820. Artigas, aquel jefe patriota bastante célebre por sus crueldades, es batido por su lugarteniente Ramírez, y obligado a refugiarse en el Paraguay, DONDE ES RETENIDO PRISIONERO POR EL DICTADOR FRANCIA.» (Págs. 113 - 114).

Este libro se publicó en 1835 y formó parte de la biblioteca del

doctor Luis Melián Lafinur. Cuando la aseveración fué hecha, Artigas se hallaba en la mitad de su temporadita paraguaya... No fué negada ni discutida por nadie en Montevideo, donde predominaba idéntica convicción.

Sobre los primeros momentos de la entrada de Artigas al Paraguay, en Montevideo se pensó tranquilamente en su regreso; pero cuando se fueron enfriando las cosas y por ningún resquicio de la Cancha Cerrada de don Gaspar salía el más leve rumor de los percances del Visionario, la ciudad se fué haciendo a la idea del cautiverio, que ha sido, desde entonces, la creencia oculta y contínua de nuestro pueblo.

Dentro de la Asunción existía una oposición al déspota que buscaba y esperaba al Protector para estallar. Artigas lo sabía. Pero su amplia política abarcaba al Paraguay entero y no sus partes.

Al caerle Artigas en los límites penales, Francia sintió que su dictadura estaba salvada y los enemigos sofrenados. Con retenerlo aseguraba su plan.

No le faltaron ganas de descabezarlo. La saña de sus decretos es más que una sospecha. Pero lo necesitaba.

Con este proceso astuto se formó y se informó el cautivero del Protector.

Y aquel espíritu inmenso y arisco sufrió entonces la violenta y apretada transformación que va de lo anteico a lo prometeico.

El Varón Central de la Calera de las Huérfanas fué llevado a Curuguaty como a un lugar esquiliano de encadenamiento.

Ahora, tienen la palabra los señores historiadores. Yo soy un aficionado. (1).

Setiembre 23 de 1944.

---

(1) Desde que empezamos —hará unos diez años— a trabajar sobre la vieja tentativa de «rescatar» al Artigas del Paraguay, la figura del organizador de la Federación Platense se ha venido agrandando y consiguiendo afirmación hasta los últimos momentos de responsabilidad militante.

Se sabe hoy, de manera documentaria, que el Artigas que entró al Paraguay nunca se halló en una situación internacional más segura, que, cuando, en procura de repuesto y sostén momentáneos, tuvo que trasponer los límites del Feudo Infernal de don Gaspar.

En efecto. Las naves del Corso artiguista se habían adueñado del Atlántico; habían inutilizado el comercio y las comunicaciones del Brasil con Portugal y con Montevideo; habían (precisamente en 1820) franqueado el Estrecho de Gibraltar, adentrándose en el Mediterráneo, y hasta tenían el buen gusto de pavonearse por el Mar del Norte, dando un tono de exotismo y ensanche a la Cruzada de aguas que había desatado, como genial recurso de hostigación, el formidable estratega oriental.

Respetado por Inglaterra; alarmando Congresos europeos de común política colonial; admirado en Norteamérica; auxiliado por cuanto marino rebelde y de experiencia andaba en exilio o se allegaba voluntariamente a conseguir trabajo republicano y emancipador, el nombre de Artigas era un imán para la

gente romancesca que secundaba sus planes de inutilizar a Portugal como potencia de movimiento ultramarino.

En lo que atañe a la JURIDICIDAD de su colocación, nadie podía estar más tranquilo que nuestro caudillo, a despecho del vendabal luso, estimulado por la perversidad atenta y destructora de Buenos Aires.

El venía colaborando con su conducta y sus principios en la estructuración de la doctrina Monroe con una mayor coincidencia que la de los demás jefes sureños. Y sabía que Portugal, como potencia europea, no conseguiría mantenerse en ninguna porción geográfica de las Américas.

Apoyado en esas dos realidades —una presente, la otra, muy cercana—, Artigas no podía exilarse voluntariamente. Admitir esto, es, no solamente desconocer la realidad de aquellas horas, sino el carácter moral del Protector.

Artigas, contrastado y empujado desde la frontera norte y el interior de su Banda, fué buscando apoyo en los gobernadores aliados que, diabólicamente trabajados por Buenos Aires y por los socavadores y desleales, lo fueron traicionando y persiguiendo con resultado alterno y feroces intenciones.

Artigas pudo escapar. Y conseguir elementos de navegación que lo hubieran podido llevar a cualquier astillero clandestino de su empresa corsa.

Le pareció más práctico, posible y correcto, llegar hasta Francia, víctima, como él, de las combinaciones porteñas, y haciéndole ver el peligro común, rehacerse y volver a enderezar las cosas; deteniendo a tiempo la invasión al Paraguay que iba a movilizarse, según los planes secretos de reivindicación virreinal de la política portuaria.

No contó con el secuestro, aunque, la verdad sea dicha, no podía olfatear una acogida cordial inmediata.

Dos hombres increíbles tuvo que enfrentar Artigas: Pueyrredón y Francia.

Los dos, poseídos en forma dominante y egocéntrica, por la idea de hacer un Buenos Aires y un Paraguay de acuerdo con sus absorbentes intenciones y su dureza centrípeta.

Pueyrredón no se detuvo en medios, con el designio de sacar a Artigas de escena. La Federación Platense iba a dejar sin autoridad primaz a Buenos Aires.

Francia, con ceremonias taimadas, lo zambulló en un convento, en vez de recibirlo, de oirlo... Monásticamente, disfrazó el «apresamiento».

Pero... estas atrocidades no se hacen en el vacío.

El Paraguay está pagando todavía el desaire y la sustracción.

Buenos Aires ha quedado como un peligro permanente de reacción autoritaria y desacuerdo continental; sin la simpatía de las provincias que, al considerarse sojuzgadas por una Capital siempre rechazada y temida, se sienten de continuo humilladas con la presencia de las intervenciones, como en las épocas del predominio organizador.

América, en esta parte de su geografía histórica, ha quedado DESACOMODADA.

Triunfante el sueño vinculatriz del solitario del Hervidero, a estas horas podríamos haber tenido la Federación de Provincias del Sur, girando en contrabalanceo continental. ¿Quién puede negarlo?

Pero...

Es lo cierto que, cerrando esta notita y como cayendo en su intención, acaba de llegar a nuestras manos una revista, donde se puede leer lo siguiente:

«Por noticias recibidas de Montevideo, sabemos que José Artigas FUE HECHO PRISIONERO EN CANDELARIA, donde se refugió perseguido por el gobernador de Entre Ríos, don Francisco Ramírez».

GACETA REAL de Río de Janeiro, fecha 25 de Noviembre de 1820. Nº 93. (Aporte de Fernández Saldaña).

¿Se quiere un dato más claro, más caliente, más vivo?

¿Es o no es Artigas un PRISIONERO del dictador perpetuo del Paraguay, don Gaspar Rodríguez de Francia?

ARTIGAS, LA FEDERACION SUREÑA Y EL PANAMERICANISMO

I

—UNA afirmación tuya me ha estado moviendo la bóveda estos días.

—¿Posible?

—También, largas cada cosa...

—¿De qué se trata?

—Cuando me echaste aquel discursito sobre el Artigas que entró y sufrió en el Paraguay...

—¿Qué afirmación tan alarmante pude haberte hecho entonces?

—Te la voy a reproducir con mis pobres palabras.

—No te achiques, hombre.

—Mira que son pobres, pero... claras. Con lo que ya se enriquecen.

—No empieces con sutilezas. Habla.

—Bueno. Tú afirmaste que Artigas llevaba en el fondo de su pensamiento político la idea madre de la Federación del Sur.

—Vaya novedad. Eso dijo y repitió el mismísimo Caudillo, desde que su americanismo ingenuo de las primeras horas se le hizo urgente conciencia continental.

—No veo bien eso. Apóyate en algo.

—Mira. En 1815, recibe Artigas en Paysandú dos emisarios del Director Supremo de Buenos Aires.

Le proponen una solución de lo más tentadora. El Protector podría formar una nación con la Banda Oriental, con Entre Ríos y Corrientes. Le exigen, eso sí, de acuerdo a ciertas combinaciones secretas de los «portuarios», que abandone sus sueños de fusión con Santa Fe y Córdoba.

La contestación de Artigas, inmediata y lúcida, es la siguiente: mi misión no está en achicar, sino en AGRANDAR la vinculación de las Provincias.

Establece en seguida un Congreso en Concepción del Uruguay. Y en él propone un entendimiento con Buenos Aires para convocar una Constituyente que estudie y realice la Federación de Provincias, de acuerdo con la organización de los Estados Unidos del Norte.

—No conocía ese antecedente, así, con tal resalte. Te declaro

que me deslumbra. Y me hace ver un Artigas bien diferente del que conozco. Mucho más vasto.

—Me alegro, hombre.

Sigamos. Esto que empezó a realizar Artigas, promoviendo y ajustando alianzas con las provincias del litoral en forma de protectorado, era, en realidad, el pensamiento central de los caudillos mayores de la emancipación. Estuvo en Francisco Miranda, protomártir y visionario infatigable. Andaba en los nervios de Bolívar, en el alma plácida de San Martín. Y se manifestó más tarde en la energía sobrante de Sucre, cuando, en seguida de Ayacucho, se propuso culminar la liberación, enderezando sus fuerzas calientes hacia Cuba.

Y todavía, era una realidad más entrañable. Provenía de la remota unidad indígena, de la ancestralidad aborigen, y de milenios de convivencia continental, en contrapuestas y matizadas formas, aunque dentro de un aliento de interés común.

—Bueno. Ahora eres tú el que se hunde y se derrama. Deja eso. Y vayamos a lo apasionante y en debate: la federación sureña y el panamericanismo.

—Hace tiempo dije en una exaltación del espíritu panamericano, que nosotros los atlantes, éramos la antítesis o contrafigura del europeo. Y lo explicaba con una consecuencia de raíz.

Europa ha sido hecha desde afuera. No ha tenido estructuración orgánica de crecimiento. Ideas, religión, arte, política, todo le vino de Oriente, a través de civilizaciones mediterráneas colonizadoras.

Formado, así, el europeo resulta un tipo desacorde, sin sentimiento hondo de solidaridad «informante».

Con un origen inconexo de separación, hostilidad y malquerencia, vigente y acentuado en los dos mil años de su historia, el destino del europeo ha sido el de asaltar y destruir pueblos, continentes y civilizaciones, con el contragolpe kármico de destrozarse. Lo acabamos de ver en culminación apocalíptica.

Los hombres europeos de pensamiento pacífico y constructor que han intentado «instrumentar» la idea de convivencia federada, han fracasado espantosamente. En estos mismos momentos, Churchill aconseja el entendimiento y la fusión europea, como impostergable remedio de salvación. Es pedir demasiado.

Nosotros somos muy otra cosa.

Hemos tenido cuna indígena, crecimiento continental. Y, pasado el aluvión de la Conquista y de la dominación violenta, nos ha quedado un tipo indoamericano de alma ancha y pareja, con el hábito democrático heroicamente conseguido; una pasión limpia de libertad y la ansiedad familiar del americanismo.

Para los sureños, la realización continental es, solamente, un acecho subconsciente de oportunidad histórica.

—¿Te parece? Pero ¿y el sueño grande? ¿el panamericanismo?

—Realizada la federación en el sur, el panamericanismo se produce por un simple ensanche cordial y una necesidad de integración. La América del Norte nos necesita. Nosotros la necesitamos. Aquella osadía pragmática, aquel ritmo dinámico, acendrado con los mejores aportes de la cultura universal y este espíritu nuestro, sutil, aéreo y desinteresado, pueden dar el espectáculo terrestre más ejemplar de los tiempos.

—Yo también lo creo.

—Pero, para llegar al panamericanismo, debemos, previamente, poner en movimiento y REDONDEAR la federación sureña. Esto es imprescindible. Y por suerte, más hacedero de lo que parece.

La Federación del Sur es un proceso interior de despertamiento, de acercamiento y de iluminación, que ya se percibe con aliento gravitante dentro y fuera de nosotros. Lograda en firme con la buena VECINDAD de nuestros hombres mayores, el contrapeso de estabilidad atlántica queda asegurado. Gira triunfal el panamericanismo. Y desde ese momento, podemos considerarnos, más que los dueños, el espejo del mundo. Espejo de orientación, de consulta, de obligación pacífica.

—¡Soñador! ¡Soñador! ¡Soñador! Egoísta, como buen soñador. Y... Centroamérica ¿dónde queda?

—Me ganaste de mano. Iba a decírtelo ya.

Leí hace poco un libro maravilloso de evocación precolombina, donde el autor restaura, de manera paciente y regresiva, el remoto reinado de la Guatemala de los Mayas.

Parece que aquellos antepasados nuestros que abarcaban la actual América del centro y parte del Valle de Méjico, llegaron a presentar una civilización tan fina, perfecta y derramada, que, de las partes correspondientes a nuestras dos américas, iban caravanas de mercaderes, de turistas y hasta de sabios, a proveerse de granos, telas y conocimientos.

Queda con esto dicho que hubo un panamericanismo aborigen; un hábito anfictiónico que ha establecido un «recuerdo de fondo» que bien pudiera hacer andar ahora los anhelos de fusión.

Se me ocurre considerar ese reinado de Guatemala como la vara de la mariposa. Las alas de nuestras dos américas confirmarían, en lo porvenir, la misión de vuelo y unidad de este completo mundo atlántico.

—Te aseguro que tanta novelería, me hace verte un mariposón de veras. Te dejo. Me considero bien despachado.

—Antes de irte, quiero retroceder contigo al principio de nuestra charleta.

Trabajando con la levadura del pensamiento artiguista, se puede afirmar que la organización del protectorado de provincias en vista a una agrupación del Sur, exige, como complemento elástico de contrapeso y de integración, el panamericanismo.

Artigas fué un apasionado de Norteamérica. Veía allí, en su conciencia despierta y rebelde y en su capacidad de constelación étnica, el camino de ejemplo, de acercamiento, de culminación.

Debajo de la almohada guerrera tenía siempre, como guardián de su sueño, la crónica de la formación del Norte y su constitución federativa.

Hace poco un estadista mejicano hacía historia de la correspondencia cambiada entre Monroe y los caudillos sureños, antes de pronunciarse la doctrina protectora de nuestros ultramarinos derechos nacientes.

El aludido escritor hacía notar que de todos los documentos que llegaron hasta el mandatario epónimo, las cartas y ordenanzas artiguistas fueron las que más coincidieron con el móvil y la expresión de la doctrina y las que más vivamente impresionaron a Monroe.

De ahí nos llega ahora la explicación de que los estadistas y emisarios del Norte vieran en Artigas la equivalencia de Wáshington en el Sur.

Yo creo factible la federación de nuestras naciones. Hay precedentes de acción conjunta desde mucho antes de las luchas emancipadoras. Nuestros guerreros y estadistas de la primera generación, recorrieron, como mensajeros y colaboradores continentales, las patrias en pañales, haciendo vigente la frase arrogante de Monteagudo: —SOMOS CIUDADANOS NATURALES DE AMERICA.

Te puedo regalar un dato muy simpático y que establece de verdad la práctica precursora de la doctrina Monroe. Artigas utilizó marinos voluntarios norteamericanos en los días de sus hazañas corsarias que fueron regidas por auténticas pragmáticas «panamericanas».

Y no creas que la afirmación va con ligereza. Sobre el pucho, te la puedo reforzar, recordándote que los puertos de más movimiento en la Cruzada del Corso fueron norteamericanos, preferentemente los astilleros de Baltimore, donde se había localizado la dinámica legendaria de aquella estupenda estrategia de aguas del artiguismo, y haciéndote valer el antecedente de la complicidad «oficial» del cónsul norteamericano Thomas Lloyd Halsey, a quien Lecor, en un arrebato increíble, mandó prender, secuestrar y enjuiciar, como a un redomado protector de piratas.

El más eficaz remedio de nuestros males interiores y de nuestra parcelación geográfica, está en esa vinculación orbital, generosamente tejida.

Seríamos poderosos y amplios por dentro y por defuera. Y los sureños detentaríamos equivalencia jerárquica en la oscilación panamericana.

Hace un momento, me interrogabas por el destino de Centroamérica.

No es esa pregunta lo que más me preocupa. Ya te he resuelto el temor. Y me parece que la América Maya queda fielmente colocada.

Lo que me hace pensar hasta producirme alarma, es el Brasil.

En unos apuntes del Bolívar de la primera época legisladora, cuando empezaba a soñar con la organización del Congreso de Panamá, el Capitán Iluminado apellidaba naciones amorfas de la América Sureña y elegía a Inglaterra como entidad constituyente y mediadora frente a los intereses voraces y colonizadores de la Santa Alianza.

No dice nada del Brasil. Ni lo nombra. Es más. En la invitación que hace circular mucho más tarde desde Lima —el 7 de Diciembre de 1824— se acuerda hasta de Guatemala, el centro remoto de costumbre comunaria que ya tuvimos ocasión de evocar. Tampoco mienta aquí para nada al Brasil.

Es explicable. O, mejor dicho, ERA explicable.

El Brasil, a despecho de su desprendimiento europeo y de su cómoda emancipación, estaba maniobrando internacionalmente como régimen imperial. Y Bolívar exigía la forma o conducta democrática con fervor excluyente.

Hoy no se puede hacer justificación de ausencia con esa imposibilidad.

El Brasil, haciendo abstracción de eclipses y tropiezos de que ningún pueblo nuestro puede declararse absolutamente a salvo, es una nación democrática, con viviente cordialidad continental.

Maravilloso, dúctil y pacífico, el Brasil debe ser, tiene que ser, INELUDIBLEMENTE, uno de los hermanos de más categoría en la concentración familiar.

Ha de consumarse aquí la perdida unidad de origen hispano que no logró conseguirse establemente en la Península materna.

Te puedo asegurar, para concluír: que el panamericanismo podrá ser o no ser, estar o no estar en las ocurrencias y esperanzas anfictiónicas de Bolívar, de San Martín, de O'Higgins o de cualquier otro Varón Austral.

Lo que te puedo afirmar es que esa magna realidad sería el cumplimiento del sueño mayor de Artigas.

—Ahora sí que te dejo, pero... con un abrazo coincidente.

—Así me gusta.

(1946).

(SALIENDO DE LA BIBLIOTECA ARTIGAS-WASHINGTON)

—¿Con que asistes también a esa capilla?

—Si tú supieras ¡qué mina de engolosinamiento he descubierto ahí!

—¿No me digas?

—Acabo de devolver un libro que puede ser considerado la biblia glorificadora de los mayas.

—Pero... ¿sigues todavía con tus benditos mayas?

—Y he de seguir quién sabe hasta cuándo. Un milagro de esos no abandona su vigilia de seducción así no más.

—¿Qué biblia especial es la que has devuelto?

——La última edición de los trabajos de Sylvanus Morley.

—¿Tiene algo que ver ese señor con el sabio Morley que acaba de fallecer?

—Pero, imperdonable ignorante, ¿no sabes que se trata del mismísimo investigador?

—Yo no puedo estar tan al corriente de estos asuntos, como tú. Por algo te das a cada rato el título de indoamericano militante.

—Sin embargo, ese título de seguridad originaria debería ser el tuyo también.

—No tengo inclinación ni humor para retroceder a mis raíces. Por lo demás, yo creo ser más europeo que... indoamericano.

—Bueno. Guárdate tu europeísmo. Vamos a caminar. Acompáñame hasta la plaza.

—A tus órdenes, maestro.

(Caminando.) —Pues el amigo Morley ha dejado un libro tan caudaloso y «fijador», que, como punto de referencia y sugestión, va a resultar un texto clásico. Pero nó clásico en un sentido inerte y nominal, sino como fuente viva e identificadora de nuestra perduración más pura y familiar.

Se han publicado estudios admirables sobre nuestras razas precolombinas.

Prescott, Willard, Means, Posnansky, han trabajado lúcida y tenazmente en los entresijos y reliquias de las primitivas civilizaciones atlánticas.

Sin embargo, ninguno de ellos ha alcanzado este ajuste documentario ;esta interpretación global; este desciframiento acorde. ¡Lástima que estableciendo fechas de antigüedad en piedras jero-

glíficas y fragmentos esclarecidos, no se haya animado a retroceder, con emplazado pálpito y con imaginación restituyente, mucho más atrás!

Es el método. El hombre recimenta lo que dice en el hallazgo confirmador.

Numerosos investigadores —empero— han salido ya del límite pacato, abigarrado y paciente de Morley. Y nos han hablado de una civilización maya desprendiéndose de un hundimiento atlántico; llevando su nomadismo hostigado por regiones de tanteo y periodicidad tribal, hasta conseguir un día ALGO que debe ser considerado como la efusión o aparición de la primera llama.

Cuando los afortunados mayas en las antiguas zonas del Petén de Guatemala descubrieron el TEOCINTLO, y, perfeccionándolo, con anticipación mendeliana, lograron los primeros granos del maíz, —sintieron íntimamente que el genio benéfico de un destino altísimo los llamaba a organizar una civilización agrícola, como centro y salida de actividades jerárquicas que en ningún otro punto de la tierra se han manifestado en una secuela, así, de sorpresas armoniosas y desnuda originalidad.

Lealmente, asombra el juicio de una raza primigenia que, una vez adquirido el grano animador de la mantenencia, se decide a formarle cerco de adoración y honor; estabiliza su pasión errante; aloja sus cosechas en depósitos comunarios, y endereza templos, palacios y viviendas, consagrándose al embellecimiento circundante, a la comodidad sedentaria y al recreo litúrgico.

No se detiene ahí el interés y la captación mental de esta ejemplar porción étnica de la antigua Atlántida, sino que se aplica a la observación directa y adivinatoria de la naturaleza y el arte; llevando su intuición y su destreza hasta la anotación regular y ceñida de los fenómenos celestes y de la fuga rítmica y repetida del tiempo.

Despertando posibilidades mágicas a la inteligencia sin experiencia ni antecedentes, se atreven a sujetar y ordenar cielo, aire y vida, con un tino tan justo y sinfónico que raya en taumaturgia pragmática; en milagro de la voluntad.

Ninguna raza indígena, a no ser los egipcios que solamente trabajaron para la muerte, puede exhibir desde sus primeros tramos esta aptitud de pedagogía planetaria en períodos sin referencias ni normas de convivencia pacífica.

Afirmados en técnica de holgura agrícola y de observación permanente, sus dedos realizaron primores cuyo secreto de manipulación se ha perdido.

En efecto; no se sabe qué extraño procedimiento usaron para la vulcanización, para los estucos, para el teñido sutil, para la acústica.

Los punzones con que encresparon alas en la piedra de adorno, de rito o en la jeroglífica, hasta hacerla tomar vuelo óptico; los

estiletos con que miniaron sus códices que fueron pasto inquisitorial en el imperdonable auto de fe del obispo Landa en el centro de la plaza de Mani, fueron instrumentos de tan agudo y eficaz repujamiento, que hoy mismo provocan el asombro cuando contemplamos sus primores gráficos en las contadas reliquias que se han salvado y que fueron halladas e identificadas, casi por milagro, en museos y bibliotecas europeos.

La santidad natural de su existencia les permitió utilizar a los jaguares como guardianes de sus sembrados. Y nó por doma o enseñanza especial o de circo, sino con amistad inocente y sostenida.

De esta manera, los tigres que para nosotros son fieras de destrozo y terror, fueron para los mayas los centinelas vegetales que, apostados en los cuatro ángulos de sus milgas, cuidaban que los venados no malograran ni mancillaran el tesoro nutricio de la raza.

Gente primeriza y perfecta, ha déjado civilizaciones portentosas que recién se vienen desbrozando y aflorando de los abismos.

Soportando siglos de pruebas, resurgimientos y contrastes, tuvo que ir perdiendo el ejercicio ingenioso de su actividad, debido a decadencias inevitables, a desecaciones, pestes, sorpresas elementales, cambios lacustres y terrígenos, terremotos, castigos del clima y a invasiones que, aunque la reanimaron por centurias, le hicieron ir desvaneciendo su prístina textura y apacibilidad.

Dominados en unas regiones; fusionados en otras; conservando en ciertos sectores su pureza invencible, — cuando los españoles llegaron a nuestras Indias, la raza maya, en decadencia sin levante, después de algunas resistencias flojas y esporádicas, vino a conformarse con el destino de sumisión y ultraje vaticinado por sus remotos videntes raciales; pasando a formar esos montones de indios ladinos que obedecen al conquistador por afuera, pero que llevan y conservan en las intenciones más profundas de su sangre la idea de la reparación y de la coyuntura insurrecta.

Tú no te imaginas con qué emoción encontré un día una fotografía de un acontecimiento de altísima cultura aborigen.

Era un fragmento de un friso que estuvo encuadrado en uno de los palacios «humanistas» de nuestros mayas.

La escena muestra una congregación de astrónomos alrededor de una tabla de examen y exposición testimonial. Debajo, nos explica una leyenda de qué reunión se trata. CONGRESO DE ASTRONOMOS MAYAS. Y en tren de aclaraciones sigue diciendo: —CELEBRADO EN COPAN, EN UNA FECHA EQUIVALENTE AL SIGLO IV DE LA ERA CRISTIANA.

Tú sabes tanto o más que yo, qué era Europa en lo que con tolerancia histórica podemos prenominar así por el siglo IV. La civilización maya se hallaba en el apogeo de una de sus tantas etapas avatáricas de cultura.

Se ha venido sosteniendo hasta ahora, en libros, conferencias y trabajos importantes, que los indios de América fueron razas inferiores porque no conocieron la rueda.

Hablar de esta forma es como si se nos ocurriera asceverar que los hombres griegos de pensamiento que intuyeron los principios cósmicos y organizaron la filosofía, no fueron intelectuales porque desconocieron la imprenta.

Es demasiado afirmar.

Los mayas no podían conocer ni usar la rueda, por una razón excluyente, instrumental y biológica. No la necesitaban.

El indio de nuestra América era pedestre, anteico, condorino y de acción plenamente corporal. La verdadera rueda de nuestros indígenas fueron sus talones. Para nada les hacía falta esta bendita redondez andante, — pieza infaltable de fiesta, de progreso y hasta de... poltronería en la civilización occidental.

Los mayas no tenían la menor idea del progreso en el sentido utilitario, angustiado y tendencioso de nuestras costumbres.

Pero, si no conocían la «rota» cómoda, rápida y traslaticia, sustituyente del paso humano, conocían la rueda cósmica, EL SOL, y sabían manejar con rito y elegancia su forma circular, anuncio emblemátio del SER invisible y divino.

De esta manera, llegaron a figurar calendarios girantes, dibujos herméticos en arcos y hasta inventaron un juego aéreo muy parecido al basketball, — empotrando una rueda lúdica en la pared del templo de los deportes por donde tenía que pasar la pelota y dar el tanto, cuya ardua y coreográfica hazaña provocaba clamores oceánicos en las parcialidades, merced a la sensibilidad celosa de la acústica.

No puede ser la rueda vehicular un síntoma definidor de civilización.

El peripatetismo, el desplazamiento somático, es más humano, saludable y propio para el acto mental y el motriz. El pie del hombre es el cimiento y la raíz andante de la vida, dignamente corporizada.

Mucho más meritorio que armar una rueda y utilizarla, es producir y perfeccionar un lenguaje jeroglífico que toca en lo fonético; sobrepujando en hieratismo y riqueza oculta y expresiva a nuestros mismos idiomas, al ligar el signo escrito con su carácter naciente y su excarcelación glósica.

Mucho más alto y recóndito es atrapar con pureza, afinación y rapto iluminado el principio monoteísta. Y sortear la crueldad y grosería de los sacrificios humanos con ceremonias vegetales alegóricas y ofrendas plásticas de maíz.

Mucho más ingenioso, inesperado y hasta infantil —en su sentido trascendente— es inventar una geometría cosmogénica; combi-

nar una aritmética insuperable de signos y proporciones concordes; percibir el augurio de las fechas y la cara de los días, — sintiendo y presintiendo la intención secreta de las cosas con una lozanía íntima y un rigor tan vibrátiles, que todavía dentro de nosotros mismos solemos notar rarezas, mociones atávicas y ocurrencias extrañas que no pueden ser explicadas por las corrientes cercanas de la herencia rastreable y conocida. (1)

Dentro de un hecho de categoría vocacional, el último rezago maya confirma, después de siglos y en instancia cerrante, su santidad vegetal en estado dinámico y dramático, hasta confinar en lo... tragicómico.

Los mayas habían rodeado una ciudad. La habían incendiado. Tenían a los españoles acorralados, vencidos, a su merced.

De golpe, se acuerdan de una fecha que los detuvo. ¡Era el tiempo de la siembra!

Abandonan armas, enemigos, la ciudad sitiada, la victoria, el porvenir de su propia libertad. Y allá fueron afanosamente a soterrar el grano de las futuras milgas exigentes.

—Bueno, hermano. Toma un respiro. Hemos llegado a la plaza. Sentémonos un momento.

(Se sientan).

—Ahora vas a oírme una declaración que te va a escandalizar.

—Mira que yo te creo un fabricante de escándalos.

---

(1) Si se nos ocurriera talentear con ingeniosidades antitéticas, podríamos dejar sin asunto, aunque sólo fuera en cancha polémica, a los técnicos de la concepción evolucionista en la vida de la humanidad.

Explorando el arsenal de cultura que sirvió de sostén y aliento a los Diálogos de la Academia platónica, quizá nos topáramos con evocaciones y coincidencias impresionantes.

Sepan los que niegan patente de civilización a nuestros indígenas porque desconocieron la rueda, que los atlantes invadieron el Asia, lo que es hoy Europa, la Libia y los pueblos mediterráneos, *con carros de guerra en cantidades fabulosas.*

Con lo que ya se puede redargüir que la rueda ha empezado a rodar desde América.

Esto no contradice nuestra idea de que los indios post-diluvianos desconocieron la rueda porque no la necesitaban. No. Los carros a que hacen referencia la tradición egipcia y las revelaciones platónicas, eran vehículos bélicos.

Este hecho, perfectamente documentado hasta por tradición doméstica en las enseñanzas antiguas, conlleva interrogantes y problemas etnológicos de suprema entidad.

En efecto: los carros atlantes eran tirados por caballos alados. Esto nos hace pensar, de súbito, en Nínive, en Babilonia, en Persia.

En la Atlántida antediluviana se rendía culto vacuno. Se sacrificaban toros. Y hasta se legislaba con imbuimiento taurófilo.

Muchos de los pueblos que invadieron e influenciaron los remotos atlantes, son todavía un enigma histórico. Los etruscos, Creta, Micenas y Persia, sin la clave de la iluminación atlántida en sus raíces, serán siempre mundos cerrados para la objetividad histórica.

—Entonces, te hallas en un estado de ánimo ideal para seguirme oyendo.

—Tú no sabes con qué interés te escucho. Te he declarado que soy europeo, pero... soy hijo de América. Y también me considero...

—Un europeo nacido por equivocación en América.

—Por equivocación nó. Por cultura, por distancia de sangre, por...

—Por... por... por... No seas descastado de puro gusto. Ya verás cómo ese problema aparentemente feo o desacorde de mestizaje que tú sufres, es artificial, o dicho con más propiedad, tiene su grandiosa explicación.

—Dámela, hermano.

—Sígueme soportando.

Con seguridad, más de una vez me has de haber oido despotricar contra los primeros españoles que pisaron en América.

—No más de una vez ni de cien. Creo que toda tu vida.

—Pues bien, hermano. Hoy, después de estudiar años y más años nuestros orígenes y andanzas, me encuentro en la fuerte disposición o apretura de declarar que la entrada de los españoles en América fué providencial, fué necesaria.

—Pero ¿cómo? ¿Tú, el escritor indoamericano más hispanófobo? ¿El que escribió sobre la sorpresa y el destrozo de la América India?

—Exactamente el mismo. El mismo que, sin negar lo del asalto y la destrucción, ambientando el tiempo de llegada de los españoles, se explica su aparición salvadora dentro del providencialismo rehacedor de los ciclos históricos.

En efecto: cuando entraron los nautas de la Península Hispana en nuestro Continente, las razas madres habían consumado sus posibilidades aborígenes de cultura.

En el Norte meridional, hordas inteligentes y feroces habían ya escarpado las estribaciones andinas y se aprestaban a descolgarse sobre el centro y el sur, como torrente de maldición y exterminio.

Esos indios, cuyo nombre era toque espeluznante de alarma, se llamaban los caribes.

Sagaces y caníbales, sabían guerrear sorpresivamente. Habían destruído las más nobles y evolucionadas ciudades autóctonas. Y, al triunfar sobre poblaciones y tribus elegidas, formaban increíbles rebaños de seres humanos, a los que cebaban en corrales de sacrificio, dándose con ellos hartazgos de sabor aberrante en las ceremonias gástricas. Su antropofagia solía ser asunto de cálculo sibarítico.

México, después de traicionado el pacto federal, había caído en manos de la viveza, de la crueldad suntuaria y el relajamiento ofrendativo de Moctezuma, quien pensaba llevar la euforia de los sacrificios humanos a un desborde anegante de sangre.

El Imperio Incaico, enhoramala separado en dos porciones por Huayna Capac, pasaba por una eliminadora guerra de apropiación fratricida, habiendo Atahualpa desposeído a su hermano de la parte del Incanato que, con más derecho tradicional y hereditario, podía llamar suya.

Donde hoy se alzan los más fascinantes centros de la vida brasilera, fundados por el heroísmo misionero de los jesuítas, el canibalismo litúrgico, presidido por payeses y viejas posesas, siniestramente hábiles en la preparación *culinaria* de los prisioneros, tenía establecida su dinámica sacrificante, coreográfica y aniquiladora.

Los iniciadores, los estupendos mayas, ya no debían volver a ser los creadores mágicos o experientes de las primeras épocas. El mestizaje, la hostilidad, el traqueteo espacial de los desplazamientos, el desgaste, el mismo recuerdo abrumador, los inhibía para cualquier tentativa de reacción.

Haciendo gracia de razas menores y de parcialidades con capacidad orientadora, únicamente los guaraníes estaban en condiciones de tomar el frente de la contraofensiva.

Magníficos, comunarios, equilibrados, inteligentes hasta la sutileza, intuitivos en todo momento, — a pesar de éstas y muchas otras virtudes de afirmación, no poseían el instinto bélico, la furia de combate, la pasión cruda y armada, el aguante violento, la vocación cruenta, la desaprensión homicida que hubieran sido menester para frenar y meter en bretes de convivencia y transacción humana a los caribes.

Te puedo asegurar que todos los crímenes, desmanes y herejías que consumaron los españoles con los aborígenes en América, empalidecen si se les contrapone lo que los mismos indios se estaban haciendo entre sí, cuando llegaron a nuestras antípodas los presentidos hombres blancos del este.

—Pero, hermano, ¿me estás diciendo verdades habidas y vividas o cuentos antojadizos?

—Ya no podemos negar esto.

Hay quien escribe, que lo que los españoles hicieron en América fué una revancha prehistórica.

En efecto: parece que los arcaicos atlantes, en épocas antediluvianas, cuando invadieron lo que es hoy España, se portaron de una manera tan atroz con las poblaciones sojuzgadas, que la hundida memoria de los tiempos primitivos suscitó la compensación adecuada contra los herederos de los conquistadores rojos, tragados por el Océano.

Esto podría ser un consuelo retributivo. Lo que yo te digo está más asentado.

—Hermano: no sé qué opinar en este aturdidero en que me vas metiendo. Prosigue. Prosigue. Al final te voy a pedir aclaraciones o... explicaciones.

Estás fantaseando de lo lindo. Pero se ve que conoces los hilos de la tela. Me llevas ventaja.

—Cuando los españoles se adueñaron duramente de América, nuestra civilización atlántica que, desde muy atrás, estaba hecha a las experiencias pasionales de la muerte y de la resurrección, se hallaba en una declinación inaudita, rota en su intimidad. Con sus solas reservas —que eran demasiado precarias y fondeadas por vaticinios y sucesos— no hubiera conseguido nunca enderezarse en estilo de rebote o regreso saludable.

España había logrado salvarse del enemigo interior, cuya dominación multisecular la había humillado y dejado con las entrañas abiertas.

Realizada la unidad federativa y gloriosa, es, al poco tiempo, sometida al dominio de dinastías forasteras que establecieron el centralismo más sangriento, antiespañol y disparatado.

España estaba, también, sentenciada a muerte.

Pero, tuvo la dicha histórica de encontrar nuestras Indias y salir de su cerco de destrucción.

La gente rebelde, descontenta y amenazada que emigró a América, creó, realmente, una España NUEVA, ultramarina. Y sustentó signo de redención y universalidad.

Por eso vemos fracasar todas las tentativas indígenas de reconquista y emancipación.

No eran nuestros indios los destinados a liberar América y establecer la democracia.

Nuestros indios fueron la siembra mártir, la vibración constante de la rebeldía contrastada.

Los llamados a la liberación —en forma responsable y directriz — fueron los hombres blancos nacidos en América, de preferencia criollos, hijos de españoles.

La idea de la emancipación de la América española nació con eficacia andante y como misión dominadora en las sienes ardientes del «hombre más universal de nuestro Continente»: en Francisco Miranda.

Pero ese mensaje le vino de lo más sacrificado y viviente de las raíces autóctonas.

No deja de ser impresionante la coincidencia.

En seguida de martirizado el último Tupac Amaru, Pancho Miranda siente en el núcleo más predispuesto del alma, hallándose precisamente en España, el pasaje oculto del apostolado liberador.

Desde entonces, Miranda condicionará sus pasos y servicios a la idea de la liberación de la América Española.

En Rusia, en Francia, en Norte América, en Inglaterra, en toda zona de acción donde su espada y su influencia son exigidas, lo primero que reclama no es salario ni honores, sino la ayuda a su ocu-

rrencia o «debilidad sentimental» de dar libertad a millones de hermanos sureños a quienes ultraja y menosprecia el orgullo y el fanatismo oficiales de España.

Muchas veces, antes de conocer las Memorias de Francisco Miranda, solía yo echarme a pensar con desconcierto sobre este caso de QUIJOTISMO que deja chico al mismísimo paradigma cervantesco. ¡Qué soñador más aparentemente absurdo!

Sin embargo, debemos recordar que Napoleón percibía en él un «caprichoso», dentro de esos actos históricos que vienen preparándose desde lejos a los pronunciamientos oportunos.

Miranda, sin duda, seguía el acontecer, el desenvolvimiento autodeterminativo de nuestras Indias.

El conocía las asonadas, los levantamientos, los asaltos y las repetidas rebeliones de los indígenas.

Es más. En las Memorias que son un depósito de su atención irredenta y de sus desplazamientos febriles y precursores, el martirio y el castigo feroz que los godos aplicaron a los adictos y familiares de Tupac Amaru y al mismo impoluto caudillo incaico, están registrados con reciente anotación estremecida, como si se tratara de un proceso que cierra la intencionada secuela del drama insurgente de los aborígenes.

Pero así y todo, los precedentes y la última tentativa de revancha y restablecimiento, sólo fueron un negativo y desolador desfile de víctimas y mártires, sembrados a pedazos en las plazas y los caminos.

Los fracasos del alma india no eran una referencia de contagio animador.

Miranda ha percibido, más que un mensaje de liberación, el momento histórico de desatarlo.

Por eso, habla con seguridad, con arrogancia. Ya no es una civilización precolombina destrozada ni una aislada conciencia lo que va a tomar de razón apostólica. Es la madurez y presencia de un Continente nuevo, con justificación y apoyo raigales, que trae la misión de inaugurar un ciclo de rejuvenecimiento universal con el pulso y el clamor de una familiaridad democrática, que ya impone decisiones populares, por intermedio de sus cabildos, o amenaza con el arrasamiento y el desacato la tozudez tradicional de los esquilmadores y los militares.

Por eso, no hay tropiezo, disgusto ni desengaño momentáneo que lo frenen.

Se sabe hoy que Miranda, con el sueño de la liberación suramericana adentro, ha sufrido horas increíbles de conturbación y prueba.

Sin ir más lejos, piensa en esto.

Miranda, de acuerdo con el gobierno inglés, venía preparando un ejército de invasión.

En el norte de Irlanda, el futuro Wellington adiestraba las tropas que habrían de forzar por la entrante meridional la marcha de estreno de nuestra liberación.

Un día se produce el escándalo, la paradoja. El Corso francés invade España. Los diplomáticos de la metrópoli peninsular, acuciados, solicitan la ayuda inglesa. Se ajusta una alianza inesperada. Inglaterra teme que, desde España, Bonaparte se adueñe del mundo. Y entonces, las fuerzas destinadas a emanciparnos de España, fueron enviadas —precisamente— a salvar la Madre Colonial invadida —dejando a nuestro ilustre soñador sin asunto.

Hay que leer las confesiones de Wellington para apreciar bien lo enorme de aquellas horas.

Solamente por obediencia oficial, el futuro vencedor de Napoleón consiguió decidirse a comunicar a nuestro apasionado caraqueño el cambio trágico de uso en las legiones comprometidas a secundar sus esfuerzos emancipadores.

Grande, indudablemente, es un San Martín, trayendo su espada y su genio militar al momento oportuno de la acción guerrera en el Río de la Plata; grande es Bolívar, deslumbrando al Continente y haciendo prodigios increíbles en el escenario hirviente de la insurgencia norteña; grandes son otros libertadores que, en su sector y a su hora, dieron ejemplos de iniciativa, de aguante, de solidaridad sacrificada. Pero estos actos son explicables y vienen con flúido ligado y directo. Con la respiración de los hechos.

Lo que realmente admira en forma suprema, al menos a los que creemos con ridiculez secreta que los hechos visibles salen del limbo intencional de los sueños, es la anticipación aparentemente caótica de Miranda: aquella certidumbre como antojadiza de eventos gloriosos que han de producirse muchos años después; la seguridad que, como núcleo dinamógeno del devenir distante, hace girar la nebulosa de una vasta esperanza redentora.

Yo me explico a San Martín, a Bolívar, a O'Higgins, a Sucre, a todos los protagonistas de la Revolución. A quien nadie se podrá explicar con claridad lógica e histórica es a Miranda.

Por eso le buscamos la concatenación o complicidad oculta con los numerosos conatos de rebelión indígena.

Si algún hombre de América puede ser comparado en ciertos aspectos a Miranda —y eso en los últimos años de militancia— es nuestro Artigas, según lo declara Robertson en la exhaustiva epopeya mirandina.

Pero Artigas estuvo más cerca de los hechos. Hasta se puede sostener que Artigas fué empujado a la herejía por el celo indómito de su carácter en el incidente ultrajante con Muesas.

Lo que más asemeja a nuestro Protector con Miranda es el des-

tino de infortunio, de negación, de engaños y ambiciones asechantes; aquella tenacidad lúcida para provocar y practicar LO INALCANZABLE, — lo que no ha de culminar en ceremonia epinicial de sus esfuerzos: vocación sísifa o inconclusa que puso el símbolo mosaico en la visión peregrinante y triunfal del Pueblo Elegido.

SOLAMENTE por la dilatación de un sino desventurado, se puede admitir hoy la descolocación cenital de Miranda en la galería de nuestros epígonos continentales.

Hombres más afortunados, con verdadera suerte histórica, se han colocado en los primeros alcances del justiprecio devoto y de la celebración hímnica, — no obstante proceder la deslumbrante teoría de los héroes sureños del sueño mirandino.

Porque lo que hace a Miranda inmenso no es solamente el haber sido el primer soñador criollo con alma universal de nuestra liberación y nuestro porvenir federado.

Miranda es así mismo el primer realizador, el arranque responsable, el primer pie de la marcha.

Casi todos los futuros caudillos y conductores en armas y letras de nuestra América pasaron por su influencia, por su palabra, por su consejo, por su iniciación, por su misma mano, indicadora de movimientos y lugares.

No tuvo suerte. No supo o no quiso ejercer poderes discrecionales. Unos lo traicionaron. Otros, lo negaron. Muchos lo utilizaron. Algunos no lograron llegar a ese estado de sublimación y arrojo que hace posible el pasaje de lo soñado a lo visible.

El más brillante de sus jóvenes tenientes lo entregó a Monteverde...

En fin. Habrá que hablar algún día con más tiempo de esto.

Lo cierto es que somos hijos de una oleada perseverante del sueño iluminado de Francisco Miranda.

NO es retacear prestigios. Ni formular caprichosos contrapuntos. Es reclamar colocación de madrugada. Es solicitar oídos para el presentimiento de los bronces distantes...

Bolívar es maravilloso. Sucre, afán vocacional de sacrificio. San Martín, la lúcida abnegación que hace cancha al torrente premioso de la última instancia emancipadora.

Pero estos hombres mayores de América se explican y tejen en las ondas del soñador anticipado. Del visionario empecinado. Del que PRIMEREÓ...

Los titanes de la acción y de los prodigios épicos, provienen, salen, siguen...

La ocurrencia generante; el arranque ideatorio que hace andar los sueños, la esperanza, el mismo disparate plástico, son patrimonio

señero y presciente de aquel peripuesto y pintoresco demiurgo, en quien nuestra América tuvo nacimiento, pulso y aparición.

(Se levantan del asiento placero. Y siguen).

—Ahora sí que voy cayendo en el telar de estos asuntos. Se va aclarando el pensamiento.

—Para los que conocemos un poco de historia y seguimos con independencia de criterio el acontecer universal, la hora de América no es un anuncio, ni una posibilidad. La hora de América ha sido promulgada. Y ha entrado en vigencia.

Desde sus raíces despiertas, nuestra Atlántida desata otro avatar.

Ahora se ve que nunca ha estado DORMIDA DEL TODO.

Con sus experiencias de alteza y hundimiento, de muerte y resurrección, si ha dormitado prolongadamente, ha sido manteniéndose en guardia, con buimiento astral e intencionado sigilo.

En sus anales remotos ha quedado la reminiscencia antediluviana de los atlantes que maquinaron el dominio terrestre. Lo feo del caso fué, que, al pretender realizarlo, eligieron el más funesto de los sistemas de conquista: la invasión, el sojuzgamiento, la violencia bélica.

No solamente fracasaron, sino que dejaron rezagos de venganza, de resentimiento y hasta de desprecio, que pueden ser percibidos en las tradiciones del Colegio Sacerdotal de los antiguos egipcios, en el Timeo original de la Academia y en las referencias entre dos luces de un diálogo de Platón que ha llegado inconcluso hasta nosotros.

La aspiración de dominio que en forma equilibrada y esclarecida habían empezado a poner en juego los Incas con sumo éxito, fué detenida por la sorpresa y el destrozo de los españoles que, con la más atroz codicia, asaltaron los mejores centros de nuestras culturas patrimoniales.

Este ejercicio de expansión que se había replegado en los incas, no perdió el hábito estratégico de hacerse presente en su coyuntura histórica.

Se mantuvo en acecho.

Los Incas habían alcanzado la culminación hereditaria de la existencia atlántica.

En ellos, nuestro Continente precolombino centró su brillo arcaico, su tradición jerárquica, su continuidad, hecha a largos tropiezos. Su última esperanza tenebrosa.

Hicieron honor a su misión.

A despecho de la claudicación y de la muerte de sus últimos jerarcas, la gente andina supo resistir y sacrificarse.

Fueron martirizados, afrentados, desposeídos. Dominados... aparentemente. Porque siempre la rebelión, el incendio, las matanzas y muertes inesperadas y bien elegidas, los avisos reticentes, las

amenazas, hacían increíble demostración retrucadora de una Civilización que no podía desaparecer militarmente.

De la resistencia sistemática y el martirio lúcido, surgió, a su debido tiempo, la palabra cargada del TUPAMARO: retoño cómplice, tejido en continuidad, con proporción sobradamente ingeniosa y heroica como para restablecer el derecho multisecular de nuestras Indias a gozar de su naturaleza y de sus hombres.

Resuelto y sobrepasado el problema de entendimiento y fusión con los españoles, el apostolado incaico de conquista ha tomado impulso pacífico y universal; creciendo, de lo más íntimo y retraído, sobre sus propias raíces.

Y no solamente disfruta desde la Independencia de una desenvuelta ternura continental, sino que en esta hora ha entrado en compromiso familiar con la federación norteña; ensanchando, o, tal vez RESTABLECIENDO el SENTIMIENTO ATLANTICO en la práctica inmensa de la Democracia sobre lo que se ha venido llamando, cada vez con más fuerza y audacia biológicas, EL NUEVO MUNDO.

Todavía, como en las peores épocas del expansionismo y de la intervención desaprensiva, mucha gente nuestra, y hasta pueblos y entidades políticas, «la tienen» con Norteamérica.

Un justificado recelo; la cicatriz de ciertos desgarros geográficos, — linderos o lejanos; el rechazo a las instrusiones armadas y a los proteccionismos tentaculares; la herida clamante del Derecho de Gentes; el desastre del 98; la prédica sugestionante de Ariel: — todo ese «surtido» apasionado y estético de acusaciones, ha compuesto un memorial y un motivo de enemistad y rechazo; un tema sostenido de imposibilidad que parece condenar al fracaso la idea magna de la colaboración cordial con los Estados Unidos.

Sin embargo, una sola frase desarma y desenoja la enconada acumulación negativa: estos Estados Unidos de hoy no son los que conocimos algunos años antes de 1914.

Si nos fijamos en los orígenes y en los primeros tiempos de organización, notaremos que los fundadores y herederos directos de la Federación Norteña fueron hombres de alma popular, franca y valiente, de una transparencia moral que toca en la mística del civismo, y con un equilibrio democrático tan perfecto, que hoy mismo las declaraciones de Jefferson y los documentos cimentarios de la emancipación, nos resultan signos de videncia y de ejemplar conducta permanente.

Esa oleada de arranque, pasando por la etapa cruenta de la guerra con la nación madre ultramarina, siguió su genuina marcha de destino hasta corporizarse en hombres como Monroe y Lincoln: dotado, el uno, de aquel genio continental que le permitió formular la doctrina de los nacientes derechos de las DOS AMERICAS, y asis-

tido, el otro, de la piedad humana más completa, hasta el punto de saber soportar la guerra civil con el fin de conseguir la unidad nacional; terminando, de una vez por todas, con la separación infamante de négros y blancos en un clima cerrado y poderoso de explotación racial y arraigada esclavatura.

En lo que atañe a Monroe, los uruguayos no debemos olvidar que la doctrina del 23 fué documentada y sólidamente robustecida por los caudillos militares y mentales del sur; sobresaliendo, como acaba de revelarlo un estadista mejicano, las cartas y ordenanzas artiguistas que coincidieron vivamente con las ideas y los principios que venían «entonando» desde su base la articulación del Mensaje.

No debemos olvidar, asimismo, que los estadistas más vastos y representativos del Río de la Plata fueron amigos de los norteamericanos. Con tres que nombremos, basta y sobra: Artigas, Sarmiento, Batlle.

Peligro o —como se dice— albur de la democracia, es el pasaje de hombres electos por la dirección de los gobiernos.

Esos presidentes mediatizadores que tuvo la Nación norteña no pueden ser la condena de la democracia ni la expresión de Norteamérica en lo que tiene de más profundo y afirmativo.

No estamos, por suerte, en los tiempos de Polk, McKinley, de Ariel ni del primer Roosevelt.

Con Wilson reapareció el alma de los mejores momentos. Pero esta vez para tomar iniciativa y primacía universales; decidiendo la suerte gravemente comprometida de Europa.

No tuvo Wilson la suerte de que su nación lo siguiera hasta la aplicación ecuménica de su programa.

A pesar de ver cristalizado su sueño orquestal en la Sociedad de Naciones, el aislacionismo atávico que aconsejaba el testamento de Wáshington fué bruscamente recordado por las parcialidades egoístas. Y el Presidente-Maestro debió regresar con el alma herida y con un desengaño congojoso que le quebró la energía moral en sus centros más delicados.

Pero Wilson dejó la interrogante, la espectación.

La segunda guerra universal vino a utilizar su experiencia y a tomar en cuenta lo que él intentó hacer.

Su discípulo y secretario —que venía a sobrepujarlo— puso a Norteamérica, desde el pique y sin una vacilación, al servicio pleno de la humanidad. Y, DESDE EL MOMENTO OFICIAL de su intervención, reclamó la dirección, la responsabilidad y la hegemonía; entregando a los pueblos unidos para la resistencia al Anticristo, armas, dineros, hombres y elementos de todo costo, uso y calibre.

Esta vez Norteamérica se había prometido no volver al aislacionismo.

Lo estamos viendo. La gran Nación del Norte, después de haber

decidido la guerra en favor de las democracias, se halla en una cruzada afanosa de protección y vigilancia por todos los puntos solidarios del planeta.

Ha llegado el momento de la América Integral y de acabar con la prevención del Leviatán.

Pueblo que ofrece a Franklin Roosevelt, demuestra que el sentimiento familiar de la América Entera ha llegado a su etapa triunfal.

Pueblo que da lo que tiene y se sacrifica por la humanidad, tiene que ser cosa muy sagrada para nosotros.

En Norteamérica, contrabalanceando su existencia desde los orígenes, predominan dos corrientes: la puritana y la expansionista.

La primera —que es la permanente y gloriosa— LA CLASICA—, fué muchas veces y en interregnos alternos, sofocada y hasta ofendida por la avalancha incontenible de la segunda, que, en una federación creciente de estados, siguió derramando su voracidad y su crudo impulso de conquista, sin medir riesgos ni atender reclamaciones.

Pero esa imponente comezón de ensanche, estuvo siempre vigilada, advertida, «molestada», reprochada por la conciencia genuina que dió nacimiento a la agrupación de las trece comunidades.

Cada intervención; cada manotazo criminoso; la mala intención monopolizante de los empréstitos, encontraron en los mismos momentos de su auge, la palabra áspera y el rechazo jurídico y moral, nó de los pueblos agredidos y mediatizados, sino de los censores lúcidos de la federación de las estrellas.

Precisamente, por la época de Ariel, un escritor argentino publicaba un libro que puede ser considerado la contrarréplica a lo que asevera la magnífica homilía crepuscular del maestro Próspero.

Martín García Mérou viajó por los Estados Unidos con el equilibrado interés de un publicista ejemplar, — altamente capacitado para trasmitir sus impresiones y comentarios con el cuidado más celoso.

Pues bien: el reputado escritor en sus Estudios Americanos, nos da noticias de un mundo completamente contrario al que utiliza Rodó con el designio de mostrarnos el peligro del Norte y aconsejarnos la separación y el rechazo de tal modelo.

En ese libro, que debemos leer siempre para no dejarnos llevar hacia la injusticia obstinada, encantados por la secuencia melódica de las cláusulas de Ariel, García Mérou hace referencia al viaje presidencial que Mc Kinley realizó por Omaha y Chicago, a raíz de la victoria sobre España que produjo lo que ha dado en clinificarse como complejo peninsular del 98: EL DESASTRE.

El magistrado norteño asistió al jubileo de la paz en Chicago y a la exposición de Omaha. Y fué llevado, a pesar de su resistencia más íntima, a un estado de exaltación expansionista tan incontrasta-

ble, que ya no se detuvo en lo adquirido ni en la ocupación de Puerto Rico, sino que exigió de la nación vencida la entrega y posesión de las Filipinas.

Esto no hubiera sido nunca la reclamación del gobernante en un cerco de apacible consejo y de asesoramiento justificado y proporcional.

La exigencia se desató en un ambiente de euforia nacionalista sin bordes donde, más que la voluntad de gobierno, predominaba el aire dionisíaco de la multitud.

A medida que el presidente se internaba en su viaje, —dice García Mérou,— la expansión lo iba ganando. Ya era un irresponsable de los actos históricos de la nación en el frenesí de ensanche del Oeste que gasta una vocación violenta de derrame espacial.

Pero, por suerte, en esos mismos días, se oyó una voz con la genuina tradición de los orígenes.

El senador Hoar, espíritu valiente de Massachusetts, retomando la «tradición de los padres grandes», censuró en un discurso memorable esa angurria gloriosa de geografía ajena; advirtiendo a gobernantes y pueblo el peligro y la iniquidad en que se estaban comprometiendo.

—No hemos derribado a España para obtener ganancias. El primer deber del pueblo americano es preocuparse de sí mismo. El pueblo americano, para servir a la humanidad y a la libertad, debe conservar sin mancilla y sin cambios la república que nos vino de nuestros padres. Es con ejemplos y no con cañones que la obra de América debe realizarse. ¡Cuidado, pues! Porque nos hallamos frente a un peligro más grande que el de los peregrinos que desembarcaron en Plymouth.

Habla, después, de la dignidad y garantía de los actos internacionales; sosteniendo que, sin aprobación parlamentaria y consentimiento de las partes en litigio, consultadas con limpieza, no puede existir adquisición noble y estable en el Derecho de Gentes.

El no percibir este matiz de contrariedad y auto-censura que debía acentuarse y tomar presencia sacerdotal en el segundo Roosevelt, fué lo que dió pie y motivo a la requisitoria humanista de José Enrique Rodó.

Cierto que el ilustre maestro no sienta la imposibilidad absoluta de que los Estados Unidos puedan reformarse y volver a tomar los mejores acentos de sus tiempos gloriosos de cultura. Pero lo ha hecho con mínimo optimismo trascendente y en un clima de resentimiento que atizaba fondo a una vehemencia tan sañudamente RETENEDORA, que Ariel ha venido sirviendo, durante 50 años, como arma de separación, cerradamente erguida por los hispanófilos y los idealistas empecinados o europeizantes del centro y del sur de nuestra América.

Ya en el drama wilsoniano, la doble corriente de información étnica había hecho crisis.

El visionario organizador de la Sociedad de Naciones que bregó por la protección permanente a Francia y por la salida universal de los Estados Unidos, rebasando el egoísmo sacramental del AISLACIONISMO, fué inesperadamente desautorizado por la Cámara Alta, por la plutocracia y el conservadorismo umbilical; viéndose obligado, como ya se anotó, a regresar del escenario europeo, que pensaba sosegar, con aquella congoja honda, aguda y acerba —incurable de veras— que lo llevó a la muerte.

Sabemos que muchas cosas nos separan de los norteamericanos. Las conocemos.

Son muy diferentes a nosotros. Tenemos—los sureños— más alma en ejercicio. Hay quien nos atribuye más delicadeza. No falta quien nos adjudica mayor elegancia. Atesoramos matices y dones de ingenio, — carismas que ellos mismos, aunque parezca mentira, — son los primeros en reconocer y celebrar.

Pero la confirmación de aportes que define tipos de presencia antinómica, no puede establecer, en lo humano y universal de la vida, una imposibilidad de entendimiento. Es más: esta variedad de condiciones y aptitudes, puesta en actividad simpática y concordante, puede dar el ejemplo cósmico de convivencia pacífica, tolerante y armónica.

En reiteradas oportunidades, suele parecernos que los norteamericanos se hallan en una etapa de juventud malcriada.

Pero, si bien se mira, esa brusquedad que nos hiere, tiene su explicación en la exigencia dinámica de su idiosincracia originaria.

Los norteamericanos son una desnuda confirmación de la voluntad. De una voluntad histórica, expedicionaria, deportiva, merced a la cual pudieron realizar el milagro de las fundaciones coloniales; de la organización preparatoria; de la emancipación, y de la vinculación de estados, que ha venido dando, con persistente empuje, la impresión de una coincidencia de titanes, creando un mundo estrepitoso de acción incontrastable y multitudinaria.

Pero este espectáculo de caudalosa violencia lleva su clave secreta, su magia.

Los norteamericanos son hechizables y desprevenidos.

Cualquier experiencia humana, por sutil y espiritual que se insinúe o manifieste, si denuncia un impulso enérgico, un signo volente, por donde ellos puedan sentir y ser «agarrados», los consigue y agrupa.

Por eso, la teosofía y las escuelas de mística pragmática, abundan y progresan allí e invaden hasta los más ventilados barrios de sus ciudades.

La Christian Science, que es la asociación más oculta y activa de la voluntad, desde el milagro evangélico de su Fundadora tullida que, en un arranque de salud se pone de pie, — cuenta en estos momentos con millones de practicantes y ha levantado el Templo de la Orientación Terápica del Ser en la augusta ciudad de Boston.

Esto no se produce y asienta en forma foránea, antojadiza o misionera. Nó. Esto se aclara desde adentro, yendo a buscar los tipos concatenados de animación contínua y familiar que informan la fisonomía profunda de la gran nación.

Porque Jefferson y los hombres de los primeros tiempos, Monroe, Lincoln, Wilson y el segundo Roosevelt, son hombres que definen y marcan ese estilo étnico que en los momentos decisivos de la historia —sea ella nacional, continental o humana—, remanece para dar vuelco y categoría a las corrientes de fuerza y lucha que, mal dirigidas, podrían desacomodar al mundo.

Hubo un tiempo en que Boston y New York se regalaban indirectas sintomáticas.

Para los neoyorkinos, los bostonianos eran unos reverendos sonámbulos del cielo.

Los bostonianos —a su vez— zaherían de contínuo la rudeza utilitaria de los provocadores.

Boston es la parcela tradicional de la devoción humanista y de los nombres más altos de Norte América.

En Nueva York se ha localizado el espíritu de especulación y de ensanche que no se detiene en límites geográficos ni en exigencias de ética internacional.

En Boston se ha alojado el alma auténtica de los primeros tiempos colonizadores y de la mística emancipadora.

Norteamérica nació de la fusión hereditaria de los mejores grupos deportados y de los nativos realizadores de más equilibrio y sabiduría.

De esta manera, aparecen ya en los momentos iniciales de la liberación, figuras como las de Wáshington, Franklin y Jefferson, con lúcida capacidad de organización, de consejo y de sinergia democrática.

Boston ha continuado y conserva el ansia de adquisición y acendramiento culturales que arranca de los hombres primeros de la Declaratoria.

La Sacra Ciudad sostiene orgullosa una ejecutoria de pasión humanista y de depositaria viviente del pensamiento y el ritmo.

Longfellow plantó allí la música patriarcal y doméstica de sus poemas: Poe difluye el alcohol angélico de sus alquitaras misteriosas, y Emerson ionizó la atmósfera con el profundo terciopelo de su sabiduría.

Citar a Mattiew, a Lowel, a Mathey, a Ticknor, a Isabel Füller,

a Hawthorne y a cien más; evocar recuerdos y exhibir datos y episodios, sería demostrar que Norteamérica, en lo que puede contar de más ilustre, esencial y duradero, está en Boston y nó en Nueva York, en Chicago o en Saint Louis.

Hermano:

Estamos en la hora del segundo Roosevelt. Más vivo que nunca. Inmortal con nosotros.

Estamos en la hora del segundo Roosevelt, quien, a despecho de sus impedimentos motrices, predicó, vivió y VIAJO la buena vecindad.

Roosevelt, preciosa flor étnica de la más acendrada tradición puritana, es la Certificación cabal del Hombre Mayor que tiene el privilegio íntimo de poseer lo más valioso de nuestras virtudes sureñas y lo auténtico de sus antepasados afines.

Roosevelt es el hombre de la América Plena con alma universal en ejercicio.

Quiso a la humanidad con tanta fuerza y ahinco, que de él también puede sostenerse —después de siglos de consumado el sacrificio cristiano— que bregó y murió por amor a los hombres libres.

Su presencia fué tan necesaria, que, al morir antes de finalizar la Catástrofe, dejó la incertidumbre en todos los frentes.

Y el mundo pasa hoy por las angustias de su encajonamiento, debido, principalmente, a la ausencia del genio cósmico en la hora compleja y peligrosa de la REACOMODACION.

Hermano:

Se ha operado el desplazamiento de la dirección universal. América empieza a mostrar la LUZ GRANDE de los caminos nuevos. (2)

Europa está liquidada apocalípticamente. Como tenía que serlo.

Continente sin raíz ni crecimiento biológico; armado sobre conquistas, odios y separación, merced a los aportes foráneos e inconexos de religión y cultura; y, para colmo de perdición, con un orgullo congénito de superioridad, — su destino ha sido, desde su primitiva formación anárquica, el de destrozar civilizaciones y pueblos extracontinentales, con el contragolpe kármico de destrozarse.

---

(2) En preparativos de llevar el libro a la imprenta, nos llega a las manos una declaración del anciano estadista Orlando, quien, como es sabido, intervino en la Conferencia de Versalles.

Veamos en qué términos habla el gran político italiano al publicista argentino don Martín Aldao (hijo):

«En estos momentos, sin embargo, mi gran preocupación es que la antigua y decadente civilización europea llegue a desaparecer. Si esto, por desgracia, ocurriera, tendrían ustedes el deber sagrado de continuarla». (LA NACION, de Buenos Aires, suplemento del 18 de Noviembre de 1951).

Superada en técnica por los Estados Unidos de América, ya no le queda más que el recuerdo consolador y engañoso de lo que ha sido.

Acabo de leer, con inesperada satisfacción, el ensayo coincidente de un publicista francés, muy buen conocedor de los ciclos históricos de Europa.

Este valiente escritor, después de estudiar y seguir con método los vaivenes de la formación continental, afirma que Europa, debido a su integración heteróclita, detenta, desde sus orígenes, como Ley y Signo, la RIVALIDAD. (Sigfried)

Cuando yo dije algo por el estilo hace pocos años en una ceremonia de Americanismo Integral, por poco me desmenuzan los exaltados europeizantes de nuestro país que me oyeron horrorizados.

Las realidades del Americanismo están a la vista.

Un respeto sagrado por el hombre y por el pueblo, que es su prolongación colectiva; el culto tradicional del arbitraje para los pleitos de fronteras y los problemas que puedan surgir sobre reclamaciones y ajustes; un fervor parejo de vida democrática, utilizando los medios aptos y limpios de la ilustración popular.

Hermano:

América va a tener la rectoría y el pulso saludable en los movimientos universales.

América va a ser el Mundo Nuevo de la Paz y el Amor terrestre.

Nuestra cultura, como alguien lo ha presentido y lo vienen anunciando espíritus muy despabilados, será la onda de belleza y sosiego que ha de ocupar esta estrella de prueba.

El hombre de América se presenta en tipo universal del porvenir. (3)

—Bueno, hermano. Te has despachado a gusto. Y hemos llegado a tu cueva.

Pensaba hacerte algunas preguntas. Pero me ha desarmado la ideación.

Sólo me resta darte el amén de la parroquia. Y despedirme.

—Así es y... así será.

(Se despiden).

---

(3) Un noble escritor español que, aunque parezca mentira, se ha especializado en teorizar sobre las excelencias europeas, habiendo agotado los recursos técnicos y verbales para glorificar su continente, llega a la conclusión de que Europa posee una universalidad muy especial, «hija de su cerebro socrático y su corazón cristiano». (Salvador Madariaga).

LO EUROPEO, lo biológico y estructurante de la civilización europea —lo IDIOSINCRASICO— ¿dónde están, pues?

BENDICE TU DESTINO AMERICANO
AGRADECE A TU ESTRELLA HABER NACIDO EN EL URUGUAY

BIBLIOTECA NACIONAL

INDICE

PRIMERA PARTE

PROSA CORRIDA

	Pág.
En la naturaleza	7
El miedo	26
Un médico francés...	27
Tierra celeste	31
El pueblo	37
La mujer	41
Los presocráticos	45
El cangrejo	49
Destino de trapo	55
El Chajá...	59
La Sonrisa	60
Gravitación ontológica	62
Chucarez y doma	63
La elegía	64
El sabiá	66
Coreografía aérea	66
El verso eterno	67
Las aguas querían ...	68

SEGUNDA PARTE

PROSA EN CONTRAPUNTO

	Pág.
Motivos de Proteo en Santa Lucía	71
Crítica	73
La distancia estética	75
Apóstata	77
Cervantes	83
La virtud erudita	87
Regulación estética	89
Carnet de baile	91
El renacimiento	93
Viejo peripatético	97
Seña panfletaria	99
Cuerpo y alma	103
En el zoológico	104
Saliendo del circo	105
Laforgue y Lautrèamont en un sueño	109
El Artigas del Paraguay	115
Artigas, la federación sureña y el panamericanismo	125
Saliendo de la biblioteca Artigas-Washington	131

Este libro se terminó de imprimir el día 20 de Marzo de 1952, en los Talleres Gráficos de Impresora L.I.G.U., Sommer y Cía. - Cerrito Nº 740. Montevideo (Uruguay)

OBRAS DEL AUTOR

VERSO

ENGARCES (1912-22)
ALAS NUEVAS (1922)
TIERRA HONDA (1924)
JUBILO Y MIEDO (1926)
RUMBO DESNUDO (1929)
LA LLAVE DE LA SOMBRA (1942)

Toda esta producción poética, que abarca treinta años, se halla unida y ajustada en un tomo que lleva por título CAMINOS DEL CANTO. — 1944. — Editorial CEIBO.

LA ESPIGA VOLUNTARIA (1949).

PROSA

FERNANDA SOTO (1931)
ISLA PATRULLA (1935)
EL YESQUERO DEL FANTASMA (1943)
CUENTOS DEL FANTASMA (1946)
DINO EL REY NIÑO (1948)
ALMA EN EL AIRE (1952)

EN PREPARACION:

CRONICAS

LOS DOS COMPADRES
LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS
ONORIBALDO
DIONISITO
HOMBRES Y NOMBRES
EL MILAGRO DE MONTEVIDEO.
PEDRO MALASARTES Y JUAN TOLOLO.

VERSO

DILUCIONES (Poesía homeopática)

TEATRO INEDITO

TANICHO (tragedia gaucha)
CRISTIANO ROBLA (milagro colonial)
LUCHO (comedia universitaria)
EL DORMIDO (drama astral)
EL DOCTOR LEON BALSEIRO (drama psicológico)

Este libro se terminó de imprimir el día 20 de Marzo de 1952, en los Talleres Gráficos de Impresora L.I.G.U., Sommer y Cía. - Cerrito Nº 740. Montevideo (Uruguay)